

UN MISTERIO DE ALTOS VUELOS

Kerry Greenwood

Siruela Nuevos Tiempos



Kerry Greenwood

Un misterio de altos vuelos

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Un misterio de altos vuelos

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Créditos

Un misterio de altos vuelos

*A David Lewis John Greagg,
mi amor amado*

*Un vuelo de altura en compañía femenina
esa es mi idea de no hacer nada
pero tú me vuelves loco.*

COLE PORTER,
I Get A Kick Out Of You

Capítulo I

Para el invierno, es mejor un cuento triste.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Cuento de invierno

Candida Alice Maldon estaba portándose mal. En primer lugar, no le había dicho a nadie que se había encontrado una moneda de tres peniques en la calle. Segundo, no le había mencionado a nadie de la casa que iba a salir, porque sabía que no la dejarían. Y tercero, como se le había caído un diente, se suponía de todos modos que no debía comer caramelos.

La conciencia de estar obrando mal nunca había frenado a Candida de hacer lo que se le antojaba. Estaba preparada para que la castigasen, e incluso preparada para arrepentirse. Pero después. Se acercó al mostrador de la tienda de caramelos con la moneda en la mano y fijó la mirada en las joyas que allí se atesoraban. Colocados como esos tesoros egipcios que su padre le había enseñado en las imágenes del periódico, vio caramelos suficientes para provocar dolor de muelas al mundo entero.

Había paragüitas de tofe rojos y verdes; también caballitos de tofe, en palitos. Había golosinas de goma con forma de alubias y de bebés, y serpientes de un montón de colores, y plátanos, bolitas de coco y caramelos ácidos. La ventaja de esos era que veinticuatro valían un penique, pero estaban demasiado agrios para el gusto de Candida. Descartó las golosinas de goma dura porque se pegaban demasiado a los dientes, los palitos duros de malvavisco porque se desmenuzaban mucho y los caramelos de menta porque picaban de más. Se lo pensó con el surtido de golosinas duras que lucían todos los colores del broche de *millefleurs* que llevaba su abuela, y con los caramelos duros de cebada en bastones largos y vidriosos. Había anillos de caramelo, con anillos de verdad alrededor, y bolas de colores, ositos de miel y tofes de chocolate. Candida respiró hondo sobre el cristal y lo limpió con la manga.

—¿Qué vas a querer, bonita? —le preguntó la tendera.

—Me llamo Candida —la informó la niña— y tengo tres peniques. Quiero medio penique de ositos de miel, medio de bolas de café, medio de mentas, medio de palitos de choco de plata... Medio de paragüitas y medio de plátanos.

—Aquí tiene, señorita Candida —le dijo la tendera mientras aceptaba la moneda sudorosa y caliente—. Toma tus golosinas. ¡No te las comas todas de golpe!

Candida salió de la tienda y emprendió con paso arrastrado el camino a casa. No tenía prisa, porque nadie sabía que se había ido.

Iba andando y metiéndose en la cuneta, se salía y volvía a meterse dando saltos —tal y como le habían prohibido hacer expresamente—, y en esas un coche se detuvo a su lado. Era un vehículo negro con forma de escarabajo; nada que ver con el Austin pequeño de su padre. Candida levantó la mirada con un sobresalto.

—¡Candida! ¡Aquí estás! Tu papá me ha mandado a buscarte. ¿Dónde te habías metido?

Una mujer abrió la puerta del automóvil y alargó una mano.

Candida se acercó para mirar. La mujer era rubia y a Candida no le gustó su sonrisa.

—Vamos, chiquilla, ven. Te llevaremos a casa.

—No te creo —respondió Candida claramente—. No me creo que mi papá te haya mandado a buscarte. Le voy a decir que eres una mentirosa.

La niña dio un salto de vuelta a la acera para correr a casa, pero desde la parte de atrás del vehículo alguien fue más que rápido. Unas manos fuertes agarraron a Candida, que notó cómo le sujetaban contra la cara un pañuelo de olor raro. A continuación, el mundo se volvió verde oscuro.

Phryne Fisher estaba soportando aquella merienda en el Traveller's Club con la señora de William McNaughton por un motivo especial. Tampoco es que ese motivo hiciese más agradable el suplicio, pero sí le daba la fortaleza vertebral necesaria. La merienda en sí no tenía nada de malo, desde luego: había scones y mermelada de frambuesa con nata hecha obviamente de leche de vacas felices. Había pastelitos de colores deliciosos y barquillos de jengibre rellenos. Había té negro de Ceilán en una tetera grande de plata, y tazas de porcelana fina para tomárselo.

La única pega de la tarde era la señora de William McNaughton, una mujer pálida, alicaída, vestida de un gris impropio. La melena de pelo blanquecino se le escapaba rebelde de las horquillas. Dichos inconvenientes serían fáciles de subsanar mediante la elección adecuada de peluquero y modista, pero la esencia sensiblera de la personalidad de esa mujer no tenía remedio. A Phryne la señora de William McNaughton le recordaba a un postre de gelatina, al álamo temblón y a otras cosas trémulas, aunque tras esa actitud retraída se escondía auténtico acero. Aquella mujer mostraba todas las señales del abuso a gran escala: los ojos macilentos, los movimientos nerviosos, la costumbre de sobresaltarse ante un sonido repentino. Aun así, había sobrevivido, a su modo. Quizá se encogiese de miedo, pero no iba a dejar escapar una idea una vez que se hubiese aferrado a ella, y sabía guardar un secreto o embarcarse en un viaje clandestino. Podría ocultar su personalidad y sus deseos casi por completo, y ninguna tortura lograría quebrarle la voluntad a esas alturas, cuando no había muerto a manos de su pasado. No obstante, pese a haber motivos para ello, Phryne no conseguía que le cayese bien: ella afrontaba todos los retos de cara, y el último mono es el que se ahoga.

—Se trata de mi hijo, señorita Fisher —dijo la señora McNaughton al tiempo que le ofrecía té a Phryne—. Estoy preocupada por él.

—Bueno, ¿y qué le preocupa? —le preguntó Phryne, mientras vertía el anémico té sobrante de su taza en el cuenquito destinado a ello, para servirse una infusión más fuerte—. ¿Se lo ha comentado a él?

—¡No, no!

La señora McNaughton se retrajo. Phryne le añadió leche y azúcar al té y lo removió pensativa. El proceso de descubrir qué era lo que inquietaba a McNaughton se asemejaba a sacarle un diente a un buey poco colaborador.

—Bueno, pues cuénteme, a ver si puedo ayudarla —sugirió Phryne.

—He oído hablar de su talento, señorita Fisher —comentó la señora McNaughton en tono ingenuo—. Confiaba en que fuese usted capaz de ayudarme sin levantar ningún escándalo. *Lady Rose* habla maravillas de usted. Está emparentada con la familia de mi madre, por si no lo sabía.

—Ajá —asintió Phryne con una sonrisa, mientras cogía un barquillo relleno.

Lady Rose había traspapelado unos pendientes de esmeraldas y estaba segura de que su sirvienta de toda la vida no se los había robado, lo que contradecía la versión de su avaricioso sobrino y heredero, así como la de la policía local. La mujer había contratado a Phryne para encontrar los pendientes, y la detective lo había hecho en una sola tarde de pesquisas entre los Montes de Piedad de la zona, donde su sobrino los había empeñado. El muchacho había invertido con poca prudencia en la cuarta carrera de Flemington, apostando las ganancias a un caballo poseído por un celo insuficiente e incapaz de amortizar el dinero. *Lady Rose* había sido menos que generosa con los honorarios, pero más que generosa con las recomendaciones. Dado que Phryne no necesitaba el dinero, estaba encantada con el trato. *Lady Rose* le había dicho a su conocida cercana: «Puede parecer demasiado moderna y liberal (fuma cigarrillos y bebe

cócteles y creo que sabe pilotar un avión), pero tiene cerebro y buen fondo, y le doy mi visto bueno sin ninguna duda».

Desde que había tomado la decisión de hacerse detective, a Phryne no le había faltado el trabajo. Había encontrado el gatito persa por el que penaba el hijo pequeño del embajador español. El animal se había dejado seducir por las delicias del almacén de una pescadería vecina y se había quedado encerrado dentro. Phryne lo liberó y, después de sufrir tres baños, el gato fue devuelto al admirador que lo adoraba. Phryne había trabajado tres semanas en una oficina, observando cómo un empleado de contabilidad desplumaba el almacén y achacaba el déficit a la ineficiencia de una empleada de ventas. La detective había disfrutado en cierto modo pillando a ese tipo en concreto. Había vigilado a un marido brutal y violento durante el tiempo suficiente para obtener las pruebas necesarias que le permitiesen a su esposa maltratada divorciarse de él; y es que, aparte de los moratones y los dedos rotos, ella tenía que demostrar un adulterio. Phryne, que nunca se abstenía de reinterpretar un poco las normas del juego, le había buscado al adúltero una pareja adecuada entre las muchachas trabajadoras que conocía, y le había pagado al fotógrafo de su bolsillo. El marido fue informado de que recibiría los negativos después de la sentencia de divorcio, y todo el mundo se sorprendió de que un hombre tan obstinado y duro como él pasara por el proceso de divorcio como un corderito. Su esposa divorciada disponía de medios para llevar una vida cómoda y, según contaban, era muy feliz.

Como resultado de todo ese trabajo, Phryne, para su sorpresa, estaba ajetreada y ocupada y llevaba meses sin aburrirse. Consideraba que había encontrado su oficio. Físicamente, la imponente *lady* Rose había descrito a Phryne como «baja, delgada, con el pelo negro y peinado en lo que, según me han dicho, es una melena corta, unos ojos desconcertantes de color verde grisáceo y piel de porcelana. Parece una de esas muñecas alemanas de madera». Phryne admitía que se trataba de una descripción justa.

Para la entrevista con la señora McNaughton, había elegido un vestido beis de corte varonil —que Phryne creía que la hacía parecer la directora de una cárcel de mujeres— y unos zapatos de color gris pardo con medias a juego. Llevaba un sombrero de campana, de fieltro y de un discreto color rosa grisáceo.

No estaba llegando a ninguna parte con la señora McNaughton, quien al teléfono le había sonado histérica, pero en esos momentos parecía incapaz de ir al quid de la cuestión.

Phryne le dio un mordisco al barquillo y esperó. La señora McNaughton —que no le había pedido a Phryne que la llamase Frieda— tomó un sorbo del té aguado y por fin soltó lo que le rondaba la cabeza.

—¡Tengo miedo de que mi hijo vaya a matar a mi marido!

Phryne se tragó el barquillo con cierta dificultad. No era eso lo que se esperaba.

—¿Por qué cree tal cosa? —le preguntó Phryne con calma.

La señora McNaughton tanteó en el interior de su bolso grande de costura, que había apoyado en el sofá junto a ella, y le dio a Phryne una carta arrugada. Con uno de los bordes chamuscado, parecía que la hubiesen rescatado del fuego.

Phryne tuvo cuidado al abrirla, porque el papel era quebradizo.

—«Si padre no se une a la fiesta, se acabó —leyó en alto—. Quizá haya que eliminarlo. De todos modos, voy a hablar con él del tema esta noche, así que deséame suerte, pequeña. —Estaba firmada—. Tuyo siempre, Bill».

—¿Lo ve? —susurró la señora McNaughton—. Tiene intención de matar a William. ¿Qué voy a hacer?

—¿Dónde encontró esto? —le preguntó Phryne—. En la chimenea, ¿verdad?

—Sí, qué inteligente es usted, señorita Fisher. Mi sirvienta lo vio esta mañana cuando estaba haciendo las habitaciones; es una copia al carbón. Bill siempre hace copias de sus cartas. Es muy profesional. Ha

quedado con William en tener un encuentro especial esta noche en el estudio para hablar sobre esa nueva aventura suya, y yo... —La voz de la señora McNaughton titubeó—... y yo no sé qué hacer.

—«Eliminar» podría significar otras cosas, no «asesinar», señora McNaughton. ¿A qué tipo de aventura se refiere?

—Alguna cosa relacionada con aeroplanos. Es que Bill es piloto, y ha ganado todo tipo de carreras y cosas. Como su madre que soy, señorita Fisher, me preocupa mucho que vuele. Esos aviones no parecen lo bastante fuertes como para mantenerse en el cielo, y en realidad no me creo que puedan hacerlo, cómo van a poder, si pesan más que el aire. Bill dirige una escuela en Essendon, señorita Fisher, y allí enseña a la gente a volar. Pero quiere pedirle capital a William para una nueva aventura.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Phryne interesada; le encantaban los aviones.

—Quieren sobrevolar el Polo Sur... Al parecer el Polo Norte está ya muy visto. «Nadie ha probado aviones allí abajo», me dijo Bill. «No tiene sentido permanecer en tierra firme. No hay más que hielo y desierto, pero en el aire podemos cubrir kilómetros en minutos». Y quiere que William invierta dinero en eso.

—¿Y su esposo no está de acuerdo?

—No va a hacerlo. Han tenido ya unas peleas horribles por temas de dinero. William puso el capital para abrir la escuela de vuelo, y la cosa no ha ido bien. Insistió en ser el presidente del Consejo de Administración de la empresa, así que todos los meses le pasan los libros, luego manda llamar a Bill y tienen unas discusiones muy feas por cómo va el negocio. Se enfadó muchísimo por la compra del avión nuevo.

—¿Por qué?

—William dice que una empresa con un problema de liquidez así no puede ampliar capital; al menos, creo que eso fue lo que dijo. No conozco esa palabrería empresarial, lo siento. Los dos son hombres grandes, de temperamento fuerte y opiniones muy firmes. Se parecen mucho. Y es como si llevaran peleándose desde que Bill nació —sentenció la señora McNaughton con sorprendente perspicacia—. Amelia se libró en gran parte de todo eso porque es una niña, y William no espera nada de las niñas. De todos modos, ella está haciendo ahora sus pinitos en el arte y casi no para por aquí. Quería una paga para irse a vivir a un estudio, pero William se negó en firme. «Ninguna hija mía va a irse a vivir como una bohemia», dijo, y no consintió darle ningún dinero. De todos modos, Amelia se matriculó en la escuela de arte contra la voluntad de su padre y solo viene a casa para dormir. No da ningún problema —concluyó la señora McNaughton y cerró el tema de la hija haciendo un gesto con la taza de té—. Sin embargo, Bill sí se atreve a discrepar. Le muestra su desacuerdo a William a las claras. No creo que vayan a llevarse bien nunca, y se comportan como si se odiasen. Todo son desplantes y gritos, y mis nervios no aguantan mucho más. Ya he tenido que ir a Daylesford, por las aguas medicinales. Tengo miedo de que Bill pierda los estribos y... y... y haga lo que ha amenazado con hacer, señorita Fisher. ¿Puede usted intervenir?

—¿Qué quiere que haga?

—No lo sé —respondió la señora McNaughton en un gemido—. ¡Algo!

Daba la impresión de que confiaba en que Phryne sacase una varita mágica. Cuando su anfitriona pareció estar a punto de estallar, Phryne se apresuró a asentir.

—Bueno, lo intentaré. ¿Dónde está Bill?

—Estará en el aeródromo, señorita Fisher. La escuela Altos Vuelos. Es el hangar rojo, en Essendon. No tiene pérdida.

—Acudiré ahora mismo —respondió Phryne mientras soltaba la taza—. Y no creo que tenga usted motivos para alterarse de verdad, señora McNaughton. Me parece que «eliminar» se refiere más bien a

«eliminarlo del Consejo de Administración» no a «eliminarlo de este mundo». Pero, en cualquier caso, hablaré con Bill.

—Ay, gracias, señorita Fisher —dijo la señora McNaughton, buscando a tientas las sales aromáticas.

Phryne arrancó el Hispano-Suiza, que era su orgullo y su posesión más preciada, y aceleró de vuelta al hotel Windsor. Había encontrado una casa y estaba de mudanza y esperaba que ese nuevo hogar fuese tan cómodo como el hotel. El Windsor tenía todo lo que Phryne necesitaba: estilo, confort y servicio de habitaciones. Aparcó el coche y corrió escaleras arriba.

—Dot, ¿quieres venirte a dar un paseo en avión? —le interpeló Phryne desde el baño a su invaluable y fiel asistenta.

Dot, que había acabado al servicio de Phryne por mediación de un intento de homicidio, era una joven conservadora que, hasta entonces, había resistido la tentación de cortarse en una melena su pelo largo y castaño. Se trataba de una muchacha delgada y sencilla, y en esos momentos llevaba puesta su bata marrón favorita. A Dot no le gustaba la idea del Hispano-Suiza, y pensar en verse arrastrada físicamente por el firmamento, lugar en el que solo debería haber aves y ángeles, no le atraía. Se acercó a la puerta del baño con una cazadora de cuero, de las de aviación, echada sobre el brazo.

—No, señorita. No quiero dar un paseo en avión.

—Bueno, vale, señorita miedosa, ¿qué haces esta tarde? ¿Quieres venir a mirar, o tienes algún plan interesante?

—Iré a mirar, señorita, pero no me pida que suba en una de esas cosas. Aquí tiene sus pantalones de vuelo y la cazadora de cuero. ¿Llevará sombrero, señorita?

—Debería haber un casco de aviación en el baúl grande.

Phryne se puso los pantalones, un jersey calentito y unos botines, luego hurgó en el arcón hasta que encontró lo que parecía un cubo de cuero maltrecho.

—Ya estamos. Coge un abrigo, Dot, venga. Tenemos que ir a Essendon a hablar con Bill McNaughton. Regenta una escuela de vuelo. Su madre cree que va a matar a su padre.

Dot, habituada a las declaraciones impactantes a las que Phryne era propensa, cogió su abrigo de invierno azul y siguió a su señora escaleras abajo.

—¿Y es así, señorita?

—No lo sé. La madre es la mujer más nerviosa a la que Dios haya dado vida. Tiene pinta de que el padre y el hijo sean los dos unos camorristas. De todos modos, ya veremos. Hace demasiado tiempo que no me subo a un avión.

El Hispano-Suiza rugió cobrando vida. Phryne incorporó el gran vehículo al tráfico con facilidad y eficacia, y Dot cerró los ojos, como siempre hacía al principio de un viaje en aquel automóvil. Era tan grande, y tan rojo y llamativo, y el estilo de conducción de Phryne tan insolente y rápido, que a Dot el conjunto le parecía muy poco propio de una dama.

Recorrieron el camino hasta Essendon en poco más de media hora y se detuvieron cerca de un hangar rojo. Un letrero pintado con esmero las informaba de que aquella era la ESCUELA ALTOS VUELOS S.R.L., TIT.: W. MC-NAUGHTON.

—Aquí estamos, Dot, y allá vamos. A lo mejor la entrevista es turbulenta, así que quédate un poco al margen y prepárate para una retirada rápida.

—¿Por qué tantas complicaciones, señorita?

—Bueno, procura pensar en un modo delicado de preguntarle a alguien si pretende matar a su padre.

—Vaya.

Dot se arrebujó en el abrigo azul. Era una tarde fría y despejada, con algo de viento. Perfecta para

volar, tal y como comprobó Phryne. Había tres avionetas más o menos elevadas en el cielo, pilotadas por manos nerviosas y novatas. Un biplano más grande y más veloz hizo un rápido balanceo de alas y cayó limpiamente, aterrizando y recorriendo la franja de hierba con el mínimo rebote. El piloto llevó el aparato hasta su puesto de descanso y se bajó, gritando a pleno pulmón y entusiasmado:

—¡Qué encanto de máquina! Controles ligeros y solo un poco pesada de morro, aunque eso ya me lo advertiste, Bill. ¡Hola hola hola! ¿Quién es esta dama?

Phryne se acercó lo bastante para extenderle la mano y estrechar el guante del aviador.

—Soy Phryne Fisher. He volado alguna que otra vez, pero nunca había visto un aerobús así. ¿Qué es?

—Lo ha fabricado la compañía alemana Fokker. Uno de estos sobrevoló el Polo Norte montado en unos esquís. Jack Leonard, señorita Fisher. Encantado de conocerla. Este es Bill McNaughton. El avión es suyo.

Phryne extendió la mano y una zarpa enorme la engulló hasta la muñeca. La señora McNaughton no le había contado que Bill medía metro ochenta y tenía la constitución de un muro de ladrillos. Los ojos de Phryne subieron por el andamiaje del traje de aviación de cuero hasta llegar a un rostro grande y feo. Era rubio, con rizos, como un toro Hereford, y unos ojos azules intensos. La cara se le compensaba con una sonrisa amable.

—Encantado de conocerla, señorita Fisher. ¿Así que ya ha volado usted antes?

El tono escéptico ofendió a Phryne. Tenía doscientas horas de vuelo en solitario a sus espaldas y gustaba del vuelo acrobático. No era ninguna novata. A lo mejor Bill necesitaba algo de persuasión.

—Sí, un poco —respondió Phryne en tono dulce—. ¿Podría coger uno de los Moth?

—Yo montaré también, señorita Fisher —le dijo Bill con condescendencia—. Para hacerle compañía.

Phryne sonrió de nuevo y subió al Moth. Era un biplano robusto, perfecto para principiantes. Podía aterrizar y despegar en un pañuelo y tenía una velocidad de entrada en pérdida de sesenta y cinco kilómetros por hora. Phryne se colocó el casco, mientras respiraba el aroma vigorizante del combustible y la grasa de aviación.

—Suéltelo, Jack —gritó Phryne por encima del rugido machacante del motor.

Jack Leonard giró la hélice. El Gypsy Moth avanzó sobre sus ruedas de bicicleta por el prado herboso y se levantó en el aire con un movimiento embriagador. El despegue era el momento preferido de Phryne: esa sacudida que le agitaba el corazón cuando la gravedad cedía bajo la presión y la tierra dejaba ir el avión.

Phryne manejó el Moth describiendo un círculo impreciso sobre el aeródromo. Veía el Hispano-Suiza abajo, brillando como un escarabajo de Navidad australiano, y las siluetas de Dot y Jack Leonard semejantes a cerillas.

—No ha estado mal ese despegue, señorita Fisher. ¿Qué más sabe hacer? —le gritó Bill McNaughton desde atrás.

Phryne tiró de la palanca de mando hacia atrás y el pequeño aparato ganó altura. La detective exploró el cielo minuciosamente. No había nadie alrededor. El último aprendiz nervioso ya había aterrizado. El cielo estaba vacío, sin nubes, quieto. Phryne miró atrás por encima del hombro, lo bastante como para ver la sonrisa engreída de Bill. Decidió que había llegado el momento de borrarle aquella sonrisa de la cara y hundió la mano en los alerones.

Con un quejido agonizado, el Moth empezó a girar. Phryne parpadeaba bajo las gafas de pilotar mientras el aire se abría en torno a su cara. Bajó el tacón para pisar el cable y paralizar así los controles parentales que Bill estaba tratando de utilizar.

Cayendo como una hoja, vertiendo el viento desde las alas, el Moth se desplomaba. A ojos de todos, parecía fuera de control. Phryne, con el corazón en la boca, esperó hasta que alcanzó a ver la mirada de

horror en la cara de Dot con la suficiente claridad; entonces lanzó la avioneta en una voltereta hacia delante, volteándola al girar, y subió de nuevo al cielo en una espiral. Bill blasfemó jadeante. Phryne dejó que el Moth recuperase estabilidad de nuevo y se giró con su sonrisa más dulce.

—¿Cree usted que sé volar, señor McNaughton? —gritó contra el viento.

Lo vio asentir. A continuación, Phryne liberó el cable y siguió diciendo:

—Si es capaz de mantenerlo a una velocidad constante de ochenta kilómetros por hora, le enseñaré un truco interesante.

Phryne estaba que no cabía en sí, deleitándose en su temeridad.

—Muy bien, a ochenta está —aceptó Bill, asumiendo el control.

—Mantenga las alas alineadas —gritó Phryne.

El avión se niveló y volaba con bastante suavidad. Phryne agarró un puntal, se aferró con firmeza y puso una rodilla sobre la parte superior del ala. Antes de que un estupefacto Bill tuviese tiempo de chillar, Phryne había alcanzado la superficie exterior y estaba caminando tranquilamente por el ala, mientras que el piloto inclinaba con delicadeza el avión un poco para compensar el peso de ella. El sudor le caía a Bill por la frente y se le metía en los ojos. Phryne había llegado al extremo del ala. Se giró para regresar.

La detective se colocó de cara a la corriente de aire, disfrutando. El viento no era peor que en una carrera de coches y el ala del Moth estaba entrelazada por puntales de un tamaño adecuado para calzar en ellos la punta del pie. Saludó al grupo de abajo y caminó lentamente de vuelta, percatándose de lo bien que su piloto controlaba la inclinación.

«Quizá no sea un hombre apuesto, pero vuela como los ángeles», pensó Phryne, agarrándose de nuevo con las manos a ciento ochenta metros de una tierra implacable antes de dejarse caer de vuelta a la cabina.

—Buen vuelo —le gritó a Bill, aunque él no respondió.

Phryne manejó el Moth en un aterrizaje casi de manual y saltó del asiento del piloto hacia una multitud llena de admiración.

—Por Júpiter, señorita Fisher, ¿es que no tiene sangre en las venas? —le preguntó Leonard, estrechándole la mano arriba y abajo—. Esto hay que celebrarlo con una copa. Vamos a la cantina, tendremos que hacerla socia.

Dot, que había dejado de mirar cuando Phryne se había subido al ala, caminaba hacia el hangar acompañada por un joven atento que le prometía servirle un té. Bill iba detrás, con paso lento y negando con la cabeza.

Jack condujo a Phryne hasta una sala pequeña al fondo del hangar, donde había una barra y un montón de sillas de madera curvada. De las paredes de metal colgaban trofeos y fotografías de aviadores sonrientes con unos bigotes espectaculares, así como una fotografía lúgubre de un biplano rompiéndose en el transcurso de un rizo en vertical.

Jack le preparó un *whisky* con soda a Phryne y se sentó a admirarla.

—¿Dónde aprendió a volar? —le preguntó, mientras Bill se unía a él con una copa grande de brandi solo, que se bebió de un trago.

—En Inglaterra. Aprendí a pilotar con un Moth. Son avionetas preciosas con las que se puede hacer cualquier cosa.

—Ya he visto. Ese trompo no parecía muy controlado desde aquí abajo, pero supongo que usted sabía exactamente lo que estaba haciendo, ¿no, señorita Fisher? —Jack estaba entusiasmado.

Bill resopló.

—Es una aviadora nata, señorita Fisher. Si le ha dado la impresión de que tenía otra opinión sobre

usted, me disculpo. Me ha tenido en un sinvivir todo el tiempo que ha pasado encima de esa ala. ¡Menuda acrobacia! ¿Por qué no había oído hablar de usted hasta ahora? ¿Le gustaría hacer algún vuelo de exhibición para nosotros? —intervino Bill.

—¿A quiénes se refiere con «nosotros»? —preguntó Phryne, mientras daba sorbos a su copa y se preguntaba cuándo se le iban a descongelar las manos y las espinillas.

—A la escuela Altos Vuelos. Es mi empresa.

—Ah, vale. Bueno, quizá podría organizarse algo. Señor Leonard, ¿le puedo molestar y pedirle que le eche un vistazo a mi asistente? Creo que sigue con el susto en el cuerpo.

Phryne le dedicó a Jack Leonard una sonrisa velada y él se acercó a hablar con Dot, que se veía pálida y débil. La detective aprovechó el momento y fijó la mirada en Bill.

—Esta mañana he tomado el té con su madre. Quiere que le pida que no mate usted a su padre —susurró Phryne, que vio encenderse aquella cara enorme.

—¿Cómo? Bruja insolente, ¿a santo de qué se inmiscuye en mi familia?

—Procure no alterarse ni levantar la voz. No creo que vaya usted a matar a su padre y, como me vuelva a llamar «bruja insolente», le parto el brazo. —Phryne le colocó una mano delicada en la muñeca derecha—. Este brazo en concreto. Si no sabe controlar su temperamento, va a meterse en problemas. Escúcheme. Esta noche tiene una especie de reunión con su padre, ¿verdad?

Aquel gigante asintió sin decir palabra.

—Vale, muy bien. A su madre le asusta tanto el modo escandaloso y airado que tienen su padre y usted de manejar sus asuntos que está convencida de que sería usted capaz de matar al pobre hombre. Si no sabe controlar el temperamento ese que tiene, ¿por qué no prueba con unas formas más pacíficas? ¿Es necesario recurrir a tanto grito y a tanta furia?

—Eso no es cosa mía —protestó Bill—. Es él. Sabe mucho de negocios, pero de volar no tiene ni idea. Le da miedo morir en el aire, solo ha subido una vez, y trata de imponerme sus leyes en el tema de la aviación, y yo me enfado, y entonces él se enfada, y entonces...

—Y entonces su pobre madre tiene que aguantar una escena que vuelve a ponerla de los nervios.

—Bueno, pero ¿qué pinta usted en todo esto, señorita Fisher?

—Ya se lo he dicho. Su madre me llamó para que evitase que matara usted a su padre. Soy detective privada. No creo que tenga usted intenciones reales de asesinar a ese hombre, pero debo hacer algo para ganarme el anticipo. A lo mejor podrían llevarse sus discusiones a otra parte, si es así como deben ser las cosas. Aquí, por ejemplo, que no hay vecinos cerca, y su madre nunca tendría por qué enterarse.

—Es una idea. Por supuesto, madre nunca ha sido muy fuerte, pero tampoco pensaba que todo esto la estuviese perturbando tanto. Amelia siempre decía que madre se sobresaltaba con el mínimo ruido, pero nunca la creí.

—¿Por qué?

Bill resopló una risa y se inclinó hacia delante para susurrar:

—Está chiflada. Se largó para ser artista, se metió en la escuela de arte y no habla de nada más que de luz y de color. Nunca le hago caso. Volar no le interesa nada. Pero usted, señorita Fisher, usted es distinta. Haré lo que pueda —cedió Bill—. No quiero que madre se preocupe.

—Qué detalle por su parte —dijo Phryne con ironía, y pasó a hablar de cosas de aviones.

Una hora después, sacó a Dot de entre las amables atenciones de Jack Leonard y condujo de vuelta a la ciudad, excitada por su aventura y satisfecha de que Bill fuese a refrenar su ira cuando esa noche se viese con su padre.

—¿Has visto a Candida? —preguntó Molly Maldon, perpleja.

A veces, a Molly le terminaba afectando la tensión de lidiar con Candida y su padre. Era una mujer pequeña, temperamental y lógica, con una vena celta salvaje. Henry Maldon siempre decía que era el cabello pelirrojo el que le daba ese temperamento a su esposa.

Molly lograba manejar al pequeño Alexander porque no tenía esa perspicacia y porque era muy bebé, pero Candida por lo general la hacía polvo. Se trataba de una niña sincera que no tenía escrúpulos en mentir como una bellaca si le convenía; de una asmática delicada con la fuerza de diez hombres y la voluntad de Atila el rey de los hunos; de un ángel dulce y afectuoso que casi le había arrancado la oreja a su hermano bebé de un mordisco. Candida era muy inteligente, y había aprendido sola a leer, aunque a veces hacía cosas tan estúpidas que Molly se preguntaba si la niña no estaría algo tocada. La madre natural de Candida había muerto en un manicomio, y se sabía que Molly, en momentos de absoluta exasperación, había culpado a Candida de que la mujer hubiese acabado allí.

Henry Maldon levantó la vista que tenía fijada en sus tablas de navegación. Era un hombre alto y difuso, de ojos azules y piel curtida. Siempre parecía estar mirando a horizontes lejanos y, en consecuencia, había dejado esparcidos por Melbourne llaves, monederos, sombreros, mecheros y, en una ocasión y de forma inexplicable, un par de calcetines.

—Vamos, Henry, espabila un poco. ¿Dónde está Candida?

—Estaba aquí —respondió Henry, mientras su mente emergía del Polo Sur—. Estaba sentada en el suelo leyendo el periódico. Le habían gustado los tesoros de Luxor, y le prometí ayudarla a hacer una pirámide con las construcciones si me dejaba terminar las cuentas. Luego estuvo callada... Dios santo, una hora entera... Y no la oí salir.

—Sabe que no tiene permiso para ir más allá del jardín —siguió Molly—. Primero hay que buscar por la casa. ¡Levanta, Henry, vamos! Me da mala espina todo esto.

Henry, por fin alerta, rebuscó por la planta baja de la casita que acababa de comprar. Aquello le había llegado completamente caído del cielo, tanto que aún no se había hecho del todo a la idea de que hubiese ocurrido. La mayoría de sus pertenencias seguían en cajas, así que no resultaba complicado registrar ni siquiera los sitios en los que una niña astuta y vengativa de seis años podría esconderse.

—Mira en el tejado —sugirió Molly.

Llamaron al timbre. Molly corrió por el pasillo y abrió la puerta de golpe.

—Te has portado muy mal —dijo Molly, y entonces se dio cuenta de que el visitante parecía bastante perplejo: era el viejo amigo de correrías de su marido, Jack Leonard.

—Vaya, Molly, ¿qué es esto? ¿Ha pasado la guerra?

—¡Candida ha desaparecido! —gritó Molly, y rompió a llorar—. Menuda azotaina le voy a dar a la señorita cuando la encuentre. No va a poder sentarse en una semana. Ay, Jack, ¿has venido en coche?

—Sí, tengo la carroza ahí fuera. ¿Quieres que salga a buscarla?

—Ay, Jack, por favor. Es una niña pequeña y estoy preocupada. Puede llevar fuera hasta una hora.

—Anímate, querida, esa niña es dura como... dura no... —rectificó Jack Leonard al ver una chispa de furia en los ojos de Molly—... inteligente, Candida es muy lista. No va a pasarle nada. Haré una batida. La encontraré, no te agobies. Vaya, Henry, qué casa tan bonita. ¿La has comprado con... bueno... con tus ganancias, supongo?

—Sí, y entre eso, el avión nuevo y el dinero del fideicomiso para los niños, estoy casi tan arruinado como antes. Molly no ha tenido siquiera tiempo para sacar los muebles nuevos y las cosas, y aún no hemos plantado el jardín. No pasa nada, Molly —dijo Henry Maldon rápidamente, al detectar indicios de combustión en su esposa de rostro enrojecido—. Salimos de inmediato. Vamos, Jack.

—Esta mañana he presenciado la cosa más increíble del mundo —comentó Jack Leonard mientras

apartaba el automóvil de la acera—. Una joven estúpida se presentó en la escuela de Bill McNaughton y se puso a hacer piruetas con un Moth.

—Piruetas hacen, si los manejas lo bastante mal —admitió Henry Maldon en tono ausente.

Estaba empezando a plantearse qué habría pasado con Candida. Por lo general, era una niña fiable, aunque tenía una vena extraña y tozuda, y podría haber llegado hasta cualquier parte deambulando si se le había ocurrido una idea convincentemente buena.

—¿Era una aficionada? —continuó Henry.

—No, amigo, toda una experta. Hizo un trompo controlado en caída de noventa metros, y luego retrocedió, y todo con el pobre de Bill en la cabina trasera. Entonces se puso en pie, se dio un paseo hasta el ala y la recorrió de un extremo al otro. Te voy a decir una cosa, Henry: si logro encontrar a una mujer como esa, que me aspen si no me caso con ella. Aunque esta en concreto no me aceptaría. Pobre Bill, estaba blanco como la leche cuando la señorita Fisher por fin lo dejó bajarse del aparato. A punto estuvo de besar la pista. No me estás escuchando, ¿verdad, Henry?

—No —admitió el hombre—. No la veo por ninguna parte.

—¿A la señorita Fisher?

—¡A Candida! —espetó—. Da la vuelta otra vez, Jack, y deja de hablar. Quiero pensar. Jack Leonard, pese a no tener hijos, no se sintió ofendido y volvió a girar con el coche.

Capítulo II

Ser pobre e independiente es cuasi una imposibilidad.

WILLIAM COBBETT,
Consejos a los jóvenes

Phryne llevó rápidamente a Dot a la ciudad, incorporándose a St Kilda Road a unos sosegados treinta kilómetros por hora.

—¿Estás bien, querida?

Dot, acurrucada en su abrigo azul, no respondió. Phryne se detuvo en The Esplanade, ante una casa pequeña que era su más reciente adquisición, y apagó el motor.

—¿Dot? —insistió, zarandeando a su asistenta por el hombro.

La asistenta se giró hacia Phryne, con la cara aún blanca por la conmoción.

—Casi me mata usted del susto, señorita. Cuando la vi trepar por ese aparato, pensé... pensé que...

Phryne envolvió a Dot en un cálido abrazo.

—Ay, querida, no te pongas a preocuparte por mí. Siento haberte asustado, criatura... Vamos, sécate los ojos, y no estés intranquila. He hecho ese truco miles de veces, es fácil. De todos modos, la próxima vez que haga algo así, tú no mires, ¿vale? Bueno, ¿tienes las llaves? Todo el trabajo del interior debería estar terminado, y el ama de llaves tendría que estar aquí ya.

Dot se sorbió la nariz, guardó el pañuelo y buscó las llaves. Sonrió temblorosa a Phryne, que había salido del coche con ligereza, de un salto, y estaba esperando en la puerta principal.

Se trataba de una casa señorial en miniatura, pulcra, con una fachada de estuco blanco resplandeciente que la hacía parecer una tarta glaseada. Tenía dos plantas y un ático exquisito con una ventana a dos aguas que Dot había reclamado para sí. Nunca había tenido habitación propia hasta que empezó a trabajar para Phryne, y la idea aún le resultaba prometedora: una habitación con una puerta que se pudiese cerrar con llave, un lugar en el que estar totalmente sola hasta que quisiera dejar pasar al resto del mundo.

Phryne se hizo a un lado en el pequeño porche para dejar que Dot abriese la puerta principal, una puerta recia de madera de caoba. El recibidor era oscuro, y Phryne lo había aclarado con pintura blanca, sobre la que la vidriera de arco de medio punto arrojaba unos colores preciosos. Las habitaciones de la planta baja, escasamente amuebladas aún, estaban soladas con tablones pulidos desnudos y cubiertos por exquisitas alfombras turcas. Delante de la gran chimenea había una alfombra hecha de piel de oveja, sobre la que Phryne pretendía recostarse. La decoración era en unos tonos frescos verdes y dorados que reflejaban el suelo de madera, y solo había un cuadro: una figura desnuda a tamaño natural que sostenía una vasija de la que se derramaba agua, formando una cascada a sus pies. Se llamaba *La Source* y guardaba un parecido asombroso con Phryne. Dot detestaba profundamente aquella pintura.

En el silencio de la casa, Phryne exclamó:

—¿Hola? ¿Hay alguien?

En respuesta, una mujer rechoncha con un sobretodo se abrió camino por entre la cortina de cuentas.

—Vaya, la señorita Fisher, ¿no? Soy la señora Butler. Me ha enviado la agencia. El señor Butler está fuera negociando con el fontanero.

—Phryne Fisher, y esta es la señorita Dorothy Williams, mi asistenta y secretaria personal. ¿Qué ocurre con la fontanería?

Phryne hizo la pregunta cansada, porque había pasado semanas diseñando un cuarto de baño de lujo y un inodoro interior, y los iba a terminar teniendo dijera lo que dijese el fontanero. Por el momento, le había cobrado dos veces el precio fijado y Phryne estaba decidida a ponerse bastante dura con él si la casa no estaba completamente lista, con todas las cisternas que se suponía que tenían que funcionar funcionando.

—El señor Butler está ocupándose de él, señorita. Todo estará listo mañana cuando se mude, como usted quería. —La tranquilizó la señora Butler, con un tono acerado en la voz.

Si aquella mujer cocinaba tan bien como su marido manejaba a los fontaneros, el señor y la señora Butler iban a ser todo un descubrimiento.

—¿Le apetecería una taza de té, señorita? El hervidor de agua está encendido. ¿Querría ver la cocina, ahora que está todo acabado?

—Sí, me encantaría, gracias. Hemos tenido un día agotador, ¿verdad, Dot? Y a lo mejor con más sobresaltos de los que nos convienen.

Dot siguió a Phryne a través de la cortina de cuentas. La estancia era grande, con suelo de ladrillo rojo y una cocina de gas, verde y nueva, con patas. Había dos fregaderos recién instalados y una caldera para el agua caliente con la llama siempre encendida. Los platos nuevos de Phryne estaban todos lavados y apilados en un aparador antiguo de pino, y la ventana, abierta, daba al pulcro patio de atrás, decorado con muebles de jardín y helechos. El desdeñado retrete exterior lo acababan de fregar y pintar para uso del personal de la casa.

La señora Butler vertió agua hirviendo en la tetera, que a continuación dejó sobre la mesa. Phryne cogió una silla.

—Bueno, está todo muy bonito. ¿Cómo cree que se las apañará aquí, señora Butler? ¿Echa algo en falta?

—Ahora mismo no, señorita. Los repartidores vienen todas las mañanas y los aparatos de la cocina funcionan. Está bien tener una cocina de gas. La cocina de carbón caldea en invierno, y es lo mejor que hay para el pan, pero en verano resulta un suplicio, eso sin duda. Las chimeneas eléctricas están encendidas, y las de verdad también, señorita. La casa estará caldeada dentro de unas cuantas horas. Estará lista para usted mañana, con el almuerzo sobre la mesa. ¿Cenará también en casa?

—Sí. No tengo mucho entre manos ahora mismo. ¿Y su habitación, señora Butler? Supuse que preferiría traer sus propias cosas.

—Sí, señorita, está bien. Bonitas vistas al patio, y mis muebles encajan a la perfección. Seguro que seremos muy felices aquí. Su té, señorita.

Phryne se bebió el té y prestó atención a las voces que se elevaban en el patio. El señor Butler y el fontanero parecían estar intercambiando unos intensos improperios. Phryne se dio cuenta de que Dot seguía algo contraída.

—Sube y échale un vistazo a tu habitación, Dot —le sugirió—. Seguro que quieres ver cómo quedan los muebles. Gracias por el té, señora Butler. Espero estar aquí mañana sobre las once.

Dot corrió escaleras arriba a la primera planta, donde Phryne tenía un dormitorio de color verde musgo y una sala de estar en tonos marinos. Abrió la puerta a su propio tramo corto de escaleras: estaba alfombrado en fieltro marrón, tenía una curva encantadora a la mitad y conducía al ático.

Al situarse en lo más alto de la casa, la habitación se mantenía siempre caldeada, y Dot, en permanente estado de congelación desde su más tierna infancia, se regocijaba con el calor. Había elegido los muebles ella misma: una cama sencilla, un armario y un tocador, un lavamanos y una jofaina, una mesa y una silla acolchada junto a la ventana. Todo estaba pintado en la serie cromática favorita de Dot:

naranjas, beis y marrones. Sobre la cama había una colcha hecha con miles de hojas otoñales de terciopelo. Dot se hundió en ella encantada.

—La vi en el mercado y pensé que te gustaría —dijo la voz de Phryne desde atrás—. Aquí tienes tus llaves, Dot. Esta es la de la habitación y esta, la de la puerta al final de las escaleras. Hay otro par de llaves; lo tiene la señora Butler en su manojito, para limpiar, pero por lo demás, todo tuyo. Yo voy a ver mis colgaduras de cama.

Phryne salió y cerró la puerta tras ella.

Dot restregó la cara en el terciopelo y luego volvió a colocar bien la colcha. De todos los regalos que había recibido en su corta vida, y no habían sido muchos, ese era el mejor. Aquel espacio era para ella sola. Nadie más tenía derecho sobre él. Podía colocar cualquier cosa donde fuese y no se movería del sitio. Podía cerrar la puerta con llave y nadie tenía derecho a obligarla a que la abriese. Quizá su señora fuese superficial, promiscua y vaga —por no mencionar su tendencia a darle unos sustos de muerte a Dot—, pero le había hecho un regalo maravilloso y tenía el tacto suficiente para marcharse y dejarla que lo disfrutase. Dot se sentó en su silla acolchada, fijó la mirada fuera, en el mar, y sintió un cariño profundo hacia Phryne.

La detective inspeccionó sus colgaduras de cama, que eran de seda negra con hojas verdes bordadas, y las sábanas del color del musgo, oscuras para hacer resaltar su cuerpo blanco. La alfombra era verde y suave como la hierba fresca, y los espejos tenían un oportuno color rosa, enmarcados en hojas de parra de cerámica. Lo único que le faltaba era un amante bacanal a juego con la habitación.

Sonrió mientras hacía un repaso por los varones que conocía. Ninguno se le vino a la mente. No obstante, algo surgiría. Quizá lo dejase estar un tiempo hasta averiguar cómo reaccionaría el personal de la casa. Aún tenía que conocer al señor Butler, el azote de los fontaneros. Phryne calculó que le había dado tiempo suficiente a Dot para disfrutar de su habitación, así que la llamó en voz queda:

—¿Dot? ¿Nos vamos ya y cenamos, o prefieres quedarte? Puedes pasarte por la mañana y ayudarme a hacer el equipaje.

Phryne no oyó los pies bajando las escaleras, pero la voz de Dot sonó cerca.

—Ay, ¿podría quedarme, señorita?

—Claro. Pero ven al hotel sobre las ocho. Tenemos mucho que hacer.

—Por supuesto, señorita —susurró Dot.

Phryne cogió el abrigo y regresó a la ciudad en su automóvil. Llamó por teléfono a una amiga aviadora que conocía de su época de estudiante y le propuso cenar, para reconectar con el mundo aeronáutico.

Bunji Ross era una joven vigorizante con el pelo muy recortado y los hombros de un luchador. Su carrera la había comenzado como jinete en hipódromos, pero descubrieron que era mujer y la expulsaron de los establos. No tenía posibilidades de convertirse en *jockey* porque era demasiado alta y pesaba mucho, pero descubrió que las mismas características que la hacían ser buena jinete la convertían también en una buena aviadora: tenía reflejos agudizados, unas manos fuertes y, lo más importante, nunca se dejaba llevar por el pánico.

—Claro que tú no conociste a Ruth Law, ¿no, Phryne? —le preguntó Bunji mientras se sentaba en el comedor lujoso del Windsor y miraba la carta desesperanzada—. Vaya, amiga, no logro decidirme por nada de esto, la verdad. Supongo que de un filete con patatas ni hablamos, ¿no?

—Que sea un filete con patatas para ti, Bunji, querida —aceptó Phryne, y se volvió hacia el camarero—. *Filet mignon* y *pommes frites* para *madame* y para mí la langosta con mayonesa. Champán —añadió dirigiéndose al camarero encargado del vino que merodeaba por allí—. Un *Widow* del 23. —Y dirigiéndose a Bunji Ross—: No, nunca he conocido a Ruth Law. ¿Cómo era?

—Una mujer encantadora, y una aviadora sencillamente excelente. Pero tuvo un mal accidente y el

marido entró en una *crise de nerfs* y le rogó que no volviese a volar. Y, por lo que sé, no lo ha hecho. Un desperdicio terrible. Por cierto, me he enterado de que has montado un numerito de auténtica aventurera en un Moth, Phryne.

—Las noticias vuelan.

—Bueno, todo el mundo se conoce en la fraternidad de los aviadores. Porque es una fraternidad en gran medida, claro: solo hay otro puñado de mujeres en Melbourne. Aunque he de informarte de que poco a poco van saliendo. Tengo a seis en mi clase ahora mismo; buenas chicas, además. Como digo yo siempre, lo único que hace falta para volar son buenos reflejos y manos ligeras. No se necesita fuerza bruta. De hecho, con la fuerza bruta te estrellas nueve de cada diez veces. El problema es lo que vale un aerobús. Mira a Bill McNaughton, que se acaba de gastar una pequeña fortuna en un Fokker nuevo, ¿y qué va a hacer con él? Sobrevolar el Polo Sur, por todos los demonios...

—Lo he conocido —dijo Phryne, mientras el camarero le llenaba la copa.

—¿En serio?

—Sí. Él era quien pilotaba el Moth mientras yo hacía mi acrobacia.

—Eres una mujer más valiente que yo entonces.

—¿Por qué? ¿Qué problema tiene ese hombre?

—La fuerza bruta, como te he dicho antes. Maneja su aparato como si no existiesen la fatiga de los metales ni la tensión de rotura. Una vez lo vi destrozar las alas de un Moth, y para llegar a eso hay que empeñarse. Ya sabes lo maleables que son esos avioncitos y, aparte de ser propensos a dar sacudidas, hasta un niño podría pilotarlos. Pero Bill nunca ha aprendido que el músculo no es la solución a todas las dificultades. Ese es el problema que tiene.

—Le dije que mantuviese el avión a un rumbo fijo y que compensara la inclinación, y lo hizo.

—Bueno, eso es más de lo que le habría creído capaz. Yo no me habría arriesgado. Igual podría haber hecho un trompo en vertical contigo allí arriba. Te diría que tuviste suerte de escapar, amiga. A ver que te rellene esa copa. No tienes muy buen aspecto.

—No me siento muy bien —admitió Phryne—. ¿Qué sabes de él, entonces?

—¿De Bill? El padre le soltó un buen dinero, con valor, para que abriese la escuela de vuelo. La cosa no va bien. Es un profesor horrible. Les grita a los alumnos y los atemoriza, y luego no los deja probar a pilotar solos. O bien abandonan el vuelo o vienen a mi escuela. He tenido a tres exalumnos suyos. Los había machacado a todos, en especial a los hombres. En realidad, no cree que las mujeres sepan pilotar, así que con ellas no es tan duro. A ningún joven le hace mal que lo machaquen de vez en cuando, que lo bajen de la nube y, aun así, tampoco puedes esperar que paguen por ello. Bill es un piloto agresivo: valiente pero atrevido, y rompe los aparatos. Por suerte, es un buen mecánico, así que los repara él mismo. Se comenta que se lleva fatal con el padre, y es lógico, porque se parecen mucho. Los dos son unos canallas, grandes, chillones y tercos. Este filete está tremendo —añadió Bunji, y comió con ganas, disfrutando.

Phryne picoteaba de su langosta con mayonesa y sorbía champán. Estaba preocupada veladamente por Bill McNaughton. Tras haberse inmiscuido en su vida, se sentía responsable de él.

—¿Qué tiene de malo sobrevolar el Polo Sur? —preguntó en tono distraído.

—Es demasiado grande —respondió Bunji con la boca llena—. El Polo Norte es grande, pero la mayoría es hielo, así que cuando parte del hielo se derrite hay mucho menos terreno que atravesar. El Polo Sur diría que es más bien tierra con una capa de hielo, así que cuando el hielo se derrite no empequeñece en absoluto. Además, el hielo hace cosas raras con los aviones. Mira al pobre Nobile, el italiano, que sobrevoló el Polo Norte con esa aeronave. Los aviones que enviaron para rescatarlo se estrellaron todos, o bien al aterrizar o al volver a despegar. Uno de los aviones que mandaron a buscarlo

fue un Fokker, como el de McNaughton, y solo consiguió hacer un viaje antes de estrellarse, por el peso del morro en el aire helado. Ningún aparato puede llevar combustible suficiente para no tener que aterrizar en ningún momento, ese es el problema. Si pudiéramos repostar en pleno vuelo, sería distinto. Sin una radio operativa y unos pocos inventos nuevos, es imposible, Phryne. Y te lo digo yo, una mujer que voló por los Pirineos en enero. Sé lo que es la nieve. ¿Qué vamos a pedir de postre? Ah, ¿y puedes prestarme un vestido de noche, Phryne? Tengo que ir a un baile, a recoger un premio por esa competición de velocidad, y no me dejarán pasar con mis trapos de aviadora.

Phryne suspiró: todos los vestidos que le había dejado a Bunji le habían vuelto destrozados, pero sonrió. Sugirió que tomasen *trifle* de postre, y le dijo que sí. Después de todo, tras una infancia de pobreza y miseria, estaba bien tener tantísimos vestidos que perder uno no significase nada. Mientras se comía el *trifle*, Phryne reflexionaba sobre cómo esa pobreza desgastante, pese a lo repugnante que resultaba vivir en ella, tenía la ventaja de hacerte disfrutar del dinero de un modo vetado a los ricos de cuna.

Y además te facultaba para satisfacer los impulsos más absurdos. Phryne echó mano al bolso y le dio a Bunji una de sus tarjetas recién impresas.

—SEÑORITA PHRYNE FISHER. INVESTIGACIONES. 221B, THE EXPLANADE, ST KILDA —leyó Bunji—. Conque te has hecho sabuesa, ¿eh? ¡Es la monda! Y menuda suerte haber conseguido esa dirección.

—De suerte nada, le añadí la B al 221 y ya. Compré la casa por el número. Tienes que pasarte a hacerme una visita, Bunji. Ahora subamos a ver si encontramos un vestido.

Afortunadamente, ninguno de los vestidos favoritos de Phryne le entraba a la robusta Bunji, que se contentó con un blusón largo de pintor, sencillo y suelto, de terciopelo oscuro, que Phryne se había comprado por capricho y nunca se había puesto.

—No, no hace falta que me lo devuelvas. Nunca me ha gustado, y a ti te queda perfecto. ¿Necesitarás sombrero?

Bunji eligió un sombrero de fieltro extravagante con un ramito de violetas sobre una oreja que le daba un aspecto indescriptible. Phryne no se inmutó, sino que lo metió todo en una caja y encargó té.

—Por cierto, esa familia tiene una hija... Amelia, creo que se llama. Vino a ver pilotar a Bill una vez. Es artista. Desaliñada pero guapa, delgada y pálida. Le pregunté si quería subir conmigo y acabó desmayada; la tuvieron que ayudar a sentarse en una silla. —Resopló Bunji entre risas, pero sin crueldad—. Pobre cría, vivir con esos dos le ha hundido el espíritu. Eso sí, hizo una acuarela muy bonita del vuelo. No sé nada de arte, pero esa muchacha me pareció bastante buena. Me regaló la acuarela y la colgué en la pared de inmediato. Bill la vio y dijo: «Qué detalle por tu parte que animes a mi hermana, Bunji», como si el dibujo fuera una basura, así que fui detrás de él y le dije que me parecía una pintura buenísima y que él era un filisteo, pero para entonces la muchacha se había marchado. Es un bruto ese Bill. No me gusta nada. En fin, querida, gracias por el té y por la cena, y por el vestido, claro. Iré a verte cuando estés instalada, Sherlock, y si quieres volar un poco, solo tienes que mirar arriba y buscarme.

Bunji se marchó sin más y Phryne, algo deprimida, se metió en la cama.

Capítulo III

Que coman pastel.

Atribuido a María Antonieta

Dot se sentó a la mesa para disfrutar de una merienda-cena con el señor y la señora Butler. Había crema de verduras, empanada de huevo y beicon y *crumble* de manzana, además de un montón de tazas de té fuerte.

—Bueno, Else, diría que la casita está muy bien y que ella es buena muchacha, ¿eh? —comentó sonriendo el señor Butler, que había ganado su duelo con el fontanero.

Todo lo que la señorita Fisher había decretado que debía llevar cisterna la lucía esplendorosamente, y las chimeneas eléctricas sobre las que el señor Butler había tenido sus dudas funcionaban a la perfección. Dot frunció el ceño. No sabía si aquella era una forma adecuada de hablar de Phryne.

—Es una señora —reprobó la señora Butler—. Y no lo olvides, Ted. Está muy bien relacionada en las islas y su padre es pariente del rey.

—Da igual; sigue siendo buena muchacha. Sabe lo que quiere y lo consigue. Y lo paga. Como a nosotros, por ejemplo.

—Verá, querida —le explicó la señora Butler a Dot—, nosotros no pretendíamos meternos en ningún otro sitio después de que nuestro señor muriese. Era un hombre maravilloso, muy bien relacionado también. Nos dejó dinero suficiente para retirarnos, una casita en Richmond y un trocito de jardín. Lo que siempre habíamos querido. Pero Ted y yo, bueno, todavía no somos viejos y, en cierto modo, no queríamos jubilarnos; no si lográbamos encontrar un buen sitio. Un lugar más pequeño, sin niños, y con ayudas para la colada y el trabajo duro. Nos registramos en los libros de la agencia más exclusiva y duplicamos nuestro salario. La señorita Fisher mandó al abogado a que nos hiciera una entrevista y nosotros le dijimos lo que queríamos. Lo único que pedía la señorita Fisher era que jurásemos no desvelar ninguno de sus asuntos personales a nadie, cosa que nunca haríamos, por supuesto. Entonces el abogado se levantó y nos preguntó cuándo podríamos mudarnos para supervisar las reformas, así que aceptamos probar durante seis meses y ver si encajábamos. Por el momento, está yendo bien. ¿Y usted, querida?

—Llevo con ella tres meses —respondió Dot—. Me ayudó a salir de un apuro. Yo estaba desubicada, porque el hijo de la casa me iba detrás, y la señorita Phryne se ocupó de mí. Desde que empezamos con eso de la investigación privada todo ha sido un no parar. Lo único que quizá les moleste es que toma té a todas horas cuando está trabajando en un caso. Por lo demás, es encantadora. —Dot comió un poco más de *crumble* de manzana—. Esto está delicioso.

La señora Butler sonrió. Como a todas las buenas cocineras, le encantaba dar de comer a la gente.

—¿Le gustan los coches, señor Butler? —preguntó Dot.

—Llámeme Ted. Me encantan los coches. Siempre he querido manejar una máquina como la de la señorita Fisher. Un Lagonda, ¿no?

—Un Hispano-Suiza —lo corrigió Dot—. La señorita Fisher conduce como los demonios.

Los ojos de Ted se iluminaron.

—Ojalá me permita llevarla a fiestas y bailes y demás. Tendría que buscarme una gorra de chófer.

Dot se preguntó cómo iba a mencionar el hábito de Phryne de rociar sus aposentos con apuestas jóvenes desnudos. No se le ocurría ninguna manera de introducir el tema, así que decidió dejar que Phryne lidiara con ello.

—Bueno, señorita Williams, el agua del baño está caliente si quiere —dijo el señor Butler—. Y el como se llame funciona, por fin. Voy a sacarle brillo a la plata —continuó, antes de salir hacia la parte de atrás de la casa.

—Llámeme Dot. Debo estar en el hotel a las ocho, señora Butler, así que ¿podría tener algo de desayuno listo para las siete? Un té y una tostada, nada más. Buenas noches.

Dot subió las escaleras hasta su habitación, se lavó la cara y las manos, y cayó en un sueño profundo en su cama, en su dormitorio. Fuera, el mar rugía con la primera de las tormentas del invierno, pero en el 221B de The Esplanade, Dot estaba tan a gusto como un pájaro en un arbusto.

El desayuno de la mañana siguiente consistió en beicon y huevos. La señora Butler se llevó las manos a la cabeza ante la idea de mandar a una jovencita tan canija a pasar un largo día de trabajo con un té y una tostada nada más. Inusualmente llena, Dot cogió el tranvía y llegó al Windsor bajo un frío tormentoso. El viento había remitido, pero el cielo prometía lluvia. Dot se arrebujó en el abrigo y subió corriendo las escaleras, tras saludar al portero al pasar.

—¡Debe de estar usted helado! —exclamó Dot mientras el portero abría la gran puerta con trabajo.

—No se está tan mal para lo que nos espera —opinó el hombre lanzando una mirada cómplice al cielo—. La señorita Fisher no se pasará por ningún avión hoy.

Dot encontró a Phryne echando el tercer montón de vestidos sobre la cama y mirándolos fijamente.

—No me hacía idea de que tuviese tantísima ropa, Dot. Debería darla; menuda colección.

—No, la necesita toda, señorita. Siéntese y empezaré a hacer el equipaje. Rellene un cheque para pagar la cuenta mientras yo quito todo esto de en medio en un abrir y cerrar de ojos. Por cierto, el portero sabía lo de su acrobacia en el avión. Seguro que ha salido usted en el periódico.

—Vaya, pues bajaré a comprar uno. ¿Puedes tú sola?

Dot asintió. Podría mucho mejor si Phryne no estaba allí. La detective cogió el talonario de cheques y el bolso y salió a tomarse un café en la salita de estar, y a comprobar todos los elementos de una cuenta voluminosa. Le daba pena marcharse del Windsor. Había disfrutado mucho allí con su amante Sasha de la Compagnie des Ballets Masqués, quien estaba de vuelta ya en Francia. Estando allí, había desmantelado una banda de traficantes de cocaína y aquel lugar había funcionado de instrumental para atrapar a un conocido médico que practicaba abortos. Habían sido tres meses fascinantes, pero una no podía pasarse la vida viviendo en un hotel. Suspiró y se sirvió más café. ¿Una botella de licor Bénédictine? ¿Cuándo había pedido ella eso?

Ya sola, Dot empacó toda la ropa, los zapatos y los sombreros, y muchísima ropa interior y cosméticos, libros y documentos. Metió todas las joyas en el cofre, lo cerró y se guardó la llave. Luego, mandó llamar a los mozos y bajó a ver si Bert y Cec habían llegado para cargar el equipaje.

Violando el recinto sagrado del Windsor estaba Bert, en mitad de una animada charla con el portero. Era un hombre bajo y robusto. Tenía el pelo moreno y rizado y un cigarrillo de liar pegado con firmeza al labio inferior. Su compañero, Cec, larguirucho y rubio, hacía guardia ante una furgoneta espantosa a los pies de las escaleras. Los otros vehículos le pasaban cerca, pitando con vehemencia.

Phryne hizo tres correcciones en la cuenta, volvió a sumar, rellenó un cheque con una cifra verdaderamente asombrosa y mandó llamar al director, quien apareció con una larga ristra de miembros del personal tras él, todos deseosos de que la señorita Fisher los recordase.

Bert, Cec y algunos mozos que querían ganar méritos fueron sacando el montón de equipaje. Phryne los recompensó a todos, empezando por el muchacho más pequeño y pasando por delante de cada uno de

ellos hasta llegar al augusto director, a quien le dio una gratificación considerable, que el hombre cogió sin pestañear.

—Adiós —dijo Phryne, y le dio la mano—. Detesto marcharme de aquí, de verdad, pero así son las cosas. Muchas gracias.

Phryne sonrió a quienes la miraban enriquecidos y agradecidos y salió del Windsor, dejando una estela de gloria tras de sí.

Ocupó su asiento en el Hispano-Suiza e hizo el viaje rápido, y es que, pese a las pieles que llevaba puestas, en aquel descapotable hacía un frío gélido. Detuvo el coche con estilo ante el señor Butler, que estaba en la entrada de la casa. Dot prefirió viajar con Bert y Cec.

—Tráigalo aquí, señorita, y cuidado con la pintura. Va de maravilla —le indicó el señor Butler, y Phryne metió el automóvil sin ningún percance.

El señor Butler sonrió y pasó una mano cariñosa por el capó rojo.

—El señor Butler, supongo. ¿Le gusta el coche?

—Sin duda, señorita. Es una belleza.

—Bien. Mire a ver si puede subir la capota, estoy helada. Parece que ha llegado el invierno, ¿no? Espero que me haga de chófer con este automóvil, así que luego lo puede sacar para practicar un poco con él, si le parece. Pero cuídelo bien: es el único que hay en Australia, y no sé dónde íbamos a conseguir piezas para repararlo. Tengo que entrar, se me han entumecido los dedos de los pies.

Esas fueron las palabras de despedida de Phryne antes de salir corriendo por el sendero del jardín hasta la puerta de atrás. Entró a una oleada de calidez y aroma a comida y se dejó caer en una silla de la sala de estar, donde brillaba un fuego menudo. La señora Butler apareció trajinando.

—¿Un té, señorita? ¿Tiene frío?

—Estoy helada, pero me deshielo rápido. Me apetecería más un café, aunque tendrá que hacer té para Bert, Cec y Dot, que vienen hacia aquí con el equipaje.

—Muy bien, señorita. ¿Unas chuletas para almorzar, con puré de patatas? ¿Pastel de manzana de postre?

Phryne asintió y se quitó un zapato. Los dedos de los pies se le habían quedado entumecidos de verdad. Se los frotó con vigor, mientras reflexionaba que el invierno de Melbourne parecía ser largo y engorroso. Agradeció tener un fuego y todas sus demás bendiciones durante cinco minutos de silencio, antes de que se oyera un golpe en la puerta y supiera que el equipaje había llegado.

Bert y Cec formaban un equipo. Llevaban tanto tiempo trabajando juntos, en el ejército y en el muelle, que parecían percibir el uno las sensaciones del otro. En consecuencia, eran muy eficaces.

Aparte de unos pocos comentarios en voz alta sobre la decoración, Phryne no oyó ni una palabra ni un golpe mientras subían sus posesiones escaleras arriba con facilidad y resolución.

—El té está listo —gritó Phryne cuando metieron el último baúl y Dot cerró las puertas de la furgoneta combada.

La señora Butler entró con un carrito cargado de dulces y sándwiches y la tetera grande. Bert y Cec bajaron las escaleras con pasos pesados para aceptar unas tazas de té y acoplarse en las sillas mullidas.

—¿Cómo han estado yendo las cosas? —preguntó Phryne.

—Nos hemos comprado un taxi nuevo fetén —respondió Bert con una sonrisa, y cogió un sándwich antes de seguir hablando—. Y hemos vendido la vieja cacharra. Nos ha ido bien, señorita. Ha salido usted en el periódico, ¿lo ha visto? —añadió, blandiendo el *Herald* de la mañana.

Phryne miró la portada. El dedo regordete de Bert señalaba la imagen de una joven en equilibrio sobre el ala superior de un biplano, acompañada del pie: «La H. Phryne Fisher en vuelo», y seguidamente los ojos de Phryne se posaron sobre una noticia de última hora justo debajo. «El señor William McNaughton

ha aparecido muerto en su pista de tenis hoy por heridas en la cabeza. Continúan las pesquisas policiales».

—Ay, Bert, mire esto —susurró Phryne.

Bert leyó el párrafo y dijo:

—Vaya, pues otro capitalista que muerde el polvo. ¿Y qué?

—Su esposa era clienta mía. ¿Estarían ustedes disponibles, si les necesitase?

Bert le pasó un dulce a Cec y cogió uno para él.

—Claro, Cec y yo estamos disponibles. Están buenos los dulces estos.

Dot se acabó el té y corrió ligera escaleras arriba para empezar a deshacer el equipaje. El señor Butler la acompañó, a un ritmo más pesado, con una palanca para abrir las cajas de madera. Phryne se preguntó si debía llamar a la señora McNaughton, mientras Bert leía otra sección del periódico en voz alta.

—«Piloto de Melbourne gana lotería irlandesa». ¡Caray! Lo que podría hacer uno con diez mil libras.

—¿En serio? ¿Y qué uno ha sido ese en concreto? —preguntó Phryne.

—Sale aquí, en el *Herald* de ayer. «Henry Maldon, piloto famoso, que el año pasado ganó la carrera aérea desde Sídney hasta Brisbane, ha sido confirmado como el ganador de la Lotería de Navidad Irlandesa, una suma que supera las diez mil libras esterlinas. El señor Maldon se ha negado hoy a corroborar o desmentir que fuese el ganador, pero su ama de llaves, Elsie Skinner, admitió que ese lunes de enero había llegado una carta con el sobrescrito LOTERÍA IRLANDESA, y que tanto el señor como la señora Maldon parecían estar muy felices. El señor Maldon lleva tres años casado con la anterior señorita Molly Hunter, hija de una prominente familia ganadera. Tienen un hijo, Alexander. La hija de seis años del anterior matrimonio del señor Maldon, Candida, vive con la familia. Al preguntarle qué haría con el dinero, el señor Maldon cerró la puerta y se negó a hablar con nuestro reportero».

—Y no le culpo —comentó Phryne.

—Vaya que no, y se me ocurre un ama de llaves que ahora mismo está sin trabajo —dijo Bert.

—Sí. ¿Se quedan a almorzar? —preguntó Phryne.

Bert negó con la cabeza.

—Tenemos que ganarnos la vida —respondió en tono triste, aunque arruinó el efecto sonriendo después—. Bueno, péguenos un grito si podemos ayudarla con... eeh... con algo de trabajo duro, señorita.

Se llevó a Cec y se marcharon. Phryne cogió el periódico y empezó a leer. Estaba inquieta y no podía concentrarse. ¿Cómo había muerto el señor McNaughton? ¿Habían arrestado a Bill? ¿Debía llamar a la señora McNaughton, que en esos momentos estaría hecha un manojo de nervios?

Dot llamó a Phryne para pedirle que tomara la decisión definitiva sobre qué ropa iba a dar, y el tema terminó siendo tan absorbente que para cuando el almuerzo estuvo servido no habían terminado ni con la mitad de las prendas.

Las chuletas, el puré de patatas con judías y la tarta de manzana fueron excelentes, y así lo manifestó Phryne, para luego regalarse dos tazas de café antes de permitir que Dot la arrastrase de vuelta a su dormitorio. Transcurrida otra hora más, Dot había guardado toda la ropa buena y tenía una pila de descartes en mitad del suelo.

Phryne se levantó y dijo con determinación:

—Puedes quedarte lo que quieras, Dot, y luego tienes mi permiso para deshacerte del resto. Voy a llamar a la señora McNaughton. Tendría que haberlo hecho antes, pero debe de estar tan consternada que...

En ese momento, sonó el timbre y Phryne percibió las pisadas firmes del señor Butler en el recibidor.

Se oyó el sonido de la puerta al abrirse, seguido por un grito leve y un golpe seco. Phryne corrió escaleras abajo y se encontró al señor Butler cargando un bulto flácido con cierta dificultad.

—La señora McNaughton, señorita —explicó con seriedad.

—Túmbela en el sofá, por favor, y pídale a la señora Butler un poco de té.

Phryne le quitó el sombrero a la mujer y le levantó los pies. Dot sacó unas sales aromáticas.

—Han detenido a Bill —susurró la señora McNaughton, y regresó a su estado inconsciente.

El estrés inherente a verse con un marido asesinado y un hijo asesino había superado a la señora McNaughton. Tenía el rostro hinchado por el llanto prolongado, y el pelo claro y suelto le caía por el vestido y el abrigo, que llevaba sin conjuntar. Mientras Phryne la colocaba en una posición más cómoda, vio cómo se le caían tres pañuelos empapados de la manga.

—Pobre mujer —comentó Phryne—. Creo que necesitamos a un médico, Dot. Mira a ver si hay alguno en la zona. La señora Butler a lo mejor lo sabe. Dile al médico que podemos pasar a recogerlo si no tiene transporte. Pídele al señor Butler que llame a casa de la señora y le diga al servicio que está aquí, por si andan preocupados por ella. Yo iré a buscar una manta —añadió como si hablara con la habitación vacía.

Encontró una manta gris suave en el armario de la ropa blanca y envolvió con cuidado a la señora McNaughton, que para entonces estaba tiritando. Se sentó en su butacón nuevo y empezó a rebuscar en el bolso de su paciente.

Vio unas llaves, más pañuelos mojados, sales, una polvera, una orden de registro de la casa, el número de teléfono de la comisaría de policía de Russell Street, una pluma estilográfica (que soltaba tinta), la tarjeta de Phryne, un tarjetero (de madreperla), dos cartas atadas con un lazo, un monedero con siete libras y treinta y ocho peniques, y unos polvos dentro de un papel, con la indicación SEÑORA MCNAUGHTON. UNA DOSIS A DEMANDA.

Phryne volvió a poner en su sitio todos los efectos personales, salvo las cartas, que abrió con cuidado tras deshacer la elaborada lazada que las sujetaba. Las leyó rápidamente, con un ojo fijo en su cliente inerte, que se quejaba a ratos. Conforme iba leyendo, alzaba cada vez más las cejas, hasta que le desaparecieron bajo el flequillo.

—Vaya manera vigorosa que tiene el caballero de expresarse —comentó en voz alta—. ¿Quién es? —Hojeó las páginas de prosa apasionada y encontró la firma—. «Tu fiel Gerald».

Gerald no había llevado su sinceridad tan lejos como para poner el nombre completo o la dirección en las cartas. Phryne las dobló con cuidado para devolverlas a sus dobleces originales y volvió a meterlas en los sobres y a ponerles el lazo. La señora McNaughton tenía un trasfondo oculto. El nombre de su marido era —o había sido— William y llevaba casada muchos años. Las cartas eran recientes, el papel y la tinta estaban frescos. La correspondencia incriminatoria estaba de vuelta en el bolso, y Phryne tenía la mirada fija y distraída en el fuego cuando Dot y el señor Butler entraron de nuevo, acompañando a un médico muy joven.

Se trataba de un muchacho alto y delgado, de pelo rizado y ojos marrón oscuro. Phryne sintió un interés inmediato y se levantó para saludarlo. El médico dio una zancada hacia delante, se enganchó el pie en la alfombra de delante de la chimenea y casi se cayó en los brazos de Phryne. Ella lo abrazó con entusiasmo y palpó los fuertes músculos anchos de la espalda del hombre antes de volver a colocarlo en pie y sonreírle.

—Soy Phryne Fisher —le dijo en tono cálido—. ¿Es usted el médico de la zona?

—Sí —tartamudeó el joven encantador, sonrojándose por la vergüenza—. Lo siento. Aún no me he acostumbrado a la longitud de mis piernas. Espero no haberle hecho daño. Soy el doctor Fielding. Acabo de empezar a trabajar con el veterano doctor Dorset; solo llevo aquí unos meses.

—Yo acabo de mudarme —le respondió Phryne—. Espero que terminemos siendo amigos. Entretanto,

esta es la señora McNaughton.

Phryne señaló a la mujer en posición supina y el doctor Fielding perdió su torpeza. Cogió una silla y se sentó junto a la paciente, indicándole con señas al señor Butler que le acercara su maletín, para luego retirarle con suavidad el pelo enmarañado de la cara a la señora McNaughton. Se desabrochó el reloj y le tomó el pulso, puso el reloj a un lado y apoyó con cuidado la mano caliente y flácida de la paciente.

—Ha sufrido una conmoción terrible que le ha provocado un desmayo —dijo en tono severo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Acaban de arrestar a su hijo por el asesinato de su esposo —le explicó Phryne—. Creo que eso podría calificarse de «conmoción terrible». Se presentó en la puerta consternada y se desmayó en los brazos del señor Butler. ¿Dijo algo, señor Butler?

—No, señorita Fisher. Solo su nombre. Luego desfalleció. ¿Necesita que le traiga algo, doctor?

El señor Butler habló en un tono suave y respetuoso.

—Sí, haga el favor de llegarse a la botica y que le preparen esta receta. —El doctor Fielding garabateó algo muy diligente—. Puedo ponerle una inyección que la ayudará de momento, y luego tendría que meterse en cama.

—Pero doctor, la señora McNaughton no vive aquí —se quejó Phryne—. Habría que llevarla a su casa. Y si voy a investigar el asunto la necesito despierta, al menos durante un rato, para que me diga lo que ocurrió cuando asesinaron a su marido.

El doctor Fielding miró a Phryne a los ojos.

—No voy a darle nada a la paciente que actúe en detrimento suyo, señorita Fisher.

—No le estoy pidiendo eso, doctor Fielding. Lo único que necesito es un estimulante seguro para que la señora McNaughton pueda decirme lo que quiere decirme. Me es imposible hacer nada sin instrucciones, y solo ella puede dárme las. Si va a estar tumbada con un ataque de encefalitis o algo similar, quizá pase semanas *non composmentis*.

El doctor Fielding apretó los labios, negó con la cabeza, le tomó de nuevo el pulso a la señora McNaughton, y a continuación llenó una jeringa con un líquido transparente. Le puso la inyección a su paciente, volvió a sentarse y le observó la cara con atención.

La señora McNaughton se estremeció y trató de incorporarse. Phryne le llevó un vaso de agua, que la mujer bebió a sorbos.

—Ay, señorita Fisher, tiene que ayudarme. Han arrestado a Bill.

—Encantada de ayudarla, pero debe calmarse; respire hondo y cuénteme qué ha pasado.

—Salí a buscar a Danny, el perro, para que entrase en casa. Estaba oscureciendo y lo oí aullar en la pista de tenis. Fui y allí estaba William tumbado, con la cabeza... Horrible, toda esa sangre... Y grité, y vino la policía, y se llevaron a Bill y ahora lo van a colgar.

Iba subiendo la voz hasta un tono de histeria. El doctor Fielding le puso la mano grande y relajante en la muñeca. Phryne sonrió transmitiendo toda la seguridad que pudo.

—Cálmese, querida. Investigaré el asunto. Hoy iré a ver a Bill y haré todo lo que pueda para sacarlo. Lo único que tiene que hacer usted es cerrar los ojos y descansar. No va a poder ayudar a Bill en este estado. Ahora el doctor Fielding le pondrá una inyección y cuando despierte estará en su casa.

El doctor Fielding reaccionó al pie que le daba entrada en escena y los atormentados ojos perdieron su mirada rígida.

—Bueno, pues que sea lo que tenga que ser. Señor Butler, ¿y esa medicina? —intervino Phryne.

—He mandado al niño de al lado a buscarla, señorita. Pensé que debía ocuparme de llamar a la casa de la señora McNaughton.

—Bien pensado. ¿Había alguien?

—Sí, señorita, la hija de la señora. Viene de camino para recoger a su madre y ha pedido que la esperemos. También me ha dado el nombre y el número de teléfono del médico personal de la señora. Lo he telefoneado y dice que le gustaría intercambiar unas palabras con el doctor Fielding.

El joven médico palideció, tropezó con una mesita y cogió el auricular. Tuvo una conversación breve que Phryne no captó y luego colgó. Una sonrisa de alivio le iluminaba el agradable rostro.

—Parece que he procedido correctamente con el tratamiento. Su médico dice que padece de los nervios. Bueno, ya no me necesita, señorita Fisher.

—Ah, claro que lo necesito —dijo Phryne apresurada, sin ganas de perder de vista al primer joven apuesto que se había encontrado después de semanas—. Por favor, quédese hasta que llegue la hija para al menos supervisar el inicio del viaje. Siéntese, doctor. Nos tomaremos un té.

El doctor Fielding era un médico cualificado, pero sus encuentros sociales habían sido limitados. Frente a Phryne no tenía nada que hacer.

Se sentó y aceptó una taza de té.

Molly Maldon recibió el regreso de Jack Leonard y su esposo con una ansiedad apenas velada.

—¿Nada? —susurró. Henry negó con la cabeza—. Estaba enfadada conmigo por no llevarla a la tienda de golosinas. —La señora Maldon se sentó de golpe—. Dejó de preguntarme pasado un rato, y eso no es propio de Candida. La tienda de golosinas. ¡Claro!

Sin quitarse el delantal ni ponerse el sombrero, Molly Maldon echó a correr por el recibidor, cruzó la puerta de la casa y salió a la calle, como en una carrera de obstáculos. Jack y Henry se miraron y menearon las cabezas. No había quien entendiera a las mujeres; eso lo sabía todo el mundo.

Molly dobló la esquina y se peleó con la cortina de bambú para entrar a la tienda. El escaparate estaba lleno de galletas de jengibre con forma de hombrecitos con abrigos dorados. Cómo había deseado Candida esos soldaditos de jengibre de seis peniques. «Después de la azotaina, podrá comerse uno entero ella sola», pensó Molly. El timbre de la tienda sonó con desesperación.

—¿Ha visto a una niña pequeña con un vestido azul, pelo claro y diadema?

—Y tanto que sí —respondió la tendera—. Me dijo su nombre: «Candida», dijo. Se gastó tres peniques en caramelos. Le advertí que no se los comiera todos de golpe. ¿Por qué? ¿Todavía no la ha llevado su padre a casa? Hace ya sus buenas dos horas que se marchó.

—¿Su padre? —preguntó Molly en un grito ahogado.

Por un momento distraído, pensó si Henry no le estaría gastando una broma. Si era así, se iba a enterar de cómo le había sentado la gracia segundos después de que le devolviese a Candida.

—Sí, iba en un coche negro grande. Había un hombre y una mujer.

—¿Qué tipo de coche?

—Pues eso, uno negro y grande. Mi Jimmy a lo mejor ha visto algún detalle más, que está loco por los motores, vaya.

—¿Y dónde está Jimmy?

—Se ha ido a la escuela, señora; solo había venido a almorzar, pero volverá a casa a las tres y media, si quiere venir otra vez a esa hora. ¿Qué es lo que pasa? ¿Le ha ocurrido algo a la chiquita?

—Sí —respondió Molly, y salió corriendo de la tienda.

Allí, en la cuneta, había una bolsa de caramelos: mentas y palitos de plata esparcidos por el suelo. Molly los recogió con delicadeza y volvió corriendo donde su esposo.

—Hola, cariño, ¿la has encontrado? —le preguntó Henry, alzando la vista desde las profundidades de un cómodo sillón.

Molly le lanzó la bolsa de caramelos al regazo y gritó:

—Creo que la han secuestrado. La mujer de la tienda vio cómo se la llevaban en un coche negro y grande. ¡Llama a la policía!

Henry se quitó de encima la cascada de ositos de miel y plátanos y se levantó para abrazar con fuerza a su esposa, que lloraba amargamente.

—Llama a la policía —le susurraba Molly en el pecho—. Llama a la policía.

Henry la zarandeó con suavidad.

—Aguanta, cielo, no actuemos sin pararnos a pensar bien. Si la han secuestrado por dinero, tenemos que esperar a que nos llegue una nota de rescate. Si metemos a la policía en esto, a lo mejor le hacen daño... A lo mejor...

No pudo continuar.

Jack Leonard le dio a Henry un *whisky* con soda, que era más bien *whisky* solo.

Se sentaron a esperar. Henry Maldon habría preferido estar sobrevolando la Antártida en mitad de una ventisca.

Capítulo IV

Todo arte es bastante inútil.

OSCAR WILDE,
El retrato de Dorian Gray

—La señorita Amelia McNaughton, señorita Fisher —anunció el señor Butler.

Phryne y el joven médico habían estado entendiéndose divinamente cuando el timbre de la puerta sonó titubeante e interrumpió su flirteo. La detective llevó su mente de vuelta al tema que la ocupaba y le dio un buen repaso visual a la hija de la casa McNaughton. El resultado no fue muy alentador. Amelia era alta y delgada, con el pelo muy corto y revuelto, castaño claro, y una piel manchada. Tenía unas manos de formas preciosas, largas y blancas, aunque salpicadas de pintura y con las uñas mordidas, en carne viva. Obviamente, se había vestido con prisas o a oscuras, ya que llevaba una falda de punto sin forma, unas medias negras de perlé remendadas y una blusa demasiado grande con una chaqueta. La muchacha desplazaba rápidamente unos ojos azules claros de Phryne al doctor Fielding, mientras se mordía el labio inferior.

El médico se levantó y le ofreció su silla.

—Siéntese, por favor, señorita McNaughton, y tome un poco de té —la invitó Phryne—. Su madre está bastante bien de momento. El doctor Fielding le ha dado un sedante. Debe de tener usted frío. Señor Butler, ¿podría traer más té? Bueno, pensándolo mejor, un cóctel sería más apropiado —rectificó Phryne tras observar en la muchacha los labios morados y las facciones contraídas, como de frío.

La señorita McNaughton se hundió en la silla y extendió los dedos mordisqueados hacia el fuego luminoso.

—Gracias, señorita Fisher. No sé qué hacer. Padre ha muerto, Bill está preso y madre, mala de los nervios; además yo no tengo a nadie a quien recurrir para...

—¿No tiene usted parientes en Melbourne que puedan ayudarla?

—No, en absoluto. Están los hermanos de mi padre, el tío Ted y el tío Bob. Más que inútiles los dos. Nunca hemos sido una familia muy unida. El tío Ted ha llamado, pero solo para decir que padre le había dejado algunas acciones en el testamento y era el momento de transferírselas, porque el mercado estaba bajando y tenía que venderlas.

—Encantador —comentó Phryne.

El doctor Fielding se puso en pie y tiró los útiles de la chimenea.

—Madre mía, ¿no puede quedarse usted en su sitio? —espetó Phryne—. Ya tenemos bastante de qué preocuparnos, no hace falta que le dé todo el repaso al mobiliario. Le quiero aquí para cuando haya que llevar a la señora McNaughton a casa y le agradecería mucho que se estuviese quieto.

El doctor Fielding se puso tenso.

—No faltaría a mi deber para con la paciente, pero no me gusta estar de más en una reunión —anunció—. Me iré a la cocina hasta que haya terminado, señorita Fisher.

Y se fue herido a dejarse consolar por la señora Butler con un trozo de bizcocho.

—«Está ofendido: miren, se marcha irritado» —proclamó Phryne citando a Shakespeare, y se rio entre dientes—. Vaya sentido más profundo del decoro, desde luego. Señorita McNaughton, tengo mis reticencias a dejarlas en esa casa sin nadie que cuide de ustedes.

—Bueno, no pasa nada —masculló torpemente la señorita McNaughton—. La asistenta de madre era mi niñera. Nos las apañaremos bien. Y ahora que padre ha... ha muerto, los nervios de mi madre se calmarán.

—Si su padre se parecía en algo a su hermano Bill, entonces debía de ser bastante... en fin... recio en su vida privada.

—Era un bruto egoísta, autoritario, grosero y estridente —replicó la señorita McNaughton con rotundidad—. Casi vuelve a madre loca, y a mí siempre me trató como a una esclava. —Se bebió el cóctel de un trago, sedienta—. ¿Sabe lo que pretendía hacer, señorita Fisher? ¿En pleno 1928? Quería librarse de mí casándome.

—Qué cosa tan medieval —dijo Phryne—. ¿Cómo le sentó eso a usted? Yo no habría dado mi brazo a torcer.

—Y no lo di —admitió la joven algo atontada. Los cócteles de la señora Butler tenían cierta autoridad—. Le dije que por encima de su maldito cadáver. En mi vida ya hay un hombre.

Le lanzó a Phryne una mirada mitad de orgullo y mitad de una curiosa vergüenza.

—Ah, qué bien. Artista, ¿no?

Los pálidos ojos de la señorita McNaughton se iluminaron.

—Es escultor. Está en la vanguardia del arte moderno. Padre no le habría dado ni agua, porque es extranjero.

—Siempre me ha interesado el arte —admitió Phryne—. ¿Extranjero de dónde?

—Italiano. Paolo Raguzzi. Seguro que ha oído hablar de él, si le interesa el arte.

—No he investigado nada en el mundillo artístico de Melbourne, señorita McNaughton; solo llevo aquí tres meses. En cualquier caso, ¿tienen intenciones de casarse?

—Por supuesto.

—Pues tendrá que invitarme a la boda. Ahora mismo quizá sea mejor que llevemos a su madre a casa. Yo acudiré también para echarle un vistazo a la escena del crimen. ¿Cómo se llama el policía encargado de la investigación?

—No me acuerdo... ¿Barton, creo? No, Benton. El inspector de policía Benton.

—Perfecto. ¿Cómo ha venido? ¿Tiene usted coche?

—Sí. He cogido el Bentley de padre. Él no sabía que yo conducía. Será mejor que hagamos venir al médico.

Phryne hizo sonar la campanita eléctrica. Cuando el señor Butler apareció, le pidió que llamara al doctor Fielding. El médico entró en un ofendido silencio, certificó que la señora McNaughton estaba en situación de viajar y la sacó hasta el automóvil. Phryne vio que, pese a ser alto y desgarrado, cargaba sin esfuerzo aparente con el no poco considerable peso de la mujer inconsciente.

La detective cogió el sombrero, los guantes y el abrigo que Dot le había llevado y la despidió en la puerta.

—Quédate aquí y estate pendiente del teléfono, Dot. Llámame a casa de los McNaughton si ocurre algo interesante. No salgas de casa; quizá te necesite. ¿Tienes el número de Bert?

—Sí, señorita. Tenga cuidado, señorita.

—No voy a volver a volar hoy, Dot; lo prometo. Que pases una buena y agradable tarde, y dile a la señora Butler que cenaré fuera.

Phryne bajó como un rayo los escalones con un abrigo de tela rojo y cuello de astracán con el que daba la impresión de llevar una oveja echada por encima. El sombrero era de fieltro negro y los botines, de cuero de Rusia. El doctor Fielding se enderezó tras dejar a la señora McNaughton en el coche y se vio frente a frente con Phryne, que olía al cautivador perfume Jicky.

—No se ofenda, doctor. Una, que es propensa al sarcasmo cuando está molesta. Le pido perdón, y espero volver a verlo en circunstancias menos clínicas. Venga a cenar el jueves a las siete.

Phryne le dedicó una sonrisa deslumbrante y le dio un apretón fuerte con la mano perfumada. El médico bajó la calle flotando hasta su Austin con una extraña sensación, entre el insulto y la adoración. Phryne lo siguió con la mirada sonriendo, satisfecha por la impresión creada, y saltó al Bentley para sentarse junto a la mujer durmiente.

La señorita McNaughton era una buena conductora, aunque temeraria, y Phryne no tuvo otra cosa que hacer durante el viaje que amortiguarle los baches a la madre. Amelia McNaughton tomaba las curvas como si fuesen una afrenta personal.

Después de aproximadamente media hora, durante la que Phryne sufrió numerosos moratones, el coche giró y subió por el camino pavimentado de entrada a una casa grande y moderna. La señorita Amelia salió del vehículo de un salto y corrió hacia la casa en busca de ayuda para cargar a su madre. Phryne se liberó con cuidado de su posición, entre la señora McNaughton y la puerta, y salió del coche.

Eran las tres de la tarde de un bonito día de invierno, con algo de viento. Las hayas y los olmos que bordeaban el camino habían perdido todo el follaje, pero la casa evidentemente tenía jardinero, ya que no había ni una hoja a la vista en el césped recortado. La casa tenía una forma moderna: cubista, con un mural formado por losas de los colores del arcoíris sobre la puerta principal. El mural recordaba a la joyería *art déco*; a Phryne le gustó, sobre todo visto en contraste con los planos lisos y llanos del edificio. Sin la decoración, la casa no habría sido más que una serie de cubos con diversos tamaños hechos de ladrillos grises y fríos.

El diseñador de aquella residencia había decidido que la privacidad era la nota predominante, y había colocado la casa en el centro absoluto del espacio disponible, rodeada por un jardín formal a un lado, una huerta en la parte de atrás y un jardín ondulante, tipo parque, con una pista de tenis en los lados que daban a la carretera. No se veían otras viviendas. La casa parecía una islita residencial en un bosque salvaje y potencialmente peligroso. Ni siquiera se oía el tráfico, y al fondo del jardín estaba la hendidura que creaba el parque Studley: un valle profundo con el río al fondo y un bosque virgen que cubría las laderas. A quien padeciese de los nervios debía de resultarle un lugar muy solitario. Phryne se preguntó si a la señora McNaughton le gustaría vivir allí y si alguien le habría pedido siquiera opinión para construir aquello.

Amelia regresó con un jardinero y una mujer rechoncha con delantal. Juntos, levantaron a la señora McNaughton y la llevaron al recibidor, para luego subirla por las escaleras hasta una habitación pequeña con una cama estrecha.

—Pero esta no es su habitación, ¿verdad? —preguntó Phryne sorprendida.

—Sí, desde que dejó de dormir con padre. Él no la dejaba tener otro dormitorio. Decía que podía dormir con él en la habitación grande o, si no, en esta, así que ella eligió esta. Según madre, le da seguridad. No hay ventanas; solo entra la luz de la escalera. En cualquier caso, madre ya no tendrá que encerrarse más —explicó la señorita McNaughton, mientras le estiraba las extremidades a su madre y las colocaba para que siguiera con el sueño—. Y él ya no aporreará más esta puerta.

Amelia salió de la habitación; dejó a la mujer rechoncha sentada junto a la cama y señaló las abolladuras y las grietas de la madera. La puerta había hecho un noble trabajo a la hora de repeler al amo de la casa. Los maderos se habían agrietado un poco, pero no estaban rotos.

—Ah —dijo Phryne, profundamente indignada, preguntándose si quería descubrir de verdad quién había matado al señor McNaughton.

—Padre solía pegarle... Y a mí también —siguió la señorita McNaughton en tono directo—. Aunque dejó de pegarme porque le dije que me marcharía y me llevaría a madre. Eso lo asustó, le aterraba el

escándalo, y yo podría haber montado uno impresionante. Estando yo aquí no golpeaba a madre, pero tenía que ausentarme con mucha frecuencia. Es que estudio en la escuela de arte.

—Sí, su hermano me contó que era usted artista. Y Bunji sigue conservando su acuarela del avión colgada en la pared.

Phryne trataba de sonsacarla. En todo ese tiempo, la señorita McNaughton no había mencionado a su hermano.

—Bill no creía que yo supiese pintar. Tiene la sensibilidad artística de un buey. Y llamó a Paolo «espaguetini grasiento». Pero no mató a mi padre —aseguró la señorita McNaughton, y se paró en las escaleras con una mano en la barandilla—. Si Bill hubiese matado a padre, lo habría anunciado a los cuatro vientos. No se habría escapado. Es como padre: todo lo que hace tiene que estar bien. Padre y él nunca han cometido un error ni se han disculpado en su vida. Bill se habría quedado junto al cadáver y habría anunciado que tenía todo el derecho de matar a su propio padre si así lo quería, ¿y quién se iba a preocupar de discutirlo? No sé quién mató a padre, pero no fue Bill. No me importa si descubre quién lo hizo. De hecho, preferiría que no fuese así. Había miles de personas que odiaban a padre, y con razón, y cualquiera de ellas es más válida que él. Lo detestaba y odiaba lo que nos hacía a mí y a mi madre. ¿Sabe que, después de golpear a la puerta de madre y de que ella lo rechazase, solía venir e intentarlo conmigo?

—¿Y lo conseguía? —preguntó Phryne con delicadeza.

La señorita McNaughton miró fijamente a Phryne con sus ojos azules pálidos, como viendo a través de ella.

—Cuando era más pequeña, sí —dijo en voz queda—. Llegó a cogerme en el baño. Dos veces. Después de eso puse una silla bajo el picaporte. Solía quedarse fuera y darme voces para que lo dejase entrar. Y yo me lo pensaba, porque quizá así se habría calmado, pero no podía, de verdad que no podía. Por eso Paolo es el único hombre al que he amado, al que podré amar. Se dejó la piel conmigo, fue tan paciente cuando yo me retraía y lloraba y... y...

—Entiendo —comentó Phryne en voz baja—. Pero les ocurre a muchas mujeres. Usted y yo somos afortunadas por haber encontrado a amantes que lograron sacarnos de nuestros caparzones. Bajemos, señorita McNaughton, y entremos en calor. Luego puede enseñarme su obra.

—Por favor, llámeme Amelia —dijo de repente la señorita McNaughton—. Es usted la única persona aparte de Paolo a la que se lo he contado... Venga y siéntese junto al fuego en el salón, le bajaré mis cosas. Quizá no le gusten —la advirtió, y corrió de nuevo escaleras arriba.

Phryne pasó a un salón grande y elegante con mobiliario chino. El techo estaba lacado en rojo y de las paredes colgaban pinturas en pergaminos y bordados. Varias prendas brocadas decoraban la repisa de la chimenea, y las sillas eran de madera oscura, con agujeros y decoraciones, cojines de seda, y leones y nubes tallados en las patas.

Sobre la chimenea había una escultura de jade solitaria, un dragón bastante ufano devorando un ciervo. Phryne se sintió incómoda porque los ojos del ciervo le recordaron a los de la señora McNaughton, y se apartó de la escultura para estudiar la pintura en seda situada junto a la ventana cuadrada con rejas. La reconoció como una copia de un artista famoso. Se trataba de *Disertación de dos caballeros sobre peces*. «Mira cómo los peces se entretienen en las aguas cristalinas —decía entusiasmado un caballero—. Así es como el Todopoderoso hace disfrutar a los peces». «Tú no eres un pez —objetaba el otro—. ¿Cómo sabes lo que hace disfrutar a los peces?». «Tú no eres yo —replicaba el primero—. ¿Cómo sabes que no sé lo que hace disfrutar a los peces?». Y, por supuesto, a eso no había respuesta.

«Qué sabremos ninguno de nosotros sobre los demás», meditó Phryne. Si hubiese conocido al difunto, y nada llorado, señor McNaughton, ¿habría sabido que era un tirano doméstico que, rechazado por su esposa, había asaltado sexualmente a su hija?

Amelia entró apresurada y colocó un portafolios de dimensiones impresionantes en los brazos de Phryne.

—Voy a ver qué pasa con el té —masculló, y salió con prisas otra vez.

Phryne diagnosticó modestia artística. Vacío el portafolios en la mesa de madera oscura y esparció el contenido. Había acuarelas, unos pocos bocetos al óleo y dibujos al carboncillo y en tiza roja. A Phryne le pareció, complacida, que eran buenos. Siempre resultaba más fácil alabar genuinamente que tratar de encontrar algo bonito que decir sobre alguna porquería.

Había tres acuarelas de aeroplanos, con una aguada pálida de cielo detrás. Había dibujos nítidos y claros a lápiz de flores y aves, que mostraban indicios de una etapa china. Había varios paisajes algo turbios y una casa cubista lograda con habilidad. No obstante, el verdadero talento de la señorita McNaughton estaba en los retratos. Con tiza o carboncillo, lograba captar el parecido con más claridad que una fotografía. Estaba Bill, con ropas de aviador, descomunal y seguro de sí mismo, pero con un toque de buen humor insensato que Phryne también había percibido. Estaba su madre, en tonos pastel, cansada y con arrugas, con el aspecto mullido y agobiado que tan familiar le resultaba a Phryne. Era evidente que las habilidades de Amelia todavía tenían que perfeccionarse, porque tendía a una cierta falta de confianza en los trazos y algunos colores podrían intensificarse. Phryne repasó los retratos encantada. Había un grupo de niños, en cierto modo inspirados en Murillo, pero en cualquier caso encantadores. Había once estudios de un gato; Amelia había captado la musculatura elusiva de la criatura bajo el pelaje. Había un hombre moreno, delgado e intenso, de ojos profundos y rostro encantador, como de un fauno; tenía orejas puntiagudas y, en general, transmitía poder y paciencia. A Phryne le recordó a un Médici, y se preguntó si no sería una copia de una obra renacentista. Le dio la vuelta al óleo. *Paolo*. Ajá. Apuesto, aunque no guapo. Una personalidad profunda y fuerte. Un hombre así debía de haber dejado una fuerte impresión en Amelia, que no estaba familiarizada con ningún hombre poderoso que no se dedicase a pelear y a violar. La detective tenía muchas ganas de conocerlo.

Había un retrato de una mujer. Phryne reconoció a su amiga Isola di Fraoli, la cantante de baladas. Amelia la había captado a la perfección: la mata de pelo negro, el centelleo de los pendientes, el pecho generoso y los brazos redondeados, y la media sonrisa pícara y penetrante. El último óleo era el retrato de un hombre. Fuerte y alto, pero tendente a gordo, estaba plantado con las piernas abiertas, dominando a la artista con su presencia. Mostraba un rostro de mandíbula cuadrada y huesos anchos, moteado en rojo en las mejillas y la nariz. Tenía una mano cerrada y la boca abierta, como dando una orden. Estaba a solo un paso de la caricatura, delineado con tanta minuciosidad que resultaba obvio que la artista odiaba cada línea de su cuerpo. No obstante, dado que era artista, le había dado un trato honrado. A Phryne no le hizo falta darle la vuelta. La semejanza con Bill resultaba evidente. Se trataba del padre de Amelia. Phryne se lamentaba de quizá tener que descubrir quién lo había matado. Ese hombre era la esencia de todo lo que no le gustaba en el sexo masculino.

Amelia y el té entraron al mismo tiempo. Phryne cogió una taza y comentó:

—Tiene usted muchísimo talento, Amelia. ¿Me vendería alguna de estas obras? Acabo de mudarme a una casa nueva y estoy decorándola.

—No puedo venderlas... Solo son bocetos. Coja lo que quiera, señorita Fisher. Me encantaría que alguna obra mía estuviese en su casa.

—Llámeme Phryne, e insisto en pagar. No quiero que nadie diga que me aproveché de usted, sobre todo cuando sea famosa y yo amase una fortuna con sus obras.

—Coja lo que le guste. —Amelia se sonrojó—. Cinco libras cada una. Es lo que suelen cobrar los estudiantes. ¿De verdad le gustan?

—Sí —dijo Phryne rebuscando con rapidez—. Sus profesores seguro que le han dicho que tiene usted

un don poco común para los retratos. Estos bocetos del gato son buenos también. ¿Ha visto esa página de dibujos que hizo Leonardo de gatos que se convierten en dragones? Los gatos son cosa complicada de dibujar. Hay una forma ósea bajo la piel y ha captado usted muy bien toda la parte del pelaje. Me llevaré los gatos, que quedarán bien a lo largo de la escalera, y estos dibujos a tiza; uno es un Gipsy Moth, como en el que yo aprendí a volar: un aerobús maravilloso. Y los niños también, aunque están inspirados en algo, ¿no cree? ¿Le gustan los niños?

—Me encantan los niños. Quiero tener un montón. Ahora que padre ha... ahora que padre ha muerto, tendré mi propio dinero y Paolo y yo podremos casarnos. Tendremos una casa en Carlton, cerca de las galerías, con un estudio para él y otro para mí, y un montón de niñas.

—¿Por qué no se han casado antes? —preguntó Phryne, mientras añadía a Paolo, a Bill y a Isola a su montón.

Amelia se estremeció por la vergüenza.

—Paolo quería. Tiene bastante dinero. Es el hijo de un industrial. Su padre lo repudió, aunque gracias a su madre cuenta con ingresos. Pero yo no estaba segura; quería...

—Estar segura. ¿Desde hace cuánto lo conoce?

—Dos años. Ahora estoy segura. Es solo que padre decía unas cosas horribles de él, e incluso contrató a un detective privado para que lo siguiera y comprobase si se estaba acostando con sus modelos.

—¿Y lo estaba haciendo?

—Claro que sí, pero eso no me importa. Sé que me quiere, que me valora: ha invertido una cantidad de trabajo enorme en mí. Siempre apreciamos aquello en lo que prodigamos los mayores esfuerzos. Es como ese retrato de padre. Yo odiaba a padre, pero para pintarlo tuve que mirarlo con ojos muy distintos a los usuales: tuve que analizarlo como un objeto, no como a un hombre despreciable que me atormentaba. Dejé de tenerle miedo después de eso. De algún modo, el proceso de pintarlo lo desinfectó.

—Sé exactamente a qué se refiere. ¿Puedo quedarme el retrato? A lo mejor quiere conservarlo usted. Aparte del de Paolo, creo que es su mejor obra.

—Lléveselo. Iba a quemarlo.

—Eso sería una lástima —afirmó Phryne. Guardó los descartes en el portafolios y rellenó un cheque —. A lo mejor le interesa un encargo. Tengo un desnudo de mujer a tamaño natural, no sé si lo habrá visto...

—Sí. *La Source*. Es usted, ¿verdad? Un poco prerrafaelita, pero muy talentoso. ¿Quiere algo a juego?

—Sí, un desnudo masculino en la misma pose. ¿Dibuja con modelos? ¿O todavía no ha llegado a ese punto?

—Sí, pero es complicado. ¿Al óleo? ¿Y del mismo tamaño? Déjeme estudiar las dimensiones y veré qué puedo hacer. No he pintado ningún óleo grande. Padre nunca me habría dado dinero para comprar pintura suficiente, y se supone que los alumnos no venden sus obras. Hay un acróbata que a veces posa: tiene un cuerpo encantador, todo músculo, pero ligero. Mi amiga Sally hizo un Eros con él que era soberbio. Lo intentaré, ahora que puedo permitirme comprar el material.

—Bien. Bueno, póngame otra taza de té y pasemos a los negocios. ¿Tienen abogado en la familia? Si podemos, deberíamos ayudar a Bill a salir de entre rejas.

—¿Ayudarlo a salir? Pero si está arrestado.

—Sí, pero quizá podamos conseguir una fianza.

—Ah. No, no tenemos abogado para asuntos criminales.

—Déjemelo a mí. Conozco a la persona perfecta. ¿Dónde vive Paolo? Me gustaría ver su obra.

Amelia le escribió la dirección. Se mostraba intranquila. Estaba a punto de decir algo cuando una sirvienta desaliñada entró corriendo y anunció en tono estridente:

—El policía ese está aquí otra vez, señorita.

—Colóquese bien la cofia —le ordenó Phryne—. Límpiense la cara con ese delantal y póngase recta.

Una tragedia en la familia no es excusa para entrar en pánico. Así. Y ahora, compórtese. Todos necesitamos su ayuda, no lo olvide. ¿Qué sería de la casa sin usted? —Phryne le sonrió mirando a unos ojos grandes y marrones y le metió un mechón de pelo bajo la cofia—. Perfecto. Bueno, ¿quién está en la puerta?

—El inspector Benton, señorita Amelia —anunció la sirvienta, y salió orgullosa.

—Phryne —gritó Amelia—, es usted maravillosa. Por favor, no me deje sola.

—Aquí estaré. Vuelva a sentarse.

Amelia obedeció. La sirvienta regresó y anunció formalmente:

—El detective Benton, señorita Amelia.

Seguidamente, le lanzó a Phryne una mirada digna y acompañó a un hombre barrigón a la sala. El hombre tenía la cara roja, casi cómica, pero con unos ojos penetrantes y astutos de color marrón oscuro.

A las tres y media, Molly Maldon y su esposo entraron en la tienda de golosinas para interrogar al hijo de la tendera, Jimmy. Era un muchacho desagradable y brusco, con la cara llena de manchas y las uñas grasientas. De todos modos, Molly estaba predispuesta a querer a cualquiera que pudiese llevarla hasta Candida, y le estuvo preguntando con la misma suavidad que toda mujer usaría para seducir a un amante indeciso.

—¿Viste un coche negro y grande aquí a la hora del almuerzo, Jimmy?

—Sí —dijo lento y pesado el joven—. Un Bentley de 1926, negro, pulido como un pincel.

—¿Viste que una niña pequeña entrara en el coche? —preguntó Henry.

Jimmy ahogó un bostezo y Molly se mordió el labio. Abofetear a ese pequeño rufián en las orejas probablemente habría sido contraproducente.

—Sí, la vi, como que la arrastraron para meterla en el asiento de atrás. Tapizado en piel —añadió con poco ánimo de ayudar—. Piel roja.

—¿Te fijaste en la matrícula?

—Vi una parte. La placa tenía barro. Diría que era kg 12 algo. No pude leer el último número. Lo siento. Mama, ¿cuándo está la cena? Me muero de hambre.

Henry Maldon agarró a Molly por el brazo antes de que se precipitase y lanzó un chelín a la mano ya preparada del muchacho.

—Gracias, hijo —le dijo en tono pesado.

Jimmy bostezó de nuevo.

Capítulo V

Habla con puñales y a cada palabra, una cuchillada.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Mucho ruido y pocas nueces

—¿Qué tal? Soy Phryne Fisher. Llevo a cabo investigaciones, y la familia McNaughton me ha contratado para actuar en su nombre en este caso.

El policía adoptó una posición dominante ante la repisa de la chimenea y miró socarrón a Phryne.

—No hay lugar para principiantes en un asesinato, señorita Fisher —dijo el policía con condescendencia—. Pero estoy seguro de que servirá usted de consuelo para las damas.

—Espero que así sea —replicó Phryne con toda la dulzura de una navaja recubierta de chocolate—. Y espero también que permita a una simple principiante observar sus métodos. Estoy segura de que aprenderé mucho de sus procedimientos. Después de todo, no es frecuente tener la oportunidad de estar tan cerca de un inspector famoso como usted.

Amelia levantó la vista. ¿Seguro que aquel hombre no iba a percibir la sorna de esa sarta de tonterías tan trilladas? Parecía que Phryne no había subestimado la receptividad del inspector ante un poco del ungüento típico. El hombre se suavizó y adoptó una postura sumamente educada.

—Por supuesto. Estaré encantado de instruirla, señorita Fisher —ronroneó—. De todos modos, he venido a decirle a la señorita Amelia que debería buscar a un abogado para su hermano. Va a comparecer ante los magistrados mañana por la mañana y debería contar con un representante.

—Gracias, eso haré —dijo Amelia—. ¿Está seguro de que mi hermano mató a mi padre, inspector?

—Bueno, señorita, él no lo ha admitido. Dice que llegó a casa anoche con la intención de hablar con el señor McNaughton. Reconoce que tenía discusiones frecuentes con su padre, y que a veces se ponían violentos.

—Sí, eso es cierto —suspiró Amelia.

—Quería llevar a su padre a una reunión en el aeródromo para que la discusión no perturbase a la madre —explicó el inspector—. Dice que se lo sugirió usted, señorita Fisher. Esperó a su padre hasta las cuatro, pero luego pensó que no aparecería y se marchó a dar un paseo por el parque. Asegura que no se cruzó con nadie, salvo un viejo con un saco al hombro y una joven que pasó corriendo en traje de baño.

—¿Han encontrado entonces a la muchacha o al hombre mayor? —preguntó Phryne con respeto—. Seguro que están buscándolos.

—Sí, bueno. —El policía hizo una pausa—. Sí, por así decirlo, pero no los hemos encontrado. Ni los encontraremos. No he creído ni por un momento que haya ningún viejo ni ninguna muchacha, ni que ese hombre fuese a dar ningún paseo por el valle. Estoy seguro de que él mató a su padre, señorita McNaughton.

—¿Por qué? —inquirió Phryne ingenua.

—¿Por qué? Bueno, esa clase de cosas no son nada agradables para una joven, señorita Fisher.

—Ah, vaya. Había supuesto que me llevaría a ver lo que ocurrió. Siempre he querido observar la escena de un crimen.

Phryne se preguntó si no estaría tensando demasiado la cuerda, pero parecía que para aquel hombre obtuso ningún halago podía ser demasiado craso.

—Muy bien, señorita —aceptó el inspector—. Venga conmigo.

—Quédese aquí, Amelia —le indicó Phryne—. Tome algo más de té. Yo estaré muy segura con el inspector Benton.

Amelia, con la boca abierta, ahogó una risita en la taza de té.

Benton condujo a Phryne fuera de la casa hasta la pista de tenis, a través de un exquisito sendero cubierto de musgo. La pista la tenían cuidada de maravilla, con una superficie de hierba tan suave como un campo de césped de bolos. Las líneas estaban recién pintadas y la red no la tenían colocada.

—Esta hierba no retiene huellas —comentó Benton—. Pero aquí están los agujeros creados por los tacones altos de la señora McNaughton. Salió corriendo del sendero aquí, mire, se quedó quieta un momento donde los tacones se hundieron y luego corrió de nuevo a la casa. Las huellas del perro no son lo bastante pesadas para dejar marca, salvo en los parterres. El cuerpo estaba aquí.

Phryne se había dado cuenta. Había un charco de sangre y materia gris cubierto de arena, lo que indicaba que el señor McNaughton había muerto por un golpe muy fuerte.

Benton merodeó en torno al codo de Phryne, listo para agarrarla por si se desmayaba. Sin embargo, la detective ni siquiera palideció.

—Una herida en la cabeza —dijo Phryne—. ¿Cómo de grave? ¿Cómo de fuerte fue el golpe?

—Uno muy fuerte, señorita. Lo golpearon con una piedra, una roca grande.

—¿Había huellas en esa piedra?

—No, señorita, la superficie era demasiado rugosa para absorber huellas.

—¿Cómo sabe que fue esa el arma homicida?

—Estaba llena de sangre y materia gris —explicó el policía, con la intención de impactar a la joven y sacarla de su compostura innatural.

—¿Y por qué tuvo que ser Bill McNaughton quien asestara el golpe?

—Fue un golpe bueno, sólido, que fracturó el cráneo, señorita. Casi le parte la cabeza en dos. Ninguna mujer podría haberlo asestado.

—Entiendo.

Phryne exploró el jardín con la mirada. No había ni un hueco entre los parterres, que de todos modos estaban apuntalados con madera.

—¿De dónde salió la piedra? —preguntó Phryne.

Benton farfulló.

—¿Que de dónde...?

—Sí, ¿de dónde salió? Mire a su alrededor. No hay ni una piedra a la vista. En un crimen oportunista como el que usted describe, el asesino habría agarrado cualquier cosa para golpear a su padre y dejarlo ahí tirado. ¿Está usted suponiendo que el señor McNaughton siguió a su padre hasta aquí para continuar con la discusión y eso derivó en una pelea? ¿Y que bajo la influencia de la furia, Bill McNaughton enloqueció y le arreó a su padre con lo que fuera que tuviese a mano? ¿No es esa la idea?

—Sí. Ya entiendo dónde quiere ir a parar, señorita. Esto tuvo que ser algo premeditado. Debía de tener la piedra ya preparada, y luego atraer aquí a su padre y matarlo.

Phryne se preguntó por un segundo cómo alguien podía aferrarse a una teoría con tal intransigencia, a la vista de todas las evidencias.

La detective se había alejado para apoyarse en el viejo roble del que sobresalía una rama por encima del césped. Lo acarició distraída —le encantaban los árboles— y levantó la vista a las ramas.

—Hay una marca en esta rama —observó—. Había algo colgado ahí.

—Vaya con la señorita Detective. Era un columpio, un neumático. La señorita McNaughton lo colocó ahí para los niños vecinos. Le gustan mucho los niños a la señorita McNaughton —dijo el inspector,

aprobando evidentemente esa pasión femenina—. La cocinera me ha contado que siempre estaba invitándolos a tomar el té los domingos y jugando con ellos. Quitamos el neumático para examinarlo, pero no tiene manchas de sangre. La señorita McNaughton podrá poner de nuevo el columpio, si así lo desea. Después de que se haya limpiado el lugar, claro. Una joven bonita, lástima que sea tan simple. Debería tener hijos propios.

Phryne estuvo de acuerdo: la señorita McNaughton disfrutaría teniendo hijos propios. Retiró la mirada del árbol.

—Así que la señora McNaughton salió aquí... ¿Por qué estaba aquí el señor McNaughton?

—Debió de salir para continuar la discusión con su hijo, claro. Luego eso se convirtió en una pelea... No, espere; está el tema de la piedra. Bill McNaughton trajo aquí a su padre, y tenía la piedra lista, y le pidió a su padre que mirase algo, quizá, y entonces... pam, entonces entra en pánico, suelta la piedra y sale corriendo valle abajo para recuperarse.

—¿No habría tenido Bill McNaughton manchas de sangre?

—Eso le pregunté al médico forense, señorita. Dice que si le golpeó desde atrás, que es lo que él cree que ocurrió, entonces no habría tenido por qué mancharse de sangre. Pensé lo mismo que usted, señorita —continuó Benton, honrando así a Phryne al dejar implícito que compartían el mismo razonamiento—: Pensé que Bill McNaughton habría bajado al río a lavarse. Pero cuando lo apresamos anoche tenía la misma ropa puesta, y no había mancha alguna.

—Entiendo. Bueno, observar sus métodos ha sido más que esclarecedor, inspector. Muchas gracias.

Phryne se despidió y regresó a la casa. Danny el perro ladró tras ella desde donde estaba atado, en el huerto.

—Amelia, tengo que irme y buscar a un abogado para Bill —dijo entrando en la estancia china—. Deme mis dibujos y mire a ver si puede conseguirme un taxi.

—Yo la llevo —se ofreció Amelia.

Phryne negó con la cabeza.

—La necesito aquí, y su madre también la necesita.

La sirvienta fue hasta el teléfono para pedir un taxi, y Amelia cogió a Phryne por la manga.

—¿Cree que lo hizo Bill? —susurró.

—No lo sé. Dígame una cosa: los niños que juegan en el jardín, ¿su padre sabía de su existencia?

—No hasta hace poco... Padre siempre pasaba los domingos fuera. La semana pasada llegó a casa temprano y me pilló con ellos, y los echó, el muy bruto. Esas pobres criaturas no tienen ningún otro sitio donde jugar, y sus madres saben que conmigo están seguros. Solía ponerles un té. Y dulces. A Bill también le gustan los niños. Montó el columpio con el neumático para ellos. —De repente, Amelia se estremeció y la cara se le quedó blanca por completo—. La policía se llevó el neumático, pero dijeron que lo podría colocar de nuevo. Tendré que encontrar otro sitio para ponerlo.

—¿Ha visto a los niños desde que murió su padre?

—No, se han mantenido alejados, pobrecillos; supongo que están asustados.

—¿Por qué no vuelve a invitarlos? —sugirió Phryne—. Harán que se sienta mejor, y ahora puede meterlos en la casa.

—Qué buena idea. ¡Puedo montar una fiesta! Aunque bueno, sin Bill...

—Tonterías. Organice la fiesta y dígame cuándo será. También me gustan los niños —mintió Phryne—. Su hermano comparecerá ante el Tribunal de Magistrados de Melbourne mañana a las diez. Quizá debería estar usted allí y llevar algo de dinero.

—¿Y de dónde voy a sacar dinero?

—Bueno, querida, ¿no tiene las cartillas de su padre? ¿No tenía él una caja fuerte en casa?

—Claro. El inspector recuperó las llaves. La policía ya la ha registrado. Vamos, echemos un vistazo.

Amelia fue delante por las escaleras hasta un dormitorio enorme, decorado a la última moda. Las paredes eran de colores alegres y la austera cama gigante parecía hecha de tuberías industriales.

—¿Le gustaban de verdad a su padre todas estas cosas? —preguntó Phryne, mientras Amelia apartaba un cuadro y abría la caja.

—¿A padre? No lo sé —admitió Amelia, frunciendo el ceño al tiempo que giraba la rueda de la combinación—. Hizo que construyesen la casa en el estilo más moderno posible y luego ordenó que el interior fuese a juego con el exterior. El diseñador hizo el resto. Fue muy caro. Ajá, aquí está el clic. Menos mal que me he acordado bien de la combinación.

La puerta de la caja fuerte se abrió y Phryne recibió en los brazos un montón de papeles, joyeros y un maletín.

—Están los zafiros de madre... Le dijo que los había vendido —comentó Amelia, abriendo las cajas de terciopelo azul—. Y las perlas de abuela, y el juego de esmeraldas de la bisabuela. Ay, y este es el esmalte de aquella exposición alemana.

Amelia colocó en la mano de Phryne una de las piezas de joyería más hermosas que la detective hubiese visto nunca. Era una sirena esmaltada sentada sobre una perla barroca. El cuerpo, de un moldeado delicado, era de marfil; el pelo, de malaquita; y unas esmeraldas diminutas brillaban a modo de ojos. En el pelo relucían hilos de bronce.

—¿No es preciosa? Incluso padre la apreciaba. ¿Hay algo de dinero?

—Sí, hay dos mil en billetes. Eso debería bastar para sacar a Bill y cubrir las pagas hasta que se reparta el patrimonio. Espere un momento mientras les echo un ojo a estos documentos.

El maletín incluía varios informes de la agencia de investigaciones privadas Discreción que recogían los movimientos de la señora McNaughton a lo largo de una semana entera. Concluían que no había nada sospechoso en sus actividades. «¿Sabía el señor McNaughton lo de Gerald?», se preguntó Phryne. Amelia se enganchó el broche de sirena en la pechera de su vestido apagado y se contempló ingenua en el espejo que cubría una de las paredes de la habitación. La estancia estaba repleta de luces y superficies distintas y a Phryne le resultó profundamente incómoda. La agencia informaba de que se sabía que Paolo Raguzzi se estaba acostando con dos de sus modelos, e incluía nombres y fechas. Como estrategia diseñada para separar a Amelia, no había tenido demasiado éxito. Phryne hojeó varios extractos bancarios y talonarios de cheques y un montón de certificados accionarios. Las escrituras de la casa estaban allí, así como el testamento.

Le echó un vistazo. El grueso del patrimonio iba para la esposa, siempre que no se casara de nuevo. Diez mil libras se las dejaba a «mi hija, Amelia, siempre que no se case». «Viejo desgraciado, tratando de mantener el control sobre su familia incluso después de muerto», pensó Phryne.

Un bufete de abogados hacía de albacea. El patrimonio parecía alcanzar un valor de unas cincuenta mil libras. Eso no incluía la casa, de la que era titular de pleno dominio. Phryne pensó que la señora McNaughton podría vivir muy cómodamente de los intereses.

—Aquí está el testamento. ¿Sabe lo que dice, Amelia?

—Sí, claro. Me ha dejado algo de dinero siempre que no me case. De todos modos, el dinero de abuela no puede impedir que lo coja. Ella me lo dejó a mí, pero mi padre lo cogió y lo invirtió y no me quiso dar ninguna asignación. Los documentos tienen que estar por ahí... Sí. —Cogió un pergamino antiguo y una validación testamentaria del montón de papeles—. «A mi nieta Amelia, la suma de cinco mil libras». Con eso me mantendré toda la vida. No quiero el dinero de mi padre.

«Bonitas palabras. Me pregunto si Paolo piensa lo mismo», se planteó Phryne.

—¿Le ha hablado a Paolo del testamento?

—Sí, claro —respondió Amelia con indiferencia—. Me dijo que se esperaba algo así de padre. Bueno, si ya hemos terminado, Phryne, el taxi la estará esperando. Voy a meter todo esto de nuevo en la caja fuerte. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, allí estaré. Anímese, querida. Sacaré a su hermano de la cárcel.

—Gracias —murmuró Amelia.

La detective se despidió y le indicó al taxi que la llevase a Carlton.

En la puerta de un edificio de oficinas bastante sórdido, Phryne le pidió al taxista que la esperase y salió escaleras arriba, por la ruta que indicaba la placa de latón HENDERSON, JONES Y MAYHEW. Por suerte, la luz estaba todavía encendida, aunque la secretaria se había marchado a casa.

—Hola, Jilly, querida, ¿estás por aquí?

—Aquí estoy. Pasa, Phryne. ¿Qué te trae por esta guarida de validaciones y delitos varios?

Jillian Henderson era una mujer baja y rechoncha, de unos cuarenta años. Su padre tenía un bufete y ella había ocupado su lugar. Aún era socia júnior, y muy dada a ocuparse de más divorcios y problemas familiares del porcentaje que le correspondía. En cualquier caso, había montado un pequeño despacho penal y siempre estaba a la expectativa de un asesinato; pensaba que así lograría labrarse una reputación.

—Te he conseguido un asesinato, Jilly, y vas a tener que solicitar una fianza para el tipo mañana por la mañana. ¿Puedes ocuparte?

—¡Ay, Phryne, es genial! Un asesinato para mí sola. ¿Cómo se llama?

—Bill McNaughton. A lo mejor has leído el caso en el periódico. ¿No tenéis chimenea en estas salas? Estoy congelada.

Phryne entró en la oficina de Jillian y se acomodó delante de un exiguo calefactor de queroseno.

—Háblame del caso.

Phryne relató la historia y los procedimientos de la investigación, y Jillian torció el gesto.

—Y vas a hacerle el favor de descubrir quién es el asesino de verdad, ¿no?

—Voy a intentarlo.

—Bueno, piénsatelo bien antes de contarme lo que descubras. El caso contra tu Bill es muy flojo. Sus huellas no están en la piedra, y él afirma que estuvo en el valle del río. Se supone que dos personas lo vieron.

—Sí. Y no es mi Bill, ni por asomo.

—¿Y si encuentras a esas dos personas y no recuerdan haberlo visto? La gente es muy poco observadora. No confiaría en pruebas procedentes de testigos oculares ni aunque me las sirvieran en bandeja. Es de lo menos fiable que hay. Si no las encuentras, puedo sugerir que existen pero que no hemos dado con ellas. Pero, si las encuentras, las podrán descartar como pruebas, porque la acusación tiene un arma. ¿Te das cuenta?

—Me dejas estupefacta —confesó Phryne—. ¿Es que no tienes ningún respeto por la verdad?

—Si te hubieses metido en el mundo de las leyes, sabrías que la verdad es una cualidad muy arriesgada. «¿Qué es la verdad?», dijo Pilato, y siempre he pensado que debió ser abogado. En cualquier caso, solicitaré la fianza mañana, y veré si la policía pone alguna objeción. Depende de quiénes sean el fiscal y el policía que presenta el caso.

—Creo que ese policía es el inspector Benton.

Jillian emitió una queja y anotó algo.

—Debería cobrar el doble por tener que tratar con él. Deduzco que el inspector tiene una teoría, ¿no?

—Sí: que Bill atrajo a su padre a la pista de tenis y lo golpeó con una roca que había llevado allí exprofeso.

—Entonces seaferrará a ella como a un clavo ardiendo. He tenido algunas confrontaciones con él.

Nunca he conocido a un hombre tan cabezota en mi vida —afirmó Jillian, frotándose las manos y con pinta de disfrutar de un nuevo conflicto—. Bueno, bueno, el viejo Benton. Puede ser divertido. ¿Estoy contratada definitivamente? ¿Tienes la autorización de la familia?

—Sí, la tengo, y estás contratada de todas todas. Ponte a ello, y que el Señor acelere tus pasos. Ahora tengo que ir a ver a un escultor. La señorita McNaughton tiene dos mil en efectivo. ¿Eso cubrirá la fianza?

—Creo que sí. Quizá tengamos que recurrir mañana al Tribunal Supremo, si el magistrado no coopera. ¿Podrá responder la cuenta bancaria?

—Sí. Me tengo que ir, Jilly. Te veo mañana a las diez.

—Allí estaré —dijo Jillian en tono de suficiencia—. Y al poco tendrás a Bill.

Phryne recuperó su taxi y salió camino del estudio de Paolo Raguzzi.

Capítulo VI

Puedo resistirme a cualquier cosa, menos a la tentación.

OSCAR WILDE,
El abanico de lady Windermere

El estudio de Paolo Raguzzi se encontraba en la tercera planta de una casa de huéspedes venida a menos, en el extremo deprimido de Princes Street. Phryne subió con paso lento las escaleras —el ascensor estaba roto— y llamó a una puerta de madera endeble. Dentro, un gramófono reproducía en voz alta algo vagamente operístico. Phryne volvió a llamar.

La puerta la abrió una muchacha con un abrigo y un sombrero.

—Ay, qué bien, querida, llega justo a tiempo. Está ahí dentro esculpiendo el bloque. Le había dicho que me tenía que ir temprano, pero él sigue dando la lata con su ninfa. Buena suerte, y no deje de prestar atención. No es malo, solo gritón.

Dicho esto, la muchacha trastabilló ligeramente escaleras abajo y Phryne se enfrentó a un estallido de lo que supuso que eran improperios en italiano. Procedían de detrás de una cortina de cuentas, y una voz gritó:

—*Avanti! Vieni, vieni qua, signorina.* No tengo toda la noche y está dejando entrar todo el frío. ¡Venga! No muerdo, le haya dicho lo que le haya dicho Mary en la puerta.

Sonaba prometedor, y la voz era suave y agradable, así que Phryne hizo a un lado las cuentas y entró.

El estudio era una estancia grande y luminosa, con el sol del invierno difuminándose a través de la claraboya. En un extremo estaban las dependencias del artista, dispuestas con pulcritud; en el otro, una cama y el trono de posado, cubierto por una tela de terciopelo gastada del tono de verde favorito de Phryne. Se percibía un aroma delicioso a tostada con mantequilla. El artista, ataviado con una camisa muy vieja y unos pantalones anchos de franela, estaba comiéndose el último trozo. No superaba en mucho la altura de Phryne y tenía ojos marrones bonitos, sonrientes. Por lo demás, era la viva imagen de su retrato.

—Soy... —empezó a decir Phryne, y el artista agitó la taza de té.

—Encantado de conocerla, *signorina*. Tiene justo las extremidades que necesito. Puede colocar su ropa ahí, y avíseme cuando esté lista.

Aquello se ponía interesante. La había tomado por una modelo. Paolo ya se había retirado detrás del biombo, y Phryne había posado a menudo para aristas durante el tiempo que había pasado en el barrio de los apaches de París. Se deshizo del abrigo y de los botines y colgó el resto de su ropa en la percha que parecía colocada allí para tal fin. Ocupó su sitio en el trono de posado y exclamó:

—Lista.

Paolo, tras haberse acabado el té, apareció y quitó la tela que tapaba un modelo pequeño hecho en arcilla. Se trataba de una ninfa, con el pelo desordenado, que aceptaba el abrazo de un sátiro con evidente placer. La ninfa envolvía con sus delicadas extremidades las caderas peludas de cabra del sátiro, inclinada hacia atrás en gesto de placer, apoyada en el abrazo de él. Aunque el detalle de los genitales estaba cubierto con decoro por un muslo y una mano, resultaba evidente que ambos cuerpos acababan de fundirse. El sátiro estaba en cuclillas, y la estructura entera quedaba suspendida sobre sus pezuñas hendidas y sobre las piernas largas de la ninfa, cuyos dedos de los pies apenas tocaban el suelo.

Técnicamente, era una pieza complicada, con unos problemas fascinantes de masa y de equilibrio. Brillaba por sí sola con inocente erotismo y buen humor.

—Es preciosa —comentó Phryne.

El escultor parecía tan sorprendido como si acabase de hablarle el libro de anatomía.

—Gracias, pero la curva de este brazo no está bien. Échese un poco más hacia atrás, *signorina*, y gire la muñeca hacia abajo... No, no funciona. Necesita algo a lo que abrazarse.

Paolo dejó la arcilla y se lanzó hacia Phryne para disponer sus extremidades alrededor de él.

—A ver, ella está unida a él, así... Mueva esa pierna un poco... Y los brazos de él aguantan el peso de ella... Así.

La boca de Phryne estaba cerca de la del artista, y los brazos de Paolo eran muy fuertes. La detective se relajó un poco y él la zarandeó.

—¡No, no, no! No está lánguida, está encendida por la pasión. Tiene el cuerpo apretado contra el de él, con fuerza, para envolverlo. Así.

Paolo se inclinó hacia delante sin avisar y le besó un pecho, luego el otro. Los pezones de Phryne se endurecieron. La cabeza renacentista se inclinó para chupar. Phryne jadeó y apretó las manos en la espalda de Paolo. Se arqueó. Durante un momento, él la sujetó con fuerza y notó cómo temblaba.

—Luego. No se mueva —le dijo Paolo antes de embutirle un cojín grande entre los brazos.

Aturdida, Phryne agarró el cojín y se quedó congelada por la tensión en la postura en la que Paolo la había colocado. La arcilla volaba. Phryne la oía caer al suelo con unos soniditos tristes. No alcanzaba a ver el avance de la figura, pero Paolo estaba encantado.

—Oh, maravilloso, maravilloso... Ahora el hombro... No se mueva.

Phryne se sentía dividida entre la rabia y la risa. En el estudio empezaba a hacer frío. Cayó en el mismo trance ensoñador que su modelo y recordó los estudios de París, donde sus mejores amigos habían sido surrealistas. En una ocasión, le habían ofrecido participar en una cena dadaísta, que consistía en cuerda hervida. Oyó que el escultor la llamaba como desde muy lejos.

—*Vieni, carissima*. Mira lo que ha logrado. Está terminado.

Phryne se desenredó del cojín y flexionó las extremidades entumecidas. Paolo la cogió y le frotó el cuerpo para devolverle la movilidad con unas manos grandes y fuertes, y luego la condujo hasta el modelo cubierto.

—Mire lo que ha forjado, *bella*. He pasado semanas tratando de captar esa curva, ese agarre intenso... Y ahí lo tiene. Acabado.

—¿Qué material va a fundir?

—Plata dorada, nada más. No hay ninguna otra cosa lo bastante buena para una obra así. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Paolo besó a Phryne con entusiasmo y la detective descubrió que su pasión excitada había quedado congelada, pero no anulada. Y en ese momento se estaba descongelando.

La detective cayó sobre las sábanas cálidas del escultor algo por delante de él, y luego se envolvieron los dos en ellas. Las sábanas estaban limpias, y también el escultor. Olía maravillosamente a arcilla, a cuero, a tabaco y a algo ligeramente similar a la hierba. Siguió besándolo, acariciándole las orejas puntiagudas, la boca expresiva y la línea larga y preciosa del músculo desde la espalda hasta las nalgas. El escultor apoyó la cabeza sobre el pecho de ella y suspiró con placer.

—Ay, *bella*, qué afortunado soy de haberte encontrado. Tan pura... tan delicada y verdadera. —Rozó la cara contra los pechos de Phryne, agarrando los pezones con la boca al pasar ante ellos—. ¿Deseas hacer algo conmigo?

Phryne, que siempre había sido una mujer de fuertes pasiones, estaba decidida.

—Sí —respondió, y lo apretó más contra ella.

Paolo era un buen amante: diestro, sensible y apasionado. ¿Qué mujer podía pedir más? Tumbado allí con ella, le susurraba adulaciones al oído: *bella, bella, bellissima*.

Satisfecha, Phryne besó con firmeza a su amante, se levantó y se puso la ropa.

—¿Tienes que irte? Pero si ni siquiera sé tu nombre —exclamó Paolo.

—Tú también vienes. Te llevo a cenar. ¿Hay algún sitio bueno por aquí? Me llamo Phryne Fisher. Estoy investigando el asesinato de McNaughton.

—Entonces no eres una modelo profesional —concluyó el artista en tono de triunfo—. Lo sabía. Ninguna modelo podría haber logrado terminar mi ninfa. Solo una joven nueva podía servir de inspiración suficiente. ¿Has visto a mi prometida? ¿Está bien? Me dijo que no fuese a verla; si no, no estaría aquí.

—Amelia se encuentra bien. Vengo de allí precisamente. Quería hacerte algunas preguntas sobre el tema. Pero... me distraje.

—Bueno, *signorina*, no piense que no me hago cargo de este honor. También yo me he distraído mucho. Pero ahora tendré que vestirme para que nos vayamos a cenar. Te agradezco que hayas cuidado de Amelia. En vista de que es imposible que ni siquiera el más ridículo de los policías piense que he tenido algo que ver con el asesinato de ese canalla, mañana iré a ver a Amelia y no me apartaré de ella. Sobre todo después de haber terminado la ninfa —añadió Paolo en tono cándido.

—¿Por qué Amelia, por delante de todas las demás? —preguntó de repente Phryne.

Paolo había encontrado unos pantalones y unos botines, pero no ubicaba la camisa. Buscó con desesperación hasta que la encontró sobre el trono de posado, adonde la había lanzado.

—¿Por qué Amelia? —repitió Phryne—. Por dinero no es. Según el testamento de su padre, no se queda con nada.

—Lo sé. Eso no importa. Amelia dispone de algo de dinero, pero la cuestión no es esa. Yo podría haber tenido princesas... Y las tengo, en mis momentos —añadió satisfecho entre los pliegues de la camisa—. Mira esa estantería, ahí, *bella*.

Phryne examinó la estantería. Había cinco estatuas desnudas, todas moldeadas de un modo precioso, y todas de la misma mujer.

—Mírala —susurró Paolo al oído de Phryne—. Es perfecta. La longitud de las extremidades, la espalda recta... Para un escultor es perfecta en todos los aspectos. Deberías verla como yo la veo, *bella*, sin ropa. Tú eres hermosa, claro; de hecho, diría que eres imponente. Nunca se te podría confundir con nadie más que contigo misma. Si posaras para una Venus o una Diana o un san Juan, todo el mundo diría: «¡Ah, la señorita Fisher!», porque tienes un rostro muy característico. Pero el cuerpo... Líneas puras, sí, huesos delicados, por supuesto. Pero solo eso. Cuando envejecas, siento decirlo, *bella*, todo se te caerá como al resto de las mujeres. Seguirás siendo bella y única. Pero mi Amelia será siempre el sueño de cualquier escultor: vieja, caída, embarazada. Es la mujer universal. Cuando la conocí, estaba avergonzada: su padre era un bruto, un canalla, una bestia. Pero la persuadí, la adulé, la enseñé a posar desnuda y a disfrutar de su cuerpo, y ahora está completa. Nunca podría encontrar a otra como ella. Dinero, ¡bah! Podrías pasarte un siglo buscando un cuerpo así y no encontrarlo jamás. Sin duda, ha sido san Antonio, que me ha guardado toda la vida, quien ha intercedido para que la encuentre, y no me arriesgaría a perderla por el dudoso placer de hacer desaparecer a su detestable padre de la faz de la tierra.

—Ajá —admitió Phryne—. ¿Cenamos?

—Vayamos al Café Royale —planteó Paolo—. Si pagas tú. Puedes preguntarme lo que quieras y yo te responderé, *bellisima*.

Paolo había encontrado toda su ropa. Cogió el sombrero, las llaves y el tabaco y condujo a una perpleja Phryne fuera del estudio.

El Café Royale era la guarida de bohemios y artistas. Phryne siempre había querido ir allí. Se entraba por una puertecita tachonada de hierro que conducía a un sótano cubierto de telas de araña con muchos barriles, y luego a una sala grande y llena de humo con faroles colgados de las vigas. Se parecía un poco al salón del Rey de la Montaña y otro poco a la bodega de un barco. Había un olor delicioso a ajo, carne asada, tabaco turco y café. El fuego de leña llevaba encendido todo el día y el humo se añadía al aire aromático y chabacano.

Tres camareros acompañaron ceremoniosamente a Phryne hasta una mesa, le cogieron el abrigo y le ofrecieron una botella y una copa. El vino era lambrusco, un tinto dulce y fuerte del valle del Po, justo lo necesario para una noche gélida.

En el Café Royale conocían a Paolo, y el mismo dueño salió de la cocina para recibirlos a él y a su invitada.

Paolo se reclinó en la silla de madera y levantó la copa.

—He acabado mi ninfa, con la admirable ayuda de esta joven dama. Ha sido un trabajo muy duro. Así que, Guiseppe, necesitamos comida. ¿Qué hay esta noche que esté rico?

Guiseppe esbozó una sonrisa enorme que desveló un tesoro de dientes de oro y empezó a explayarse en italiano.

—¿Me permites pedir? —preguntó Paolo.

Phryne asintió, impresionada por los modales del escultor.

Guiseppe concluyó su discurso con un gesto amplio de la mano y bramó un pedido a la cocina. Paolo le sirvió a Phryne otra copa de vino.

—¿Por qué viniste a Australia, Paolo?

—Bueno. Vine de Firenze... Florencia. ¿Has estado alguna vez?

Phryne asintió de nuevo. El semblante del fauno resultaba cautivador bajo la luz titilante y en su fuero interno felicitó a Amelia por su suerte, o buen juicio.

—Entonces sabrás que es una ciudad repleta de arte —siguió el escultor—. Basta con tener un mínimo de sensibilidad para apreciarlo. Mi padre hace cemento. Creo que es un buen cemento, y le ha sacado una fortuna. No me gusta el cemento, ni tengo cabeza para los negocios. Cuando me mandaba a hacer recados, cualquiera podía encontrarme pasmado admirando las grandes puertas, los mármoles romanos o los bronceos de las plazas públicas. A mi padre no le hacía ninguna gracia. Me mandaba a supervisar los trabajos con el cemento. Yo no sabía dar órdenes a los trabajadores; en cualquier caso, descubrí que allí extraían también mármol de Carrara. Cuando mi padre me dijo que nunca volvería a verle la cara hasta que dejase de ser artista, ay, *bella*... Pensé en todas las caras que podría crear y en toda la belleza que tendría que abandonar. Mi padre no tiene un semblante tan fascinante como para permitirme renunciar a las bellezas del mundo. Así que me quitó de su testamento. En cualquier caso, es un campesino, y los campesinos no aprecian el arte. Mi madre pertenece a una casa aristócrata menor. Me dio todo su dinero y me dijo: «Márchate, hijo, y crea cosas hermosas. Ven a verme cuando tu padre haya muerto. Pero tienes que irte de Italia». Cogí la mitad del dinero y salí libre al mundo. Oh. Aquí está el bueno de Guiseppe con la pasta. Te va a encantar, *bella*. Es lo que comía en mi país, pero mejor. Aquí los ingredientes son de una calidad que uno no se puede permitir en Italia.

Guiseppe dejó en la mesa un plato con unos extraños fideos verdes, mezclados con aceite, aceitunas, hígados de pollo, cebolla y champiñones. Olía de maravilla. Paolo se sirvió con un cucharón y continuó hablando:

—Entonces me pregunté adónde ir, ¿a los Estados Unidos? No me caían bien los estadounidenses que

había conocido. Vagué sin rumbo hasta los muelles de Marsella y me senté en una taberna a pensar. Allí conocí a parte de la tripulación de un barco australiano. Eran fogoneros y custodios de las calderas, ¡y qué caras! ¡Qué cuerpos! Hablo desde un punto de vista artístico, entiéndeme, no me interesan los hombres sexualmente. —Paolo le dio unos buenos tientos a la succulenta pasta y meneó el tenedor para enfatizar el gusto—. Me pidieron que me sentara con ellos y compartimos varias botellas. Eso me permitió poner a prueba mi inglés con hablantes nativos, aunque al principio no los entendía. Tienen un acento muy marcado, como bien sabes. El barco partía esa noche. Me llevaron con ellos como cuidador de un caballo de carreras, porque al mozo de cuadra lo había arrestado la policía por una reyerta en un burdel. Marsella es un lugar muy rudo. Siempre me han gustado los caballos, así que acepté hacerme cargo de Día Negro hasta que llegáramos a Australia. El caballo seguía luego hasta Nueva Zelanda. Un semental. ¡Qué batallas tuve con él! Una bestia de mucho orgullo, pero con el espíritu de un demonio. Más adelante, su propietario me pagó trescientas libras por una escultura de bronce que hice del caballo. De todos modos, encontré el remedio perfecto para él.

—¿Qué era?

—Cuando se encabritaba y relinchaba (hasta el punto de que temía por sus rodillas, y aún más por mi vida), le daba brandi con avena empapada en miel. Al principio no le gustaba nada el sabor, pero después de un tiempo se incorporaba y trataba de quitarme la botella de la mano. Con eso se calmaba y se contentaba, y se tumbaba en su establo. Por suerte, a los caballos no les afecta la resaca. Llegué a Melbourne y me dio pena dejar a Día Negro. A él también le entristeció apartarse de mí, aunque le di las instrucciones del brandi al nuevo cuidador. Llegó a salvo a Nueva Zelanda y engendró muchas crías. Yo deambulé por Melbourne hasta que encontré este lugar, y Guiseppe me recogió a su abrigo. Me buscó un estudio y me presentó a muchos artistas, y no he tenido que tocar el dinero de mi madre. Soy un buen escultor. Y me gusta este país. La comida es buena y el clima es como el de Florencia; además las mujeres son hermosas y complacientes. Un hombre razonable no puede pedir más. Pero, entonces, se me dio más. Amelia estaba en una fiesta organizada para los estudiantes de la galería; cuando la vi me di cuenta de que ahí estaba el cuerpo que llevaba toda la vida buscando. Era un animalillo herido, así que apenas logré sacarle una palabra. Ni siquiera con el brandi se puso efusiva; solo le dio sueño y tristeza. No fue hasta después de muchos meses de asedio que me dejó acercarme más a ella. Me resultó desgarrador descubrir al fin por qué no era la virgen que sus modos y maneras me habían llevado a pensar que era. —Paolo se terminó la pasta y engulló más vino—. ¡Piensa en lo que es forzar a una niña! Su padre era un monstruo y agradezco profundamente que alguien haya visto bien eliminarlo de este mundo. Sin embargo, ese alguien no fui yo. Voy a casarme con Amelia y a sacarla de esa casa de tristeza, y Amelia engordará y será más feliz y tendrá muchos hijos. Le encantan los niños. Y a mí. Tengo que enseñarte las figuras que hice de sus protegidos. *Scugnizzi*, niños de la calle todos, pero ¡qué vitalidad tienen esos cuerpos desnutridos! Y otra cosa. ¿Has visto los retratos de Amelia?

—Sí —respondió Phryne, soltando el tenedor—. Le he comprado unos cuantos.

—Entonces te habrás dado cuenta, *bella*. Eres una dama con buen gusto y refinamiento. Amelia tiene un gran don. Necesita trabajar más, sus trazos aún son inseguros y tiene que desarrollar más el color, pero sabe captar las semejanzas. Solo uno de cada trescientos estudiantes tiene ese talento. Será muy buena, cuando salga de ahí y venga a vivir conmigo.

—¿Y qué hay de tu familia? Eres católico romano, ¿no?

—Eso no es ningún impedimento. He hablado con el padre John. Amelia se hará católica y así evitará la condena eterna, que no le gustaría nada. Luego nos casaremos por la Iglesia. Yo, por mi parte, renunciaré a los placeres de mis modelos, cuando nos hayamos casado. Así que es toda una suerte para mí que te hayas cruzado en mi camino cuando lo has hecho, porque siempre te recordaré, *bella*.

—Yo también te recordaré, Paolo, *carissime*. ¿Tienes alguna idea de quién pudo matar a McNaughton? Paolo se encogió de hombros con elocuencia.

—Pudo haber sido cualquiera. Pero creo que fue Bill, el hermano. A él no le tengo admiración. Se parece demasiado a su despreciable padre. Me lo imagino perfectamente golpeando a su padre con una roca en la cabeza. Sí, sin duda.

»En cualquier caso, *bella*, las posibilidades son infinitas. Torturaba a su esposa, y ella tenía un amante secreto. No sé nada de ese hombre, pero te aseguro que hay uno. La oí hablar con él por teléfono. “No, mi amor”, le dijo. “Es demasiado peligroso. Te matará. No tenemos ninguna esperanza”, suspiró y colgó el auricular. Ese suspiro te habría partido el corazón, *bella*. Parecía contener toda la pena del mundo. Entonces se dio la vuelta, me vio y me rogó que no dijese nada. Por supuesto, acepté no abrir la boca.

—¿Se lo contaste a Amelia?

—Claro que no. Amelia ya tenía bastante que aguantar. ¡Vaya tipo, ese McNaughton! Todo el mundo lo odiaba. Sus sirvientes lo detestaban. Hace poco despidió a su chófer, le pegó y le dio una patada que lo tiró a la carretera. Quizá ese hombre volviese a hurtadillas y le tendiera una emboscada. En todo caso, *carissima*, ha sido una buena obra y espero que no encuentres a quien lo hizo.

—Tengo que sacar a Bill de este embrollo, Paolo. Así que debo encontrar a quien lo hizo.

—Qué mundo tan triste —dijo Paolo en tono portentoso—, cuando alguien que presta un notable servicio a Australia debe pagar por ello. Aquí está Guiseppe con el pescado. Te gustará, *bella*, es una receta napolitana. ¿Has dicho que tienes la esperanza de sacar al hermano Bill de la cárcel? Entonces quizá deberías llevar a Amelia a mi estudio. No le caigo bien a ese hombre.

—Tú ve y consuela a Amelia. Te necesita muchísimo —sentenció Phryne mientras se servía otra copa de vino—. Yo me ocuparé de Bill. Te prometo que no dirá ni una palabra.

Paolo le cogió una mano y se la besó.

El pescado estaba muy especiado, y Phryne se notaba más que un pelín achispada. Pidió un café solo fuerte y se lo sirvieron junto a un vaso de agua fría. Mordisqueó unas galletitas de almendras y examinó la sala.

Se oyó un grito de reconocimiento antes de que Isola se lanzase desde el otro lado del café y se arrojase a los brazos de Phryne.

—*Carissima!* Han pasado siglos. Y Paolo, mi amor. ¿Cómo es que estáis aquí los dos juntos? ¡Ajá! Menudo pícaro estás hecho, Paolo, otra vez seduciendo a mis amigas.

El italiano sonrió.

—¿Y cómo resistirme, si todas tus amigas se te parecen tanto?

Isola le dio una bofetada juguetona en la mejilla, pero falló. Phryne, a quien la cantante le parecía ligera como una pluma, colocó a la recién llegada en una silla traída por un camarero, que le dedicó un guiño. La detective debió haber adivinado que Isola habría capturado a Paolo. Esa mujer tenía un talento sobrenatural para encontrar a amantes dotados. A veces adoptaban formas extrañas pero, si Isola los había elegido, eso era garantía de que merecía la pena tomarse la molestia. La cantante llevaba algunos años limando sus instintos para los hombres de Melbourne.

—¿Cómo está la pobre Amelia? —quiso saber Isola, echándose hacia atrás la mata de pelo enmarañado—. Me he enterado de la muerte de su repugnante padre. Supongo que no fuiste tú, ¿no, Paolo?

—No, lamentablemente.

—Qué pena. Pretendía darle un beso apasionado al asesino.

—Qué pena quedarme sin ese beso —murmuró Paolo—. Pero no lo hice, Isola. Amelia, según parece, está bastante bien. Mañana iré con ella. Phryne se ha hecho cargo de la investigación.

—Phryne, si lo encuentras, me llevaré un auténtico disgusto —anunció Isola en el tono de voz más hondo y profundo.

—Yo me quedaré desolada —dijo Phryne educadamente—. ¿Qué llevas puesto, Isola? Debes de estar helada.

—Es la moda *égyptienne*. ¿No te parece seductor?

Isola se levantó. Iba ataviada con un vestido de noche largo, blanco, muy plisado. Los hombros se los cubría un cuello de cuentas turquesas brillantes, y sus magníficos pechos levantaban el tejido de manera que luego caía ininterrumpido hasta el suelo. Parecía una lasciva columna corintia. Sin ninguna duda, estaba seductora, aunque Isola habría estado seductora hasta vestida con unos sacos de arpillera atados con una cuerda vieja.

—¿Es una cosa nueva?

—Pues claro. ¿No has visto los periódicos ilustrados? Han hecho unos descubrimientos extraordinarios en Luxor. Han encontrado las tumbas de muchos reyes, y en ellas ropa blanca, joyas y un montón de objetos exquisitos. ¡Todo el mundo está enterado de lo de Luxor! Incluso los niños juegan ahora a las pirámides. Madame le Modiste del edificio en el que vivo me ha hecho este vestido, con la condición de que lo lleve en sociedad. Soy la primera, pero habrá muchos otros. ¿Te gusta, Paolo?

—Es magnífico. Quisiera esculpirte. Eso de captar la suavidad y la ligereza del tejido, dejando adivinar el cuerpo por debajo, supone un problema fascinante. Ven y posa para mí para que intente conseguirlo, Isola. Si tu amante actual no tiene nada que objetar.

—¿Ese? ¡Bah! Lo he mandado a paseo. Me exigió que dejara los escenarios para convertirme en una buena esposa. Yo, que he cantado para príncipes. De todos modos, ahora mismo no tengo tiempo de posar para ti, *carissime*.

Tras lanzarle una mirada ávida a uno de los camareros, Isola se marchó flotando.

Paolo volvió a encogerse de hombros.

—¡Ay, esta Isola! La única mujer que he conocido que ve el amor de la misma manera que un hombre.

—En cualquier caso, hay que fiarse de su criterio —comentó Phryne—. Y tienes que admitir que es magnífica.

—Por supuestísimo. Siempre lo ha sido. El vestido, ese vestido *égyptienne*, conseguiré uno de la modista y esculpiré a Amelia. Mañana llamaré a la mujer y haré que manden el vestido y algo de arcilla a la casa. A Amelia le gusta posar para mí, la relaja. Y, ahora que he terminado la ninfa, tengo la mente despejada.

—¿La vas a vender? —preguntó Phryne.

Paolo negó con la cabeza.

—Estoy reuniendo piezas suficientes para montar una exposición. Allí, *bella*, la podrás comprar si lo deseas.

—Esperaré impaciente. Y ahora tengo que irme. Debo ir mañana al tribunal. Nos volveremos a ver, Paolo.

—En la casa de los McNaughton —coincidió el escultor mientras se ponía en pie.

Phryne le pagó a Guiseppe el total sorprendentemente bajo de la cuenta y traspuso cansada a casa.

No había habido noticias de Candida. A Jack Leonard se le estaba agotando lo que había creído que era una fuente infinita de charla aeronáutica. Molly había subido a dar de comer al pequeño Alexander, y en esos momentos estaba sentada acunándolo y soltando lágrimas sobre el rostro volteado de su hijo. Al bebé le molestaban y no mamaba a sus anchas. Henry Maldon se sobresaltó cuando sonó el teléfono y agarró el auricular.

—¿Sí?

—¿Henry Maldon? —susurró una voz andrógina.

—Sí.

—Tenemos a su niña. No le pasará nada, siempre que usted se quede ahí sentado y no llame a la policía. Mañana le llegará una carta. Siga las instrucciones y se la devolveremos ilesa. Llame a la poli o intente hacer cualquier cosa, y se la devolveremos a cachitos.

—No llamaré a la policía —jadeó Henry—. ¿Está bien? Déjeme hablar con ella.

—Mañana —prometió la voz, y se oyó el clic final del corte de la comunicación.

Henry arrojó el teléfono y blasfemó.

—¿Eran ellos?

—Sí, Jack. Dicen que tenemos que esperar una carta. Madre mía, Jack, ¿cómo se lo voy a decir a Molly? ¿Y cómo vamos a aguantar esto?

—Puedes aguantar casi todo. Eres un hombre valiente. Recuerda cuando saliste caminando del Sáhara.

—Eso fue distinto —espetó Henry—. Eso solo me afectaba a mí. Esta vez, se trata de Candida.

Demacrado por la extenuación y la tensión, Henry se sirvió otro *whisky*. Iba a ser una noche larga.

Capítulo VII

Retorced una vez la ley ante vuestra autoridad; para hacer un gran bien, haced un pequeño mal.

WILLIAM SHAKESPEARE,
El mercader de Venecia

El Tribunal de Magistrados de Melbourne era un lugar frío y pétreo, y Phryne no se encontraba muy bien. La multitud de abogados no le levantó el ánimo. Todos hombres, según parecía. Entrevió a Jillian al otro lado del deprimente patio y atravesó con trabajo la aglomeración de trajes hasta agarrarla por el brazo.

—Ah, Phryne, he hablado con el fiscal y no tiene objeción ninguna a la libertad bajo fianza, pero vigilada. El policía encargado de presentar el caso es nuestro viejo amigo, y tampoco se opone. No tengo más que entrar y poner en marcha el asunto, así que deberíamos tener a Bill en la calle en un abrir y cerrar de ojos.

Phryne divisó al inspector Benton y lo llamó. El policía se abrió paso entre la multitud hacia ellas.

—¡Señorita Fisher! ¿Cómo va el trabajito de detective?

—Aún tengo mucho que aprender. Gracias por no oponerse a la fianza. Dígame, ¿puedo ver el cuerpo? ¿Y puedo echarle un ojo al arma homicida?

—¿Qué será lo próximo que se pondrán a hacer ustedes las jovencitas? Muy bien, señorita Fisher. Pase por mi despacho cuando haya recuperado a su cliente y le enseñaré el arma. El cuerpo no puede verlo, lo siento, pero sí podrá leer el informe del forense, si le vale con eso.

—Valdrá, valdrá —dijo Phryne complacida.

En realidad, no le gustaban mucho los cadáveres. Le costó llegar hasta el juzgado número uno y allí vio a Jillian Henderson bien plantada. Parecía tan henchida y tan desenvuelta como los pichones urbanos de fuera, e igual de segura de cuál era su sitio.

—Quisiera llamar la atención del tribunal sobre el caso McNaughton, señoría.

Un magistrado muy mayor se puso a buscar sus gafas, las enfocó en Jillian y esbozó una ligera sonrisa.

—Diga, señorita Henderson.

—Solicito la fianza, señoría. He hablado con el agente encargado de presentar el caso y con el letrado fiscal y creo que no tienen ninguna objeción al respecto.

—¿Es así, sargento superior?

Un policía enorme se levantó con esfuerzo.

—Sí, señoría. El agente encargado del caso admite que no hay motivo para que el acusado no deba salir bajo fianza.

—Muy bien, señorita Henderson. Ahora solo tiene que convencerme a mí.

El magistrado se recostó en la silla y cerró los ojos.

Phryne estaba lo bastante cerca como para escuchar al fiscal farfullar:

—¡Maldito viejo cascarrabias! Vamos a estar aquí todo el día.

El letrado repasó sus notas en busca de todos los detalles del crimen.

—Estamos ante un presunto homicidio, señoría. La víctima era el padre de mi cliente. Las pruebas en su contra pueden resumirse en tres puntos: en primer lugar, mantenía discusiones violentas con su padre; en segundo, no ha podido probarse que no estuviese en la escena del crimen cuando su padre murió, y en tercer lugar, es muy fuerte, y el crimen requería fuerza. Dada la falta de mejores evidencias, señoría, yo

optaría por plantear que el caso quedara sobreeséido en la fase de instrucción. De momento, señorita, incluso suponiendo que mi cliente asesinara a su padre, cosa que negamos rotundamente, no hay motivo alguno para mantenerlo bajo custodia. En su vasta experiencia como magistrado, señorita, sin duda habrá visto a numerosos asesinos domésticos. Nunca vuelven a cometer el crimen ya cometido. A esto añadiría que mi cliente es un hombre de reputación intachable sin ningún antecedente. Nunca ha tenido que comparecer ante ningún tribunal. Está dispuesto a entregar su pasaporte y a ofrecer una fianza, y acepta cualquier tipo de condición de libertad vigilada que su señorita considere oportuna. Como disponga su señorita...

Jillian se sentó. Phryne estaba impresionada. Y también, claramente, lo estaba el magistrado.

—Sí, bueno, no veo razones para no acceder a su petición, señorita Henderson. Póngase en pie, acusado. Le concedo libertad vigilada bajo fianza con la obligación de comparecer ante este tribunal el 17 de agosto de 1928, a las diez de la mañana, momento desde el cual no podrá abandonar las dependencias del tribunal hasta que el caso se haya solventado de conformidad con la ley. Está usted en la obligación de presentarse en la Comisaría de Carlton entre las nueve de la mañana y las nueve de la noche todos los viernes, hasta la fecha de su vista. En caso de que no se presente o no comparezca o de algún otro modo infrinja las condiciones de su fianza, se emitirá una orden para su arresto inmediato y tendrá otro cargo al que enfrentarse, como añadido a los que ya están interpuestos. ¿Queda claro?

—Sí, señor —murmuró Bill.

—¿Acepta su cliente los términos de esta libertad, señorita Henderson?

Jillian se puso en pie de un salto.

—Sí acepta, señorita.

—Bájelo, ujier. Acusado, permanecerá detenido hasta que firme la notificación de su fianza. Después, será libre de irse.

Jillian y Phryne salieron del tribunal.

—Por aquí, para recoger a Bill. Caramba, Phryne, ha sido más fácil de lo que esperaba. El viejo Jenkins debe de estar cansado. Normalmente, se necesita una buena hora de argumentación sólida para convencerlo de librar a alguien de las garras policiales.

La abogada condujo a Phryne fuera del edificio de los tribunales y caminaron por la calle hasta los calabozos. Se encontraban en un edificio mugriento que olía a desesperación y a fenol más o menos en la misma proporción. Phryne lo odió de inmediato.

—Sí, apesta —admitió Jillian tras notar el mohín de Phryne—. Y en cierto modo una nunca logra acostumbrarse. Buenos días, sargento. ¿Cómo está usted en este miércoles deprimente y triste?

—He estado mejor, señorita Henderson. ¿Ha venido a por McNaughton?

—Así es, así que entréguemelo... Aunque ¿seguro que no quieren quedárselo?

—No especialmente —replicó el sargento de guardia, un tipo sombrío con una cara larga y caída—. Iré a ver si han terminado con él.

A los diez minutos regresó con Bill y con la notificación de fianza.

—Por favor, revise sus pertenencias, señor, y firme esto si está todo correcto.

Bill, con aspecto trémulo y apagado, repasó el sombrero, las llaves, la cartera, la pitillera, el mechero, unas cuantas monedas y una bujía.

Firmó. Con toda ceremonia, la copia de la caución quedó plegada y guardada en un sobre. Phryne estaba lo bastante cerca de Bill como para notar que temblaba de impaciencia.

—Listo —le murmuró la detective a Bill—. Saldremos de aquí enseguida.

Phryne le colocó una mano en el brazo, como si Bill fuese a salir corriendo. Jillian, al otro lado, hizo

lo mismo. El hombre se contuvo hasta que estuvieron de nuevo en la calle. Una vez allí, inspiró largo y hondo varias veces aquel aire, limpio y fresco en comparación.

—¡Dios mío! Necesito una copa. Vamos, señoras: al hotel Courthouse.

Aunque el Courthouse no era un hotel ideal para señoras, ni Phryne ni Jillian objetaron nada. Bill les ofreció un brazo a cada una y casi echó a correr por la calle hacia el cómodo saloncito con olor a cerveza, en el que pidió una jarra de esa bebida. Phryne tomó ginebra y Jillian, agua tónica, porque tenía una reunión por la tarde y no quería echarle el aliento al cliente.

—Pierden confianza si apestas a alcohol —explicó—. Es una profesión abstemia.

Bill no había hablado después de que llegara la cerveza. Le habían ofrecido un vaso, pero lo rechazó. Tras levantar la jarra sin esfuerzo, engulló la cerveza en lo que pareció un sorbo infinito. Cuando la bajó, la jarra estaba medio vacía.

—Señorita Fisher, yo no maté a mi padre.

—Lo sé. Le presento a Jillian Henderson, una muy amiga mía, que ha asumido su defensa.

—Encantado de conocerla, señorita Henderson. Desde luego, ha hecho un gran trabajo con ese viejo magistrado. A las otras solicitudes les estaba dando un auténtico mal rato. Me quedé sorprendido cuando la vi, pero será un gusto para mí que se ocupe de mi defensa.

Se había producido un cambio. Tres días en la cárcel habían dado una cura de humildad de lo más impresionante a Bill McNaughton. Phryne llamó al camarero y pidió otra jarra.

El camarero la llevó a la mesa y la colocó delante de Bill.

—Esta va por cuenta de la casa, amigo. El jefe dice que es usted una gran publicidad para su bebida.

Bill se echó a reír, se terminó la primera jarra y recuperó solemnidad.

—Si yo no lo maté, y no lo hice, entonces ¿quién fue?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Lo único que necesito es que me dé una descripción exacta de las dos personas que vio en su paseo.

—Creo que harás esto mejor sola. Mantenme informada, Phryne. No se olvide de presentarse en comisaría, señor McNaughton, o no tendremos tanta suerte la próxima vez. Adiós —dijo Jillian antes de salir volando a sacar a tres pájaros más de la jaula policial.

Bill la siguió con la vista.

—Señorita Fisher, me siento como el hijo pródigo. Habría estado mejor entre el cerdo y las cáscaras. ¿Tiene idea de cómo es un sitio así?

—Una vez pasé una noche en una prisión turca. Lo que oí y sentí fue como estar en las profundidades del infierno, y había chinches.

—Sí, eso es. Las profundidades del infierno con chinches. Haré lo que sea para evitar volver allí. Bueno, y esa mujer es cosa fina en el tribunal, ¿eh? Se veía a las claras que el magistrado estaba muy complacido. No desperdició ni una palabra. ¿Estaría bien que le mandase flores? La habría besado, pero pensé que no le haría gracia.

—Aquí tiene su tarjeta. Estoy segura de que le encantarán unas flores. Ahora beba. Antes de que vuelva a casa de su madre a por un buen baño, una cama con sábanas y un afeitado en condiciones, hay unas cuantas cosas que necesito decirle.

»Amelia es una artista muy buena, y terminará siendo magnífica. Por tanto, quiero que le muestre el debido respeto. Hay una inseguridad en su obra que yo atribuyo por completo a usted. ¿De acuerdo?

—¿De verdad es buena? Nunca me he parado a mirar sus cosas en serio. Padre se burlaba de ellas, así que yo ni me molestaba. Muy bien. No me reiré de la pobre Amelia. Conque artista, ¿eh?

—Mire. Aquí tiene un retrato de su padre.

—Ha sabido captar a padre a la perfección. ¿De quién es?

—De Amelia. Se lo compré a ella.

—Madre mía, ¿en serio? ¿De Amelia?

Le dio un trago a la cerveza.

—Y otra cosa más. Cuando llegue a casa probablemente se encuentre allí a Paolo Raguzzi. No lo llamaré «espaguetini grasiento». Será agradable con él. No es solo un buen escultor, sino que además quiere a su hermana de verdad y... bueno... le es bastante leal, y Amelia necesita el apoyo de Paolo. Quizá quiera que pose usted para él y, si es así, aceptará. A cambio, yo lo sacaré de sus apuros.

—¿Encontrará al asesino si hago de ángel de la casa y no le causo molestias a madre?

—Sí.

—Trato hecho —respondió Bill de inmediato.

—Las personas que se cruzaron con usted en el camino: ¿qué aspecto tenían?

—La primera era un hombre mayor, un vagabundo, con un sombrero viejo de fieltro, maltrecho, y un saco de azúcar al hombro. No le vi la cara. La muchacha era una chiquilla muy mona, con un traje de baño rojo y un gorro. No le vi el pelo, aunque estaba morena y era baja, de metro y medio, más o menos. Me pareció haberla visto antes, pero al viejo no.

—¿Algún olor?

—¿Olor? ¿Qué se cree que soy, un sabueso? Ninguno en particular.

Phryne volvió a reflexionar sobre el nulo olfato masculino.

—¿La chica había estado en el agua?

Bill sorbió más cerveza y se paró a pensar.

—Sí, tenía el traje de baño pegado al cuerpo, y los brazos y los hombros le brillaban.

—¿Le dio la impresión de que el viejo y la chica estuvieran relacionados?

Bill pensó un poco más y se acabó la cerveza.

—No percibí nada, la verdad. Estaba furioso. Suelo correr hasta el río y darme un chapuzón cuando las cosas se ponen demasiado intensas en casa.

—Creí que iba a recurrir al aeródromo para sus futuras discusiones.

—Sí, iba a llevar allí al viejo.

—¿Lo mató usted?

Bill miró a Phryne a los ojos y dijo en tono solemne:

—No. Ojalá lo hubiera hecho. De ser así, no me importaría que me acusaran.

—Vale. Bueno, ahora lo meteré en un taxi.

—¡Ni pensarlo! Voy a caminar. Necesito estirar las piernas. Me portaré bien, señorita Fisher. Espero que pueda sacarme de este lío.

Phryne lo vio recorrer la calle a zancadas en dirección a Kew. La detective cruzó hacia la comisaría, a buscar a Benton y el arma homicida.

La condujeron al despacho del inspector, que fue a por la piedra al depósito mientras Phryne se sentaba.

—No se pueden ir dejando por ahí las evidencias importantes. Mire —dijo el policía mientras abría la caja de cartón gris y mostraba un trozo más o menos cuadrado de basalto azul—: la impulsaron hacia abajo con mucha fuerza. Mucha más de la que podría reunir una mujer. Hay sangre y materia gris en el anverso, pero nada en el reverso, lo que indica que la sangre no salió a chorro. Al asesino quizá no le cayese ninguna gota. ¿Ha visto ya suficiente?

Phryne observó con minuciosidad los lados de la piedra y, sobre todo, el manchón de sangre en la cara con la que se asestó el golpe.

—¿No cree que esa mancha de sangre se desdibuja hacia la mitad? Eche un vistazo. Parece que hay

menos sangre en el centro de la que se ve a los lados. ¿A qué podría deberse, qué opina?

Benton se acercó a mirar.

—No, no veo nada de eso, señorita Fisher. ¿Eso es todo?

—¿Había algo en la piedra aparte de sangre y materia gris?

—Pelo, señorita, la legumbre de un trébol, unas hebras de cáñamo, unas pocas hojas, un trozo de chicle. Nada relevante.

—Ya. Gracias, ha sido de lo más interesante.

—Aquí tiene el informe del forense. Causa de la muerte: heridas graves en la cabeza.

Phryne leyó por encima el informe. «Cuerpo de hombre de mediana edad bien nutrido... cráneo hendido...».

—Parece que la piedra le cayó en la coronilla, más que en la parte de atrás de la cabeza —comentó Phryne.

—Según cómo lo mire. Yo creo que le dieron el golpetazo desde atrás. El hecho de que la piedra sea una superficie plana complica la decisión. El cráneo está muy hendido hacia la mitad.

—Hum. Bueno, muchas gracias. ¿Ha encontrado ya a esos testigos?

—No —farfulló el inspector con semblante serio.

—Le agradezco mucho su tiempo —dijo Phryne en tono educado, y se marchó.

Se sentó en el coche y escribió una nota apresurada para Bert y Cec, y luego condujo hasta Carlton para dejársela en la casa de huéspedes en la que vivían. Se preguntó qué haría Bert cuando Cec se casara a final de año y decidió que sabría apañárselas. La prometida de Cec era una joven sensata que entendía el vínculo existente entre esos dos hombres. No habría nada que separase a Bert y a Cec a este lado de la muerte al que tan a menudo se habían enfrentado juntos. Eran investigadores hábiles, aunque algo directos, y Phryne sentía cierto alivio al dejar el problema en sus manos.

Llegó a casa muy cansada y se tomó el almuerzo que la señora Butler le sirvió con alivio. Un mensaje de teléfono escrito con la letra clara de colegiala de Dot la informaba de que Paolo estaba con Amelia, la señora McNaughton se encontraba todo lo bien que era esperable, y Bill había llegado y se estaba comportando como un ángel. Phryne decidió que había investigado lo suficiente por ese día, y fue a darse un baño caliente y prolongado con sus sales de baño Nuit de Paris. Después de eso, se tomó un descanso que consideró más que merecido.

Jack Leonard se levantó rodando del sofá del salón de los Maldon y estiró con trabajo los músculos. Había sido la noche más incómoda de su vida, igual de incómoda que el burdel turco con las chinches, pero sin el ambiente que lo compensara.

Molly y el bebé se habían retirado bastante temprano. La mujer había dormido porque su esposo le había echado una dosis considerable de cloral en el chocolate. Jack y Henry se habían quedado despiertos hasta las tres, cuando Jack —incapaz de seguir la tensión de la charla— convenció a Henry para que se fuese a la cama.

La mañana estaba ya avanzada. Pronto incluso Molly se habría levantado, y nadie había entregado aún ningún mensaje.

Los Maldon bajaron a rastras para afrontar a disgusto un desayuno nada deseado, y fue mientras contemplaba la yema de un huevo frito muy nutritivo cuando Jack Leonard tuvo una idea. Apartó el plato y cogió a Henry del brazo. Acababa de recordar algo que sus compañeros de vuelo le habían contado.

—Lo que necesitas, amigo, es a la señorita Fisher. Una detective de primera línea, como dice Bunji Ross, valiente como un león.

—¿La señorita Fisher? —preguntó Molly, soltando la taza de té, que se derramó sobre la alfombra del

comedor auxiliar.

—Eso es. Pesquisas de alta gama, ese tipo de cosas. La han contratado para sacar a nuestro amigo común Bill de un entuerto. Estoy seguro de que podrá ayudar. He apostado un buen montante a que logra librar a Bill de esta. Tiene un expediente alucinante. Nunca falla.

Henry parecía indeciso. Su esposa habló con determinación.

—Llámala, Jack. Llámala ahora mismo.

Phryne se despertó a las tres con la sensación de tener la peste negra. Arrastró su cuerpo cansado fuera de la cama, se dio otro baño y llegó a la conclusión de que, si seguía usando ese reconstituyente, más le valía hacerse con una piel impermeable. Se sintió mejor después del baño y decidió que un café completaría la cura.

—Ah, señorita Fisher, hay un mensaje para usted —dijo el señor Butler cuando Phryne se sentó en el salón—. Han secuestrado a una niña y quieren que lo investigue. Les dije que no me atrevía a despertarla y que usted los llamaría cuando se levantara.

—Si ocurre algo así en otra ocasión, señor Butler, por favor, despiérteme. En especial, si hay niños implicados. Merodea por ahí cierta gente extraña y las primeras cinco horas son cruciales. Pídale café a la señora Butler y póngame con el número, haga el favor. ¿Dónde está Dot?

—Creo que en la cocina con la señora Butler, señorita Fisher. Iré a por su café ahora mismo.

El señor Butler, algo avergonzado, ordenó el café y llamó a Dot, luego marcó el número y acompañó a la señorita Fisher hasta el teléfono.

—Hola, señorita Fisher. Soy Jack Leonard. ¿Se acuerda de mí?

—El aviador, claro. ¿Qué es esa historia sobre una niña?

—Estoy en casa de mi buen amigo Henry Maldon. Ganó un montón de dinero en la lotería irlandesa, en Navidad, seguro que lo recuerda. Su hija pequeña, Candida, ha desaparecido, y tenemos a un testigo que vio cómo se la llevaban en un coche negro y grande.

—¿Tienen una nota?

—Todavía no.

—No se mueva de ahí, señor Leonard, estaré con ustedes pronto. ¿Cuál es la dirección? —Phryne garabateó la información con toda diligencia—. Bien. Quédense junto al teléfono, pero no lo tengan ocupado. A lo mejor llaman. Dícales a los padres que la niña estará totalmente a salvo hasta que llegue la nota... Luego quizá tengamos que actuar con rapidez. Asegúrese de que comen algo. Si llama alguien, procuren mantener la comunicación todo lo posible. Pídanle hablar con la niña, y digan que necesitan una prueba de que está viva antes de darles nada. Y, sea lo que sea lo que exijan, acepten. Estaré allí sobre las cuatro. Adiós.

—Dot, ¿te has enterado de algo?

—Sí, señorita. Una niña pequeña ha desaparecido. Es terrible. ¿Va a aceptar el caso?

—Claro.

—Pero, señorita, ¿qué pasa con el señor McNaughton?

—Bueno, creo que sé cómo ocurrió todo, solo que todavía no puedo probarlo. Bert y Cec se ocuparán de cerrar ese asunto. Esto es urgente, Dot. Coge tu abrigo y el sombrero y vamos. A lo mejor te necesito.

Dot corrió escaleras arriba a por su atuendo de calle. Phryne se bebió dos tazas de café solo y puso sus ideas en orden. La policía no podía entrar en el caso oficialmente, pero había cierto agente que le debía un favor. Comprobó que llevaba encima la agenda y las llaves, también tabaco suficiente para soportar una larga espera, y se reunió con Dot en la puerta.

—Señor Butler, salgo a ocuparme de un caso. No sé cuándo volveré. Pídale a la señora Butler que me

guarde algo de sopa, y ustedes cenen como de costumbre. Pueden localizarme en este número, pero solo si es algo urgente de verdad.

Phryne se había ido antes de que al señor Butler le diese tiempo a responderle un «Por supuesto, señorita Fisher». El hombre oyó el rugido del gran automóvil reverberar por toda la casa.

—No para quieta esta señorita Fisher —comentó riéndose entre dientes, y regresó a la cocina.

Phryne apareció delante de la casa nueva justo antes de las cuatro en punto, y allí la recibió Jack Leonard. El hombre no sonreía.

—Ha desaparecido de verdad —le contó a Phryne—. Hemos recibido una llamada de teléfono. Candida no es mala niña. Y su padre es amigo mío de toda la vida. Espero que logre encontrarla, señorita Fisher.

—Yo también lo espero. Esta es Dot... Seguro que se acuerda de ella, sin duda. Bueno, Jack, vamos, le sigo.

Molly Maldon estaba sentada, blanca como la leche, en un sillón bajo, con la mirada perdida en el espacio. Henry Maldon caminaba de un lado a otro y parecía llevar haciéndolo ya algún tiempo. Los dos levantaron la vista con un gesto de esperanza repentina cuando Phryne entró.

—Soy Phryne Fisher y esta es mi asistenta, la señorita Williams. Cuéntenmelo todo.

Vacilantes, le contaron la historia completa. Molly cogió a Phryne de la mano.

—Solo tiene seis años —le susurró—. Es solo una niña pequeña, ¡y ni siquiera se llevó sus caramelos! Mostró la bolsa rota y echó a llorar de nuevo.

Candida flotó confusa de vuelta al estado de consciencia y de inmediato vomitó sobre el asiento del coche y el hombre que la tenía en brazos, quien la apartó bruscamente de él. Nunca la habían tratado con tanta crueldad antes y Candida era una niña muy inteligente. Mantuvo la boca cerrada y escuchó con atención, pese a que se había dado cuenta de que se la habían llevado y todos sus instintos la instaban a gritar, llorar y patear.

—Esta pequeña bruta me ha devuelto encima —se quejó el hombre, en un tono de voz alto y desagradable.

La mujer que iba en el asiento de delante se giró y puso cara de desprecio.

—Tú quisiste llevártela, Sidney, así que te aguantas. Fuiste tú quien quiso ponerle las manos encima a esa cría.

Candida no sabía lo que significaba eso, pero tuvo la sensación de que vomitar sobre Sidney había eliminado en parte la amenaza. Había hecho algo inteligente. Se animó un poco.

Sidney estaba limpiándose el regazo con un pañuelo poco apropiado. No sirvió de mucho. El traje se le había echado a perder. El coche apestaba. El conductor, un hombre grande de cabeza calva y camiseta azul, dijo:

—Ya casi hemos llegado. Cuando estemos, podrás poner el traje a secar y darte un baño. ¿Qué te parece?

A Candida le gustaba aquel hombre. Tenía una voz profunda y reconfortante. Se preguntó cuánto tiempo llevarían en el coche. Pensó que no tenía sentido preguntar y que la pose de inconsciencia quizá fuese útil. Se sentía mejor, aunque había perdido los caramelos y su padre no sabía dónde estaba. Se devanó los sesos. ¿Qué había leído sobre este tipo de situaciones? El método de los cuentos de los Grimm no funcionaría. No tenía nada que poder ir arrojando, ni tampoco llegaba a la ventanilla del coche. Empezaba a parecer que moriría como los bebés del cuento en el bosque, cuando llegaban los pájaros y los cubrían de hojas, o eso pensó Candida, abatida.

El automóvil giró para salirse de la carretera principal. Había baches y el conductor iba blasfemando.

A continuación, el vehículo se detuvo y sacaron a Candida al aire libre. Sidney seguía soltando improperios detrás de ella.

—¿Has mandado la nota? —preguntó la mujer con su voz aguda y quejosa.

—Sí, la mandé con unas manos fiables y metí la felpa de la niña. Al dineral le echamos mano, eso seguro. Ahora lleva dentro a la pobre chiquilla, dale algo de beber y lávala un poco, Ann. Estamos en casa.

Bert cogió la nota de Phryne y se la leyó en voz alta a Cec:

—Dice: «Queridos Bert y Cec: Quisiera que se ocuparan de varios asuntos que tengo pendientes, por la tarifa habitual. Busquen al hombre mayor y a la joven que subieron por el sendero del acantilado en el parque Studley el viernes del asesinato, sobre las cuatro de la tarde. Prueben suerte en la comisaría local: al viejo probablemente lo conozcan bien en el distrito. La chica es de la zona y estaba nadando en el río. Cuando los hayan encontrado, comprueben si se acuerdan de Bill, y luego denles una vuelta a ver si lo reconocen. Si es así, casi habremos llegado a buen puerto.

»Luego, quiero que registren la zona de arbustos y tierra que hay fuera de la casa de los McNaughton y busquen una cuerda de cáñamo gastada. Probablemente mida entre metro y medio y dos metros, y creo que estará manchada de sangre.

»Después de eso, pregunten por ahí quién es el cabecilla de los niños de la zona. Descubran cuál fue su juego favorito la semana antes del asesinato de McNaughton. Y, por favor, recopilen también para mí los periódicos ilustrados de las últimas tres semanas. No se olviden de *The Illustrated London News*.

»Y lo último de todo: peinen la zona en busca de un sitio en el que estén cambiando la cuneta de la carretera. A McNaughton lo asesinaron con un adoquín grande de basalto azul, y quiero saber de dónde salió. Me pareció una piedra de las que se usan para las cunetas. Confío en su inteligencia y en su discreción. No le cuenten a nadie en qué andan metidos, si pueden evitarlo por cualquier medio que no implique la cárcel. Les mando saludos, y manos a la obra. Necesito esto listo lo antes posible.

»Phryne Fisher.

»P. D.: Adjunto una descripción de la muchacha y del viejo, y les dejo unas libras para los gastos.

»P. F.

Bert meneó la cabeza.

—¿Por dónde empezamos, Cec?

—Por el principio, compañero —respondió este sin más—. Por el principio.

En casa de los Maldon sonó el timbre, y Henry corrió hacia la puerta. Regresó con un sobre en la mano.

—No había nadie. Solo esta carta.

—Cójala por los extremos —le indicó Phryne—. Rasgue el borde superior. No queremos estropear ninguna huella, ¿verdad? Bien. Una hoja de papel barato marca Cole escrita por alguien que no está acostumbrado a escribir.

»“Estimado señor Maldon —empezó a leer—: tenemos a su ija. Aquí esta su felpa. Queremos cinco mil. Dejelos en el tocon de arbol de Geelong Gardens esta noche. Tendra la niña de buelta mañana. El tocon esta a la izquierda del camino, junto al quiosco. Un amigo”.

Phryne cogió el sobre y una diadema azul cayó revoloteando. Henry Maldon la cogió con las dos manos como si fuese una hostia consagrada y la besó con dulzura.

—Bien, saque el dinero y vamos a ponernos en marcha.

—No puedo —dijo Henry sin más—. No tengo dinero. Me lo he gastado todo. Compré dos casas y un avión y contraté una renta vitalicia. Puedo venderlo todo, pero llevará tiempo. Y mientras tanto...

—Candida estará bien —anunció Molly, fresca tras pasar una hora en la fácil compañía del pequeño Alexander—. A estas alturas, apostaría a que se están arrepintiendo de habérsela llevado.

Henry se obligó a soltar una risita forzada.

A Candida la habían lavado y le habían puesto un camisón blanco viejo, y la niña había aceptado tomar algo de pan y leche. Era recelosa como un animalillo y se mantenía lo más lejos posible de Sidney, que para entonces se dirigía a ella con aversión. El hombre grande, Mike, era más amable. Tenía una presencia enorme e imponente. A la mujer, Ann, Candida la odiaba. Después de un pequeño altercado con el camisón, que era demasiado grande para Candida, Ann le había dado un guantazo en la cara. Fue el agravio, más que el dolor, lo que provocó que los ojos de la niña siguieran a Ann por toda la habitación con una mirada oscura e implacable. Al final, como siempre, esa mirada fulminante se hizo notar.

—¡Deja de mirarme así, renacuaja! —chilló Ann.

Candida se dirigió a ella con frialdad.

—¿Y cómo quieres que te mire? —le preguntó, imitando el tono de voz más exasperantemente lógico de su madre—. Si quieres, no te miro más y punto —continuó con generosidad.

Ann se acercó a Mike y se le apoyó en el hombro.

—Haz que deje de mirarme, Mike —le pidió aduladora.

La niña le lanzó a Ann una mirada de desaprobación. Mike sonrió.

—Si no dejas de mirarme así, le diré a la araña de Mike que se escabulla de su pecho y vaya a morderte mientras estés dormida —la amenazó Ann.

Eso despertó el interés en Candida. Su fascinación por los insectos la había metido en problemas con mucha frecuencia. Nadie le había permitido olvidarse de su colección de caracoles, que Candida había colocado junto a los fogones de la cocina para que de noche tuviesen un sitio acogedor. Los caracoles tenían una idea distinta de lo que era un sitio acogedor y se habían escapado, y algunos llegaron incluso hasta la habitación del bebé. Alexander se había comido uno y mamá se había enfadado mucho.

Candida se levantó de su asiento junto a la chimenea y se colocó bien el camisón alrededor de los pies. Levantó la mirada hacia Mike con una sonrisa encantadora.

—¿Puedo ver la araña que tienes en el pecho? —le preguntó educada.

Mike se echó a reír.

—La chiquilla tiene agallas, después de todo. ¿Te gustan las arañas?

—Sí. Tengo treinta y siete en casa. Negras —explicó la niña con calma.

Mike se quitó la camiseta y Candida se acercó lentamente, fascinada. La araña le habría ocupado las dos manos extendidas. Era un ejemplar increíblemente peludo de ojitos rojos. Mike inspiró y flexionó los pectorales, y la araña se contoneó.

Candida aplaudió.

—Hazlo otra vez —dijo riéndose entre dientes—. ¡Haz que la araña baile otra vez!

—Es hora de que te vayas a la cama —espetó Ann, y agarró la muñeca de la niña como si le pusiera unas esposas.

Candida se resistió.

—Tengo que tomarme mi medicina para el asma. Y luego rezar mis oraciones, y no puedo irme a dormir sin Oso. ¿Dónde está?

La niña examinó las caras pálidas que tenía frente a ella, y su temperamento, nunca bajo un control extraordinario, explotó. Había perdido sus golosinas, y a papá y a mamá, y ya era demasiado haber perdido también a Oso.

Mike vio cómo la cara de Candida se ponía morada y el cuerpo se le hinchaba.

—¡Quiero a mamá y a papá y quiero mis golosinas y quiero a Oso! —chilló con una voz de soprano operística a pleno pulmón.

Siguió gritando hasta que empezó a toser y luego a ahogarse. Se dobló sobre sí misma, jadeando, y a cada respiración los pulmones expulsaban con trabajo un resuello terrible.

—Está teniendo un ataque de asma, a mi hermana le pasa —dijo Ann—. Si no le damos la medicina, podría morirse.

—Y qué. Ya no la necesitamos con vida —gruñó Sidney.

Mike lo derribó de un potente bofetón en la oreja derecha.

—Vuelve a decir algo así y cogeré a la niña y la llevaré directamente a la poli. Ahora cállate y déjame pensar. No podemos llamar a un médico. ¿Dónde está la botica más cercana?

—En Geelong. Encontraré una —se ofreció Ann—. Puedo estar de vuelta dentro de una hora.

—Ve —aceptó Mike.

Candida oyó cómo el coche arrancaba. Había aprendido dos cosas interesantes. Una era que Mike en realidad no estaba a gusto con ese secuestro, y la otra, que se encontraban a media hora de Geelong. Candida tenía la mente despejada: estaba acostumbrada a los ataques de asma. Le dolía, pero eso no le impedía oír. Los otros dos, obviamente, pensaban que sí.

—¿Por qué elegiste este sitio, Sid? —preguntó Mike.

—Está bien y es tranquilo. Nadie viene a Queenscliff en invierno. Está cerca de Geelong para la recogida, y cuando tengamos el dineral lo único que hay que hacer es seguir la carretera hasta Adelaida.

Candida resolló muy fuerte y los dos hombres la miraron. Puso cara de dolor y se apartó de ellos.

—Ojalá Ann se espabile. Si esta pobrecilla estira la pata, adiós a nuestra oportunidad de conseguir cinco mil libras. Y además, sería asesinato. Nos colgarían.

—Este juego tiene sus riesgos —dijo burlón Sid.

Mike se abalanzó hacia él, pero se detuvo en seco. Sid sacó una pistola.

—No sabía que tuvieses un arma —murmuró Mike—. Creí que habíamos dicho que nada de armas. Quien las tiene las usa. Guarda eso. No voy a hacerte nada. Bueno, ¿cuál es el plan para la recogida?

—Iré yo en el coche a por el dinero. Si decidimos soltar a la cría, bastará con dejarla en la calle principal. Sabrá encontrar ayuda sola. Luego nos iremos para Adelaida, después le darás tu parte a tu mujer y yo cogeré un barco. Aún hay tres órdenes contra mí en Victoria, así que la poli estaría encantada de ponerme las zarpas encima.

—Lo sé, lo sé. Nunca pensé que caería tan bajo como para trabajar con un pederasta.

—Pues no haberte casado con una mujerzuela que te metiese en deudas. Ya hay que ser tonta para pedirle dineros prestados a Red Jack. Le partirá los brazos y las piernas como no se lo devuelva.

—Ya lo sé —dijo Mike en tono triste—. Pero le gustan las cosas bonitas, la ropa y los zapatos, y yo no puedo permitirme comprárselas.

—¿Y tienes miedo de que se largue con otro que pueda si no apareces con los billetes?

Mike hizo el mismo movimiento furioso y contenido de antes. Candida tosió.

—Oye, siéntate, pequeña —apuntó Mike, moviéndola torpemente para apoyarla contra su brazo—. ¿Quieres beber algo?

Candida negó con la cabeza. No tenía suficiente aliento como para beber. Tiró de los lazos apretados del camisón. Mike se los aflojó y fue a buscar una funda vieja de almohada para enjugarle la cara. Candida le echó un brazo alrededor del cuello y reposó la mejilla caliente contra el tatuaje de la araña. Mike la cogió con mucho cuidado, como si se fuese a romper. Notaba el enorme esfuerzo que le costaba a la niña respirar y la tensión y el temblor en todos sus músculos.

—Sid, ve a traernos una manta —ordenó, sin hacer caso al arma que el otro llevaba en la mano.

Tal era el poder de la personalidad de Mike que Sid obedeció. Mike se desenganchó a Candida lo suficiente para envolverla bien y luego recuperó su postura. La niña gemía tras él como un cachorro si se movía. Mike no sabía que los niños fueran así: intensos en sus amores y en sus odios, y muy valientes. Y él admiraba la valentía. Pasó largo rato sentado en aquella postura.

Por fin se oyó el coche y Ann entró de nuevo en la casa de un portazo. Puso un bote de medicina roja y fétida en la mesa y rebuscó un vaso en la cocina ajena.

—He tenido que despertar al boticario —explicó—. Y me ha cobrado treinta y seis libras por la cosa esta. Espero que funcione. Toma, niña, bébetelo.

Empujó el vaso hasta Candida y la niña volvió la cara a un lado. Mike apartó a Ann de un empujón.

—Déjame a mí. Toma, Candida. Aquí está la medicina, y muy pronto estarás con mamá y papá y con Oso y las golosinas...

Candida se bebió el brebaje. Estaba segura de que le habían dado el doble de la dosis usual. Sabía igual de mal que siempre. Volvió a recostarse en Mike como si fuese una silla y empezó a controlar la respiración. La adrenalina y la efedrina del elixir hacían su efecto. Se quedó pálida como el mármol blanco y los labios y las uñas se le pusieron de un tono morado. Mike pensó que parecía el ángel de una lápida. El resuello desapareció, y Candida aceptó beberse la leche caliente que había preparado Ann a regañadientes. Por fin podía hablar otra vez. Se acurrucó contra el hombre grande y lo miró con gesto acusador.

—No habéis planeado esto muy bien, ¿verdad?

Capítulo VIII

Anne, Anne, hermana, ¿ves venir a los jinetes?

CHARLES PERRAULT,
Barba Azul

Había llegado el momento de que Phryne se cobrara las deudas que le debían después del asunto de la cocaína. Y así fue como se vio en un despacho del tamaño de un armario, sentada enfrente del inspector Robinson. El hombre parecía muy contento de verla —«Llámeme Jack, señorita Fisher, como hace todo el mundo»— y le ofreció una taza de té. Phryne ya había probado el té de la comisaría, pero lo aceptó de todos modos.

—Bueno, señorita Fisher, ¿en qué ha andado ocupada? Mi colega, Benton, se ha puesto muy seco al hablar de usted.

—Ah, ¿sí? ¿Ese hombre es estúpido o solo muy muy terco?

—Yo no lo calificaría de estúpido. Es un buen detective, solo que tiene sus teorías, ya está. Y, cuando tiene una teoría, no hay nada que lo haga abandonarla. Por aquí incluso lo llaman el Teorías. No es mal tipo, aunque hay muchas cosas que vemos de distinta manera, como a usted, por ejemplo. Le dije que la tomase en serio o se arriesgaba al escarnio público, pero no me escuchó. Si quiere una opinión realmente parcial sobre el viejo Teorías, pregúntele a la agente Jones. Benton le dijo que no estaba de acuerdo con que hubiese mujeres en el cuerpo cuando Jones acudió a que el comisario jefe le entregase su Medalla al Valor.

—¿Medalla al Valor? Tengo que felicitarla. ¿Por qué se la concedieron?

—Hizo de cebo para un violador. No sabíamos que el tipo tenía un cuchillo, un machete sucio y grande. Derribó a Jones y estaba a punto de cortarle el cuello cuando ella se zafó rodando por debajo de él, logró pisarle la muñeca y apartó el arma; luego cayó sobre el pecho del tipo, le esposó las manos y los pies juntos, y le dijo lo que pensaba de él. Pobre diablo. Se puso a rogarnos que lo llevásemos a una buena celda segura cuando llegó el coche patrulla. Un trabajo maravilloso. El tipo tuvo suerte de que Jones sea una señora contenida; si no, le habría cortado las pelotas, que era con lo que lo estaba amenazando. Desde entonces, a Jones no le cae bien Benton el Teorías, y no se la puede culpar: es un hombre irritante. De todos modos, si se topa usted con alguna prueba incontestable, estoy seguro de que le dará la oportunidad a Benton de hacer una confesión digna de un caballero, antes de lanzarlo al barro.

—Por supuesto, pero no creo que eso sirva de absolutamente nada.

Phryne sorbió algo de té y volvió a colocar la taza en el escritorio. Sacó la nota de secuestro, en un sobre más grande.

—¿Es esto lo que quiere que haga? —preguntó el inspector resignado—. A decir verdad, no he pensado en ningún momento que hubiese venido usted solo a verme y a beberse un té de la comisaría.

—Perfecto, porque ha acertado. Cuando estuvimos metidos juntos en ese asunto de la cocaína, me dijo que había veces que lograban sacar huellas dactilares del papel. ¿Podría intentarlo con esto? ¿Y, si hay huellas, decirme si están fichadas?

—Espero poder. ¿Qué papel es este?

—Es una nota de rescate. Y otra cosa. Un coche negro y grande, probablemente un Bentley, del que tengo parte de la matrícula. ¿Puede decirme de quién es?

—¿Cuánto tiene de la matrícula?

—Los dos primeros dígitos y las dos letras.

—Sí, eso puedo hacerlo. Pero ¿voy a hacerlo?

—¿Si se lo pido muy amablemente y aporto además una solución para el asesinato de McNaughton?

—Ya tenemos solución para el asesinato de McNaughton.

—La solución real, digo. Y una banda de secuestradores —ofreció Phryne.

Robinson se inclinó hacia delante.

—Es peligroso investigar secuestros, y la cosa suele acabar con la víctima muerta. Si permite que eso ocurra, mi nombre quedará manchado y la procesaré yo personalmente por interferir en el curso de una investigación policial. Eso lo sabe, ¿no?

—Sí, Jack, lo sé.

—¿Se ha informado de este incidente a la policía?

—No.

—Entonces es algo entre usted y yo.

—Sí.

—¿Y está convencida de poder encontrar a la banda y zanjar todo el asunto limpiamente?

—Se los plantaré ante su puerta envueltos en un sencillo papel de estraza.

—Y necesita mi ayuda, ¿eh?

—Sí. Si fuese tan amable...

—Bueno, vale, los dos sabemos cuál es nuestro sitio. Muy bien. Confío en usted, señorita Fisher.

¿Necesita algo más?

—De momento, no.

—Bien. A lo mejor quiere charlar con Jones. Esta semana está en la recepción de presos. Deme una hora. Si hay algo en los archivos, lo encontraré.

Phryne le estrechó la mano y fue a buscar a Jones.

Encontró a la agente baja y musculosa enfrascada en una discusión con un preso.

—Le digo que llevaba encima diez libras cuando me cogieron. ¡Esa panda de ladrones me ha robado!

—rugía un caballero bizco.

A Jones le habían rugido ya auténticos expertos, así que ni se inmutó.

—Eso es todo lo que había en sus bolsillos, señor Murphy.

—Aquí está —dijo Phryne, sacándole al hombre el billete de diez de un desagradable bolsillo del chaleco—. Tenga más cuidado en un futuro.

El señor Murphy le dio las gracias con un balbuceo alcohólico y se despidió. Jones sonrió.

—Hola, señorita Fisher. No le ha terminado de dejar las cosas claras al viejo Teorías. ¡Ojalá pueda poner en evidencia a ese viejo cascarrabias! ¿Sabe lo que me dijo?

—Sí, Jack Robinson acaba de contármelo. Indignante. ¿Puede salir a tomar algo?

—Mi turno acaba dentro de diez minutos, si puede esperar...

—Iré al baño de señoras. Diría que el té de aquí no me sienta muy bien.

—No le sienta bien a nadie. Incluso los borrachos se quejan.

Phryne se reunió de nuevo con la agente Jones, que era bastante guapa cuando no llevaba puesto el uniforme, diseñado para anular todo atractivo peligroso en las formas femeninas. Tenía el pelo rizado, que Phryne solo había visto profusamente reprimido bajo la gorra. Jones la llevó hasta una cafetería y pidió un café solo.

—Es difícil dormir de día, y estoy tan cansada que apenas puedo mantener los ojos abiertos. Gracias a Dios, me he cambiado al turno de mañana.

—Me he enterado de lo de su medalla: enhorabuena —dijo Phryne, y le dio un sorbo al café para eliminar el sabor del té.

—Gracias, aunque en realidad no me la merecía. No fue valentía en frío. Perdí los nervios con ese canalla. Fue una suerte que apartase el cuchillo de nuestro alcance o quizá le habría hecho algo, cosa que no le habría ido muy bien a mi carrera. Bueno, pero cuénteme del Teorías. Sé lo que él piensa que ocurrió. ¿Cree usted que podrá enmendarle la plana?

—Ah, sí. No puedo probarlo todavía, pero la apuesta segura, sin duda, está en la inocencia de Bill McNaughton.

—Dejó usted huella en Benton. Pese a que está seguro de que ninguna mujer puede superar en inteligencia a un hombre, no se quedó tranquilo. Le ha pedido a dos inspectores que inspeccionen el arma homicida. Espero de verdad que pueda demostrar que ese hombre se equivoca.

—No hay duda.

—Bueno, tengo que irme. Gracias por el café y, si necesita algo, llámeme. Estaré encantada de ayudar. Phryne se fue a dar una vuelta por la galería de arte.

Volvió y encontró una nota de Jack sujeta a la mesa del despacho.

Querida señorita Fisher: Hay tres juegos de huellas desconocidas en la carta. Las únicas huellas fichadas son las de Sidney Brayshaw, un pederasta a quien estamos ansiosos por interrogar. Si lo atrapa, mi superintendente jefe se llevará una alegría en el corazón (si es que tiene). El único Bentley negro con esos prefijos en la matrícula pertenece a un tal Anthony Michael Herbert, del 342 de Bell Street, Preston. No tiene ningún citatorio. Espero que esto le sirva. Ándese con cuidado. Jack.

Phryne dobló la nota, la guardó en el bolso y fue a recuperar el coche que un chiquillo le estaba cuidando. Le dio un chelín y el niño echó a correr antes de que Phryne pudiese cambiar de opinión.

La dirección en Preston correspondía a una casa de huéspedes ruinosa. Al llamar, Phryne se quedó con el timbre en la mano. La puerta estaba abierta de todos modos. Entró.

—¿Sí, querida? ¿A quién viene a ver? —quiso saber una voz ronca.

Quien había hablado examinó el traje negro de Phryne, su blusa de seda, el sombrero de fieltro inglés y los zapatos hechos a mano. Una ricachona. La mujer moderó el tono, bajándolo desde el que reservaba para las mujerzuelas de la zona en busca de clientes hasta el que usaba para dirigirse al director de su banco.

—Deme ese timbre, querida. Siempre pasa igual. Soy la señora O'Brien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy buscando al señor Herbert.

—¿A Mike? Se largó hace dos días, señorita, él y su señora.

—¿Se largó? Pero... ¿para siempre?

Phryne sintió un escalofrío en el corazón. Tenía sus esperanzas puestas en esa pista.

—No, de vacaciones solamente. A algún sitio de la costa. Mike es un buen tipo, pero su señora es una cruz.

—¿Tiene alguna dirección? —le preguntó Phryne, mientras dejaba que un billete de cinco apareciese en la visión periférica de la mujer.

A la casera se le iluminaron los ojos rojos, pero luego la decepción hizo que se le hundiese la cara inflada y se le cayese el cigarrillo que tenía en la comisura de los labios pintados.

—No, querida, no sé dónde están. Espero que vuelvan pronto. Iban a quedarse con su amigo Sid, es todo lo que sé. Y mencionaron Queenscliff. Un sitio precioso. Esa mujer tenía que estar siempre acumulando cosas nuevas, y se ha pasado años desplumando a Mike, hasta que el muchacho perdió el trabajo cuando la fábrica cerró. Mike heredó un automóvil grande de su tío, pero casi nunca puede pagar la gasolina. Mantendré los oídos abiertos, querida.

—¿Podría echar un vistazo a su habitación? —preguntó Phryne, agitando distraída el billete.

La casera se apartó un bucle alheñado de los ojos y procuró ganar tiempo.

—Bueno... No sé...

Phryne sacó un billete de diez y la señora O'Brien la guio escaleras arriba.

En la puerta, salieron a relucir los escrúpulos que le quedaban a la casera.

—No se llevará nada, ¿verdad, querida? Quizá vuelvan; téngalo en cuenta.

—Lo prometo. Puede quedarse si quiere y vigilarme.

Phryne se puso a hacer un registro sistemático en la habitación recién pintada. La ropa de cama era nueva y las cortinas estaban relucientes. Un rincón lo ocupaba un armario, lleno de prendas nuevas del peor de los gustos. Miró en todos los bolsillos y bolsos, apartó las sábanas y buscó en el colchón, le dio la vuelta y revisó todas las grietas del armazón de hierro. Repasó un montón de revistas y toda la ropa de hombre, y fue tocando los tablones del suelo en busca de alguno suelto. Después de todo eso, no encontró indicio alguno del destino de Anthony Michael Herbert y su esposa Ann. Entonces, un trozo de periódico captó su atención. Lo habían recortado con cuidado y lo habían colocado entre los periódicos ilustrados. Era el recorte del *Herald* en el que se anunciaba que Maldon había ganado la lotería.

Phryne le dio el dinero a la señora y preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevan aquí con usted?

—Tres años, querida.

—¿No tienen hijos?

—No. Mike decía a veces que le gustaría, pero que ella se negaba hasta que no pudiesen alquilar una casa propia. Y yo no admito niños aquí. Sucios bichos. ¿Algo más?

—Si recuerda la dirección, llámeme a este número. Se ganará veinte libras, pero que no sea después del viernes. Buenos días.

Y con eso, Phryne se marchó.

«Las huellas de Sidney Brayshaw en la nota —pensó Phryne—. De vacaciones en Queenscliff con su amigo Sid». Eso solo estaba a treinta y dos kilómetros de Geelong. Debía de haber alguna conexión. La detective se montó en el coche rumbo a casa para almorzar.

Bert y Cec aparcaron su taxi nuevo en la zona de SOLO INSPECTORES del patio y caminaron con determinación hacia la comisaría de Kew. A ninguno de los dos le gustaba la policía. Aunque habían escapado a avisos legales en el pasado, los dos tenían demasiados negocios en propiedad dudosa como para sentirse del todo cómodos bajo la mirada de los ojos policiales.

—Buenas —saludó Bert al sargento de guardia—. Hemos venido a hacer unas preguntas.

—Ah, ¿sí? —replicó el sargento con ironía—. Vaya, pensaba yo que las preguntas las hacíamos nosotros.

—¿Siempre es usted tan gracioso? Debería trabajar en el Tivoli; está desperdiciando su talento en una comisaría. Mire el registro diario del viernes y dele tregua a este pobre hombre.

—Ni siquiera me voy a molestar en preguntarle por qué quiere que mire el registro del viernes. De hecho, soy tan buen policía que voy a hacerlo sin más. ¿A qué hora?

—Después de las cuatro de la tarde —gruñó Bert.

—Hum. El viernes fue un día tranquilo. No ocurrió mucha cosa sobre esa hora. Salvo que una joven atractiva en traje de baño vino y presentó una queja.

—Así que las mujerzuelas suelen llevar batas de baño por la calle en esta zona de Kew, ¿eh? Cec, vivimos en la parte equivocada de la ciudad.

—Esta tenía un buen motivo para su falta de atuendo. El viejo Enterrador le había sisado la ropa.

—Vaya vaya, las cosas que hace la gente. Qué mundo de delincuencia.

—Sí, suerte que a ustedes no los han cogido aún. Al Enterrador se le conoce muy bien por estos lares. Se dedicaba a ese negocio hasta que el grog se adueñó de él. Pero, bueno, la ropa de la joven la recuperamos. Otro caso resuelto. ¿Suficiente para ustedes?

—¿Dónde podemos encontrar a ese Enterrador?

—En el cielo. Al menos, eso espero. Depende del tipo de vida que llevara, por supuesto.

El sargento extendió las manos en gesto pío. Bert resopló.

—Si quiere decir que está muerto, ¿por qué no lo dice sin más? ¿Y qué pasa con la fulana?

—Ella, por lo que sé, sigue entre nosotros.

—Tiene su nombre y su dirección ahí, ¿verdad?

—Ni a tiros me sacaría nadie esa información.

—¿Y con diez libras?

—Bueno, diez libras pueden servir.

Escribió el nombre y la dirección en un trozo de papel que le dio a Bert, y Bert le dio a él el dinero.

—¿Algo más que pueda hacer por ustedes?

—Que se vaya usted a paseo —le pidió Bert.

Al momento, Bert y Cec estaban en el patio. Mientras emprendían de nuevo el camino, Bert gruñó:

—Lo único peor que un poli limpio es un poli gracioso.

—Correcto —dijo Cec.

Según parecía, la joven se llamaba Wilson. Su dirección estaba cerca del río, pero la mujer no se encontraba en casa. Bert consultó la lista.

—Lo mismo podríamos hacer la búsqueda mientras el día sigue despejado. Parece que a lo mejor llueve, ¿no, Cec?

Cec observó el cielo.

—Correcto.

Se separaron y trabajaron en direcciones opuestas. Cec encontró la cuerda. Era, como Phryne había adelantado, de cáñamo gastado y tenía manchas oscuras a intervalos regulares.

—¿Dónde la has encontrado, colega?

Cec señaló hacia un montón de adoquines de basalto azul. Los habían apilado cuidadosamente, pero debajo Bert encontró una colección de objetos pequeños: un silbato, tres estampitas de chicles de la serie Reyes y Reinas Famosos en la Historia Británica, el vagón de un tren de juguete y tres anillos con piedras de cristal brillantes. Había un bloque de regaliz y once soldaditos de plomo, pintados con lo que parecían faldas escocesas blancas.

—¿Qué crees que significa esto, colega?

Cec meneó la cabeza.

—A lo mejor unos niños se estaban construyendo un refugio —sugirió—. ¿Los dejamos ahí?

—Sí. Ahora, a encontrar en qué parte de la calle están escarbando. Yo digo que eso son adoquines de un bordillo, Cec. Volvamos al taxi, colega. Y digo que nos hemos ganado una copa. Hemos tachado dos cosas de la lista. Luego iremos a buscar a los críos y volveremos a por la tipa esa, la tal Wilson. Espero que no esté muerta también.

—Correcto —dijo Cec.

Aplacada gracias a la camiseta azul de Mike, que el hombre había atado en forma de muñeca para sustituir a Oso, Candida se había quedado dormida. Mike se había tumbado a su lado, para proteger a la

niña de cualquier ataque, y roncaba suavemente. Ann miraba con amargura el rostro dulce de la niña y el semblante tranquilo de Mike.

—¡Cómo puede dormir en un momento así! —gruñó.

Sidney estaba cargando el arma.

—No tiene por qué volver a despertarse nunca —sugirió—. Solo he de sufrir un pequeño accidente con esta arma. Y entonces no habrá más que dos maneras de dividir el dinero y no tendremos que soltar a la niña. Es lista. Podría identificarnos. Y yo no tengo nada que perder. Si esos tipos me cogen, me colgarán del palo más alto.

Ann examinó a Sidney. Era un monstruo llorica, desprovisto de todo atractivo, pero podía resultar de utilidad. Una vez que hubiese cogido el dinero, ¿qué le impedía a ella tener el mismo accidente? Y entonces no necesitaría dividir el dinero de ninguna manera. El mundo le debía ciertos favores. Llevaba toda la vida ansiando tener dinero para pagarse pieles, joyas y lujos. Cinco mil libras cubrirían una cantidad considerable de placeres. Le dedicó una sonrisa al despreciable Sidney, que claramente había visto demasiadas películas de gánsteres.

—Vale. Pero primero cojamos el dinero. Luego haremos el trato.

—Piénsatelo, cariño. No es una oferta que vaya a hacerte dos veces.

«Gusano asqueroso», pensó Ann. Puso una mano encima de la de Sidney, sobre el revólver.

—Trato hecho.

Candida estaba despierta, escuchando. Aquella cosa de trapo no era Oso, y no podía dormir sin Oso. Mantuvo los ojos cerrados.

—¿Qué hora es? —preguntó Ann.

—Las diez... Y son sesenta y cuatro kilómetros de camino. Será mejor que me marche ya. Estaré de vuelta en cuanto pueda.

—Ay, Sidney —canturreó Ann, con las dos manos colocadas en los hombros de él—... si no vuelves, te encontraré, y cuando te encuentre, te mataré. ¿Lo has entendido?

Sidney hundió los ojos.

—Volveré, nena —dijo citando directamente la última peli de gánsteres que había visto.

Ann cogió su abrigo.

—Y me aseguraré de que así sea. Mike puede cuidar de la niña. No vas a ir a ninguna parte sin mí, Sid.

Con gesto hosco, Sidney guio el camino hasta el coche. Candida, con los ojos cerrados, decidió que ya iba siendo hora de que alguien fuese a rescatarla.

Capítulo IX

La verdad raras veces es pura, y nunca sencilla.

OSCAR WILDE,
La importancia de llamarse Ernesto

Phryne se vistió para la larga noche que tenía por delante. Eligió unos pantalones negros, unos botines, un sombrero de campana ajustado, y una chaqueta amplia y suelta de lana y color negro, con varios bolsillos grandes. Mientras se vestía, le dio a Dot detalles sobre la aventura que se avecinaba y recibió las últimas noticias.

—El señor Leonard ha llamado dos veces. Nada nuevo. La señorita McNaughton dice que la fiesta de los niños es el viernes. Señorita, ¿cómo vamos a rescatar a esa chiquilla?

—En este vuelo nos vamos a tener que guiar por nuestro olfato, Dot.

—¿A qué se refiere?

—A que, a decir verdad, no tengo ni la más remota idea. Ponme al inspector Robinson al teléfono. Aquí está su número. Tengo otro favor que pedirle.

Cuando tenía la oreja del policía al otro lado, Phryne dijo:

—Si pone usted sobre aviso a la policía de Queenscliff de que quizá se produzca en la zona el arresto de un notorio criminal, y de que me ha dado su autorización personal para dirigirlo, a lo mejor mañana le llevo buenas noticias.

—Me ocuparé de ello. En este trabajo recibo buenas noticias con demasiada poca frecuencia.

Phryne colgó y se sentó a pensar con la ayuda de una licorera, una botella de brandi Napoleón y un mapa de Victoria. Dot se retiró de puntillas.

Para las tres de la tarde, la detective había llegado a la conclusión de que había acertado con su primera teoría. Solo existía un modo de descubrir dónde estaba Candida, y consistía en seguir hasta la casa al hombre encargado de la recogida. Se guardó su revólver pequeño con mango de perla en el bolsillo, junto con otros objetos esenciales. Una caja de munición fue al bolsillo del otro lado. También llevaba un fajo de dinero y un carné de conducir, una bolsa grande de caramelos duros de cebada y una cuerda larga y ligera que se ató a la cintura. Incluyó además sus gafas de aviadora y fue a la cocina a sondear la opinión del señor Butler sobre una cuestión de pintura.

Salió hacia la casa de los Maldon media hora después, conduciendo el automóvil rojo, y Dot no logró sacarle ni una palabra. A los diez minutos, dejó de intentarlo.

—¿Cómo están, Jack? —preguntó Phryne mientras cruzaba la puerta.

Jack la miró: era una figura menuda así vestida, toda de negro, negro incluso el sombrero que le ocultaba el cabello. El único color del conjunto era el rosa luminoso de sus mejillas y el verde grisáceo de sus ojos.

—No demasiado bien. Llevan horas discutiendo sobre si ir o no a la policía. Molly está totalmente a favor, y Henry, por completo en contra.

—Quizá no sea necesario hacerlo —comentó Phryne—. Tengo un plan pero, si no funciona, aún tendremos la opción de llamar a la policía. He hablado de manera extraoficial con mi viejo amigo, el inspector Robinson. Jack, ¿podría echar mano de un aeróbús? Necesitamos un avión fuerte y considerablemente ligero.

—Bueno, yo avión no tengo, ni Henry tampoco. Ha encargado un Avro nuevo, pero aún no ha llegado. Podría preguntarle a Bill.

—Claro. Dígale a Bill que necesito coger prestado el Fokker. Dígale que le garantizo personalmente que le compraré otro si lo rompemos... Llámelo ahora mismo, Jack; necesitamos el avión para esta noche.

Jack fue hacia el teléfono y Phryne abrió la puerta del salón.

La estancia mostraba todos los signos de un día de tensión inaguantable. El cenicero estaba plagado de colillas. El aire, viciado por el humo y el miedo. Molly iba por su trigésima taza de té del día y Jack se estaba encendiendo otro cigarrillo más. Una comida improvisada a base de beicon y huevos se había helado en los platos, que nadie había limpiado.

—Bueno, que todo el mundo recobre la compostura. ¡Arriba esos ánimos! Tendrán ustedes a Candida de vuelta mañana como que me llamo Phryne Fisher, y así me llamo. Abra la ventana, Molly. Encienda un fuego en ese hogar, Henry; hace frío. ¿Está la cocinera? Iré a buscarla. Esa comida deprimente, para los pollos. ¡Vamos, andando!

Phryne dio vida a la pareja, que llevaba sin hablar desde que Molly había acusado a Henry de no saber imprimir disciplina en Candida y Henry había acusado a Molly de hundir el espíritu de la niña. Tenían las voces rotas de no usarlas. Se pusieron en pie, retrayéndose con el crujir de los músculos y el vibrar de los tendones. Jack regresó.

—Puedo ir a por el Fokker cuando quiera. ¿Dónde lo vamos a llevar?

—No lo sé. Más o menos a sesenta y cuatro kilómetros de aquí, a Geelong, y luego treinta más allá. Llene el depósito entero de combustible porque no sé dónde vamos a aterrizar. Dot, ¿puedes llamar a Bunji Ross por mí y preguntarle si está libre para dar una vueltecita en avión? Ahora iré a la cocina. Ustedes dos, salgan a dar un paseo revitalizante por la manzana. ¡Los he visto más rápidos!

Molly y Henry, aturdidos, obedecieron. Jack Leonard sonrió.

—Es usted maravillosa, señorita Fisher.

—Llámeme Phryne; yo llevo días llamándole Jack. No se ofenda porque le pida a Bunji que pilote el Fokker. Le estoy encomendando a usted un honor mucho mayor.

—¿Y cuál es?

—Usted va a conducir mi coche. Ahora ayúdeme a limpiar. No hay nada más deprimente que una habitación en la que tres personas se han pasado todo el día preocupadas por algo. Coja algo más de leña y reavive ese fuego, si no le importa. Yo pondré orden... No, Dot lo hará, se le da mejor que a mí.

Dot regresó y comunicó que Bunji se había mostrado encantada de ayudar y disponible para los dos días siguientes. Phryne le mostró con un barrido de la mano todo el caos y Dot se quitó el abrigo y lo colgó de la puerta.

La detective llegó a la cocina. La cocinera y la sirvienta estaban sentadas a la mesa. Evidentemente, se habían pasado horas llorando. La sirvienta en particular apenas era capaz de ver más allá de sus ojos. En la mesa estaban esparcidos los restos del almuerzo, o quizá del desayuno, y no se había lavado ni un solo plato.

Phryne irrumpió en la estancia como un viento frío del sur.

—Venga, señoras, arriba ese ánimo. Vamos a encontrar a la niña y a traerla de vuelta mañana. A levantarse, Mabel. —Alzó a la sirvienta cogiéndola bajo los brazos—. Vaya y lávese la cara con agua fría y cepíllese el pelo. ¿Qué pensaría su muchacho si la viese así? Vamos, cocinera, hay que despejar todo esto; yo la ayudaré con los platos. Cuando el señor y la señora vuelvan de su paseo, Mabel y usted saldrán también. ¿Los fogones siguen calientes? Bien. Sugiero algo relajante para un almuerzo tardío. ¿Qué le parece una tortilla de queso y un postre contundente y rico?

—Un *crumble* de manzana y coco —dijo la cocinera, secándose los ojos y guardándose el pañuelo en un bolsillo—. Nosotras podemos encargarnos de todo, señorita. Sí que nos habíamos derrumbado. Es que es una chiquilla tan encantadora... No se puede decir que sea un angelito, porque tiene mucho carácter, pero es una criaturita muy inteligente y con muy buen corazón. Cuando me dolía la cabeza me traía dos de las aspirinas de su madre y su oso para que lo abrazase.

La cocinera logró no romper a llorar otra vez. Alivió sus sentimientos dándole toques a la cocina hasta que consiguió que prendiera con un gran rugir del viento por la chimenea. El hervidor de agua silbó y la sartén de hierro, sin limpiar después de haber cocinado en ella beicon y huevos, chisporroteó. La cocinera la llevó a la trascocina. Raspó los platos que Dot había dejado allí. Mabel regresó, limpió el suelo, recogió, y luego cogió un cubo de agua caliente de un fogón y empezó a lavar los platos.

Jack Leonard y Dot habían arreglado la estancia desordenada y el fuego ardía vivamente. Una brisa fría y refrescante se colaba por la puerta principal abierta.

—Esto pinta mejor —comentó Phryne—. Tienes un talento natural para el orden, Dot. Ay. Ya están de vuelta. Ve a decirles a la cocinera y a la sirvienta que salgan de paseo. Un paseo rápido. Las quiero aquí dentro de diez minutos. Bueno, Jack, cuando ha hablado con Bill, ¿cómo lo ha notado?

—Bastante animado, la verdad. Tiene fe en usted, Phryne, en su estrella, igual que todos nosotros. ¿En serio me va a dejar conducir el Hispano-Suiza?

—Sí. Si le hace algún rasguño, usaré sus tripas de liguero. Aunque no deje que eso lo amilane: límitese a no conducir como un demonio. No será demasiado difícil. Al menos, eso espero. Bueno, salga ya, Jack. Quiero que usted y Bill modifiquen el faro antiniebla de un automóvil grande para que funcione con el motor del Fokker. Quiero que ilumine hacia abajo.

—Ningún faro de coche será lo bastante potente como para hacer visible mucho de lo que haya a ras de suelo, a no ser que pretenda volar a seis metros.

—No hace falta que haga visible nada. Basta con que tenga la potencia suficiente para dar en la carretera. Marche ya. Aquí tiene algo de dinero. No me importa cuánto cueste, pero lo necesito listo para antes del anochecer. Tendrá que llevar el aerobús hasta Geelong antes de que ocurra algo interesante. ¿Todo claro?

—Clarísimo. Una cosa, ¿de verdad conoce bien a Bunji Ross?

—Sí. Será ella quien pilote el avión, y quiero que Henry la acompañe para hacerle de observador. Vamos a seguir a los secuestradores hasta su guarida, y solo tendremos una oportunidad, así que no podemos permitirnos echarla a perder. Llame a Bunji y pídale de mi parte ayuda y consejo; le caerá bien, Jack, pero mire a ver si puede evitar que se pelee con Bill. A él dígame que para el viernes calculo tener resuelto el asesinato, y que debe seguir siendo el ángel de la casa.

Jack se marchó. Cuando Molly y Henry regresaron de su paseo se sentían mejor, y Phryne les pidió que le enseñaran la casa. Era nueva, y algunos de los baúles estaban sin desembalar. Phryne decidió que esa sería una ocupación espléndida para una mujer preocupada.

—Molly, debería usted colocar todas esas cajas. Mandaré a Dot para que la ayude, se le da genial poner las cosas en su sitio. Yo tiendo a meter sin más la ropa en un armario. Si la puerta cierra, creo que todo está bien, pero Dot es mucho más hacendosa. Quédese aquí arriba y la mandaré con usted. Todo irá bien, se lo prometo. Le doy mi palabra. La tendremos de vuelta para mañana. Solo hay que esperar a que pase el tiempo, porque no podemos movernos hasta esta noche. La cocinera le traerá algo ligero de comer y quiero que se lo termine todo, aunque esté usted convencida de que se le va a atragantar. La necesito en buena forma para esta noche, y después de dar los primeros tres bocados se dará cuenta de que tiene hambre. Qué habitación más encantadora. ¿Elegió usted el papel de la pared?

Molly asintió. Se había sentido muy orgullosa de ese papel. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde

que se había mudado a aquella casa, en la que había esperado ser tan feliz. Phryne supo interpretar la mirada.

—Volverá a ser feliz aquí si logra recuperar su capacidad de relativizar las cosas —le dijo por encima del hombro—. Cuando me encuentre con Candida esta noche, necesitaré llevar alguna prueba de que soy de fiar. ¿Qué podría convencerla?

—Oso —respondió Molly sin vacilar—. Candida traerá bien de cabeza a esos secuestradores por no tener a Oso. Venga por aquí —dijo, y guio a Phryne escaleras arriba, a las estancias de los niños.

Al pequeño Alexander lo habían llevado a visitar a su abuela, que lo adoraba. Su habitación, decorada con conejitos por todas las paredes, estaba vacía, pero transmitía una sensación de ocupación reciente. La habitación de Candida se notaba hueca. Quedaba claro que quien había dormido en esa camita azul, usado esos pijamas y jugado con esos juguetes había desaparecido, no se había ido solo a pasar el día fuera. Molly se contuvo con gran esfuerzo y cogió a Oso de la cama.

Phryne salió de la habitación y cerró la puerta. Una madrastra podía soportar hasta cierto límite. Sostuvo a Oso en alto y lo miró. En alguna etapa de su vida había sido un auténtico oso dorado de peluche, pero durante algunos años había ido recibiendo un amor de lo más desafortunado y estaba un poco maltrecho. Tenía una de las orejas cosida con cuidado y las costuras estaban abiertas. Ya no pitaba al apretarlo y las reparaciones efectuadas en la cara tras algún accidente infantil le daban una sonrisa asimétrica. Era un oso con mucho encanto, aunque algo ordinario, y Phryne entendió por qué Candida confiaba en su compañía y consejo. Quizá fuera un oso con poco cerebro, pero incluso su cuerpo peludo había quedado moldeado, con el paso de los achuchones de los años, hasta ajustarse al abrazo de Candida. Phryne le dio a Oso un breve apretón y se lo metió bajo el brazo.

—A sus aposentos, señora —le ordenó a Molly—. Oso estará a salvo conmigo.

Phryne regresó al salón, donde Henry había empezado a caminar otra vez de un lado a otro.

—Dot, ¿puedes ir a ayudar a la señora Maldon? Está arriba, desembalando. Habla con ella sobre la casa nueva, el pequeño Alexander y cualquier otra cosa que se te ocurra. No entres en la habitación de Candida si puedes evitarlo.

Dot obedeció. De la cocina llegó el aroma apetitoso de una tortilla a medio hacer y del pan a medio tostar. Henry cogió a Oso de los brazos de Phryne y lo abrazó. Phryne lo miró a la cara y salió. Decidió dejar que Oso obrase su magia por su cuenta.

La detective marcó el número de su casa. La señora Butler respondió al teléfono.

—El señor Butler ha conseguido la pintura que pidió, señorita, y dice que lo que necesita para aplicarla es la cámara de un balón de *rugby*. Acaba de salir a comprar una.

—Bien. Es una joya de hombre y espero que esté usted muy feliz con él.

—Y sus dos taxistas están aquí con un montón de periódicos que dicen que les pidió usted que comprasen.

—Bien también. Pídales que esperen hasta que el señor Butler vuelva y que luego traigan todas las cosas donde los Maldon. ¿Han dicho si encontraron la cuerda?

—El señor Bert está aquí, señorita. Se lo pongo.

Bert, nada acostumbrado a los teléfonos, gritó al oído de Phryne:

—Aquí Bert, señorita. Tenemos la cuerda.

—Bien, pero baje la voz. ¿Estaba donde dije que estaría?

—Pues sí. La encontró Cec, y un montón de adoquines. Nosotros decimos que son para bordillos. Luego iremos a ver dónde están las obras de la calle. La cuerda tenía sangre, eso seguro. Yo digo que la usaron para atar a alguien. Las manchas están todas espaciadas, vaya. Y luego había un montón de cosillas debajo de unas piedras.

—¿Qué tipo de cosillas?

—Golosinas, juguetes, estampitas y soldaditos de plomo. Alguien les había pintado uniformes y les había puesto faldas blancas.

—Ah —dijo Phryne con honda satisfacción—. Conque eso han hecho... ¿Les he dicho últimamente que no tienen ustedes precio, Bert?

—Últimamente, no —respondió Bert—. Pero le transmitiré su comentario a Cec. Bueno, lo del viejo y la muchacha: no es raro que la pobre moza lo estuviese siguiendo por el camino. El tipo le había birlado la ropa. A ese poli lisonjero le pareció de lo más divertido. Me costó diez libras apañar las cosas con él. ¿Le parece bien?

—Barato para lo que vale. Pásense por aquí con la pintura y el balón lo antes posible. El partido ha empezado, Bert, y espero tener a Candida de vuelta antes de mañana noche. Después de eso, veremos. Sigán buscando al cabecilla de la zona y las reparaciones de la calle. Les veo pronto. Adiós.

Mientras colgaba, Phryne alcanzó a escuchar cómo Bert preguntaba:

—¿Y qué hago con esta cosa ahora?

Bert y Cec llegaron una hora después en su taxi nuevo. La comida había consistido en tortillas y un rollo de bizcocho relleno de mermelada —la casa se había quedado sin coco— y Molly Maldon estaba tan absorta contándole a Dot la tremenda ganga que había sido su alfombra nueva que no se encogió cuando sonó el timbre de la puerta. Los dos taxistas entraron con la cámara y la pintura y un montón de periódicos ilustrados. Phryne agitó las tijeras en su dirección.

—¡Pasen! Estoy aquí cortando trozos de periódico por valor de cinco mil libras. Pongan eso ahí en el sofá —les indicó, y Bert dejó la carga—. Este es Henry Maldon, el aviador. Cuéntenme lo del poli gracioso.

—Encantado de conocerlo —gruñó Bert, a quien no le gustaban los capitalistas.

Le cogió una mano tensa y se la estrechó. Henry Maldon tenía mucho mejor aspecto que dos horas antes, pero aún le quedaba en el rostro suficiente agonía residual como para que Bert considerase cambiar de opinión. «Tampoco tuvo la culpa de ganar ese dinero —le diría después a Cec—. Y el pobre viejo parecía como si lo hubieran pasado por un colador pero para atrás. Sentado ahí, agarrado a ese oso de peluche. Seguro que era de la niña».

Bert aminoró su brusquedad al instante y se esforzó por añadir un toque divertido.

Creó una buena historia a partir de la anécdota del poli y le sacó una sonrisa al aviador distraído. Phryne fue atando los fajos con trozos de periódico, con un billete real al principio y otro al final, y colocó un fajo de billetes auténticos de cinco arriba. Metieron los billetes en una bolsa de tela. Se produjo un silencio tenso.

—Vámonos al bar, colega —propuso Bert para su propio asombro—. Aquí uno que necesita una cerveza. Aún queda una hora de espera.

El reloj de bronce dorado que había en la repisa de la chimenea marcaba las cinco. Phryne se refrenó de abrazar a Bert y le dijo a Henry:

—No podemos hacer nada hasta que sea de noche. Vaya con Bert y Cec. Iré a buscarlo si ocurre algo. ¿A qué bar irán?

—Al Railway —respondió Henry, y los dos taxistas se lo llevaron.

Aquello supuso un alivio para Phryne, que no había sido capaz de encontrar una ocupación para Henry. Quedaban aún un par de horas antes de que tuviera sentido salir hacia Geelong.

Phryne oyó la voz de la cocinera alzándose en una conversación afable con el hombre de la mantequilla, la nata y los huevos, que llegaba tarde.

—¿Qué haces viniendo aquí a estas horas? —quiso saber la cocinera, y Phryne escuchó la respuesta

procedente del patio de atrás.

—No he podido ir más rápido, señora mía, ni siquiera a rondar a mi viejo cielito. El puñetero ayuntamiento ha abierto una zanja en la puñetera carretera y he tenido que venir a pedaladas con el triciclo desde la tienda. Mi jefe está que trina. Así que no me dé usted calabazas y muéstreme un poco de cariño.

—¡Esa boca! —le advirtió la cocinera—. Y no me vengas de zalamero. Los huevos esos que me trajiste ayer estaban casi todos podridos.

—¿Cómo? ¿Mis huevos? —exclamó el repartidor, tan ofendido como si los hubiese puesto él personalmente—. ¿Mis huevos, podridos? Enséñeme un huevo podrido que haya repartido yo. Seguro que los mezcló usted con esas cosas esmirriadas que ponen sus gallinas.

—Las gallinas no están poniendo huevos, o no tendría que comprarte huevos podridos a ti.

—Deme un respiro —se quejó el muchacho, que sonaba de unos quince años—. Si el jefe me dice: «Llévales huevos», yo los tengo que llevar; no me queda otra. ¿Cuántos estaban malos entonces?

—Tres en la docena, y tuve que tirar una masa entera para un pastel con medio kilo de mantequilla. No se lo habría echado ni a un cerdo. Pero se lo tendré que decir a tu jefe —admitió la cocinera en tono generoso—. Supongo que no es culpa tuya. Dame otra docena, y un kilo de mantequilla, hoy nata no.

Se oyó un golpe seco cuando el paquete cayó en la mesa de la cocina.

—Mañana la veo, mi vieja flor —gritó el chico, y se marchó rápido, a tiempo de evitar la bofetada.

—Eso de «vieja» te lo guardas —rugió la cocinera, y dio un portazo en la cocina, muy revigorizada.

Phryne cogió los periódicos ilustrados y los hojeó. Dio con un pasaje muy significativo.

Los recientes descubrimientos en Luxor han vuelto a todo el Imperio loco por Egipto —decía el texto en tono de suficiencia—. Lord Avon, responsable desde hace largo tiempo de financiar la expedición, afirmó que el interés público era de lo más gratificante. «Hay toda una civilización bajo esas arenas», declaró ante nuestro corresponsal especial. «Y del más alto nivel. Los dibujos ornamentales, los tejidos, las cuentas y las magníficas pinturas funerarias del faraón son inolvidables, y se conservan igual de frescas que cuando las dibujaron. Espero encontrar muchas más tumbas en la zona. Parece que hubiese habido aquí una ciudad floreciente. Asimismo, espero descubrir la cámara que estoy convencido de que se halla bajo la gran pirámide, el lugar de reposo del mismísimo Keops. Las expectativas son hacer descubrimientos interesantes a diario».

Phryne dejó las publicaciones abiertas por las páginas con imágenes de los objetos descubiertos en las cámaras de roca. Una daga con gatos cazadores grabados. La diadema de una reina, con flores de loto en lapislázuli. Un brazalete para un arquero grabado con el ojo de Horus para salvaguardar su puntería. Pinturas fúnebres del faraón cazando leones, mezclando vino y abrazando a su esposa. Figuritas de dioses, esclavos y trabajadores: mujeres pequeñas amasando, arreando ganado, esquilando ovejas y cosechando trigo. Eran todas encantadoras. En lo que más se entretuvo Phryne fue en contemplar la estatua dorada de la diosa Pajet: un gato grácil que tenía un pendiente en una de las orejas puntiagudas y gatitos a sus delicados pies.

«Es increíblemente preciosa. Me pregunto si podría robarla».

Capítulo X

El sacerdote del clérigo la noche no los distinguirá. A oscuras Joan y mi lady son buenas por igual.

HERRICK,
A oscuras no se distingue

Por fin oscurecía. Phryne metió a Dot, a Molly y a Jack Leonard en el Hispano-Suiza, y luego se montó ella. Comprobó que llevaba encima toda la impedimenta improvisada y recopilada a lo largo del día. Aunque sus anfitriones y ella habían tomado una cena temprana, añadieron una cesta de pícnic al cargamento, así como una botella de brandi y, por supuesto, a Oso.

—Geelong no está tan lejos, pero no quiero ir con prisas —comentó Phryne mientras Jack Leonard giraba la manivela de arranque—. ¿Tenemos claro lo que vamos a hacer?

Todo el mundo asintió.

—Perfecto —dijo Phryne antes de suspirar profundamente—. En marcha pues.

Localizó la carretera de Geelong sin dificultad y pronto avanzaban a toda máquina por la oscuridad. Habría luna, pero aún no había salido. Estaba despejado y hacía un frío gélido, y las estrellas brillaban mucho. Phryne esperaba no morir helada durante la correría que tenía en mente. Ya había librado una disputa feroz con Jack Leonard cuando el aviador supo lo que pretendía hacer.

«No sea absurdo, Jack. Mire el tamaño de su cuerpo. Yo mido un metro sesenta y peso cincuenta kilos con toda esta ropa y las cosas. ¿Cuánto pesa usted?».

«Setenta y seis kilos. Supongo que tiene razón. Pero ¿y si se cae?».

«Entonces tendrá que recogerme», respondió Phryne, y la conversación acabó ahí.

Dot iba hablando con Molly Maldon para distraerse del frío que estaba pasando, de lo preocupada que se sentía por Phryne y de lo rápido que iba el coche. Molly estaba nerviosa. Después de lo que habían parecido años de espera y preocupación, por fin empezaba la acción, y ella estaba dispuesta a todo. La tarde transcurrida entre sus pertenencias le había sosegado el ánimo y tenía muchísima fe puesta en Phryne. Estaba empezando a creer que recuperaría a Candida. Llevaba la bolsa de golosinas en la cesta de pícnic, aunque sentía un temor instintivo y supersticioso ante la idea de imaginarse lo que se alegraría Candida al verlas, y prestó toda la atención que pudo al relato de Dot sobre uno de los casos anteriores de Phryne.

—Y a ese médico que practicaba abortos fue al que arrestó, ¿no?

—No, eso lo hizo una policía que se llamaba... Señorita, ¿cómo se llamaba la policía que cogió a... bueno... a ese, al tipo que operaba a las mujeres?

Dot no tenía ninguna intención de decir la palabra «abortista», como no la tenía de jurar en la iglesia.

—La agente Jones. La he visto hoy. Le han dado una medalla por coger al violador de Brunswick.

A Dot le hervían las mejillas. Todo lo que decía parecía tener un significado sexual.

Phryne se dio cuenta de la vergüenza de Dot e inició una charla sobre aviación con Jack Leonard.

—¿Le ha caído bien Bunji, Jack?

—Es como una bola de luz, ¿no? Irrumpió allí y se pasó veinte minutos con la cabeza metida en el motor, y luego Bill y ella averiguaron cómo montar el foco. Esa luz es una merma para el suministro de energía, pero no creo que tanto como para afectar al funcionamiento de la aeronave de un modo significativo.

—¿Discutió Bunji con Bill?

—Constantemente. Se veía que se lo estaban pasando de maravilla los dos. Y Bunji hace vuelo deportivo. Recorrió los Alpes e incluso sobrevoló el Himalaya. Nos dijo que lo único que había que hacer para deprimirse era mirar abajo. Ni un punto para aterrizar: rocas nada más.

Phryne se rio y cambió a la última marcha.

De la carretera de Geelong solo se veía un sendero de asfalto que brillaba levemente bajo la luz del potente vehículo. No se oía nada más allá del rugido del motor y el silbido de la estela. Por suerte, el señor Butler había logrado colocar la capota en su sitio; si no, los pasajeros habrían pasado más frío del que ya tenían. Las estrellas iluminaban como faroles; no, estaban en la carretera: eran dos luces oscilantes. Empezó a dejarse oír un ruido extraño. Phryne escuchó con atención: sonaba a medio camino entre un repiqueteo y el ruido de unos cascos. Se esforzó por hacer memoria y concluyó que lo que estaba oyendo en realidad era un sonido nuevo.

—¿Oyen eso? —preguntó.

—¡Frene! —gritó Dot.

Phryne pisó los frenos y el coche perdió velocidad. Casi se había detenido cuando se le presentó la explicación.

Una oleada de ovejas que avanzaban hacia ellos rodeó el automóvil, con los vellones de un curioso color gris bajo la luz de las estrellas. La luna estaba saliendo. Los faroles brillaban. Un ganadero fantasmal, como una aparición del pasado, levantó la mano como si nada. Pasaron dos carretas traqueteando, con talegas colgadas debajo para que descansaran los perros. Uno de ellos ladró. Las ovejas echaron a trotar por la carretera.

—Gracias, Dot. Podría haberme estampado contra ellos. No sabía que llevaban ovejas por esta carretera. Y de noche. ¡Menudo peligro! Seguramente vayan a Borthwicks... Y ahí está el cementerio. Qué buen sitio. Bueno, pues nada, si alguien ve una bandada de flamencos o una manada de elefantes, que me lo diga.

—¿Dónde estamos? —preguntó Molly.

—A mitad de camino más o menos, diría yo. Tenemos que buscar a Bunji y a Henry en el Fokker a las afueras de Geelong. Deberían estar a la izquierda de la carretera, cerca del puente del ferrocarril. Quien los vea que me dé un grito. Entonces pondremos a prueba el plan. Me sentiría como una estúpida si siguiera adelante y al final no funcionase. Me quedaría sola con los secuestradores, y probablemente vayan armados.

—¿Y usted va armada? —quiso saber Jack.

Phryne asintió.

—Claro. Pero espero no tener que usarla. No soy partidaria de las armas.

—¿Tiene buena puntería?

—No especialmente. De todos modos, a la distancia es como más partido se le saca a una pistola, así que da igual. Un hombre es un objetivo demasiado grande para fallar a metro y medio.

—¿Por qué metro y medio?

—Porque más cerca me tendrían pillada —explicó Phryne—. Vamos a hablar de otra cosa.

Jack Leonard la complació con una disertación sobre las ventajas de los motores Rolls-Royce que duró hasta que estuvieron casi en Geelong.

—Perforan los bloques de motor, los dejan a la intemperie en un campo durante dos años y luego los vuelven a perforar. Nunca me he topado con un Rolls que tenga problemas de cilindros. Son máquinas maravillosas... ¡Eh! Ahí está el Fokker.

Phryne hizo girar el coche para salirse de la carretera y se detuvo en un prado llano. El aparato de

aviación estaba parado y lo habían girado sobre la hierba para poder retomar las alturas con la mayor prontitud. Bunji Ross, baja y rechoncha con su traje de aviadora y unos botines, se acercó y le sonrió a Phryne.

—Hola, Phryne. Te encantará saber que el vestido fue todo un éxito. Solo le derramé encima un poco de sopa de tomate, un logro, tratándose de mí. He montado el foco, querida, y puedo iluminar la carretera con una luz más o menos aceptable, aunque solo a muy baja altitud. El impacto no es mucho a más de quince o veinte metros. ¿Cómo es el paisaje desde aquí hasta donde vas? ¿Hay montañas?

—No, siempre que sigas el curso de la carretera. Si te sales de la carretera, el terreno se hace muy brusco a la izquierda. Si puedes mantener el avión a la derecha del camino, no tendrás problemas.

—Vale, así lo haré. Tengo a Henry conmigo. Trae unos buenos prismáticos Zeiss-Ikon y parece un tipo competente en el aire. Venga, vamos a poner tu idea en práctica. Dirígete de vuelta a Melbourne, cielo, que no nos conviene ensuciarnos el camino.

Phryne derramó una gotita de pintura en la carretera y a continuación avanzó lentamente con el coche, vertiendo un poco de pintura desde el asiento del conductor. Siguió así medio kilómetro, luego apartó el vehículo de la carretera y esperó.

Arriba, pero solo muy arriba, el motor del Fokker rugió. El avión describió un círculo sobre el coche. Hundió las alas y se alejó hacia Geelong.

—Bien. Funciona. Bunji es una auténtica hacha. Casi hemos llegado. Jack, coja el volante y recuerde lo que le dije del ligero.

Geelong era una ciudad de tamaño considerable, rodeada por silos para el grano y almacenes, con un ayuntamiento respetable y avenidas amplias. No tenía unos horarios muy tardíos. La única persona a la que Phryne vio en apariencia despierta fue a un policía de ronda. Phryne se fijó en la luna. A esas alturas, brillaba y estaba llena.

—Ahí está el parque, Jack. Pare un momento en ese rincón, cerca de aquellos olmos grandes. Enciéndase un cigarrillo y ponga pose de aburrido. Quédese ahí hasta que termine de fumar y luego puede meterse en el parque y parar cerca del quiosco. Según el mapa, debe de estar a menos de trescientos metros por ese camino. Entonces Molly cogerá el dinero y lo meterá en el tocón. Nada de pararse ni de quedarse mirando; solo soltar la bolsa y marcharse. Jack, a continuación arranque el coche y revolucione el motor unas cuantas veces cuando vea que están aquí. Luego vuelvan a la carretera y esperen. Podríamos pasarnos aquí toda la noche, pero no se queden dormidos. Esperen al avión y síganlo a una distancia prudencial constante. Podrán ver la luz desde bastante lejos. En cualquier caso, creo que vamos a ir hacia Queenscliff. Mucha mierda —dijo Phryne, y se escabulló en la oscuridad.

Con su atuendo negro, era complicado verla; se detuvo ante un oportuno charco de barro y se embadurnó la cara.

El quiosco era blanco, de hierro forjado, y resaltaba a la luz de la luna como la caja torácica y la columna vertebral desnudas de un monstruo fabuloso. Phryne esperó hasta que los ojos se le acostumbraron a esa luz y luego empezó a reptar, derramando pintura fluorescente desde la cámara a través de la hierba invisible.

Por suerte, aún no había escarcha, aunque sin duda aparecería antes del amanecer. Se dijo a sí misma que era una cazadora tan buena e implacable como los gatos egipcios, y se detuvo un momento con una mano apoyada en un árbol. Avanzó hacia la sombra, desplazando el pie desde la punta con sumo cuidado: ni una sola ramita crujió bajo sus pasos. Había llegado al quiosco y estaba a punto de cruzar el sendero cuando vio un punto de luz y oyó a alguien silbar levemente. Había un hombre sentado tan tranquilo en los escalones del quiosco, fumando. Phryne se entusiasmó. Aquello no tenía pinta de ser un secuestro

profesional. Ese tipo podía no ser uno de ellos, claro, pero ¿qué clase de hombre en sus cabales estaría sentado en un quiosco a medianoche en pleno invierno?

Su sospecha se vio confirmada por el comportamiento del tipo cuando se oyó el ruido del Hispano-Suiza. Tiró el cigarrillo y se agazapó bajo la baranda.

Phryne también se agazapó. Oyó el crujido de los pies de Molly sobre la gravilla y el golpe seco cuando la bolsa cayó en el tocón. Los pies de Molly se alejaron de nuevo y se oyó la aceleración de un motor grande.

«No le coja demasiado vicio a mi coche, Jack Leonard —pensó Phryne—. ¿Es ese mi hombre o no? Maldito, ¿es que no se va a mover? Me estoy quedando helada».

Sid se movió al fin. Caminó tranquilamente hasta el tocón, sacó la bolsa y la abrió por arriba. Se guardó un puñado de billetes de cinco en el bolsillo y se metió la bolsa bajo el brazo. Recorrió el sendero a paso desenfadado hacia el otro lado del parque y no se paró a pensar ni por un segundo en la sombra que se movía a la vez que él.

Estaba planeando volver a Queenscliff para eliminar a los testigos, no para compartir el dinero. Le quedaban todavía cinco balas en el revólver. Con eso acabaría con Mike, la mujer sentada en silencio en el coche y la niña. Dejaría el arma en la mano de Mike y luego cogería un barco en Adelaida con dirección a cualquier parte, con cinco mil en el bolsillo. Se relamió al pensar en las esclavas de diez años que podría comprar en Turquía con todo aquel dinero.

El Bentley estaba caliente y lo único que tuvo que hacer fue girar la manivela de arranque para que el motor se pusiera en marcha. Sidney se limitó a mirar de reojo a Ann al entrar y emprendió el camino.

A Phryne no le había costado nada acomodar su ligera complexión en el asiento trasero auxiliar del automóvil. Se desató la cuerda de la cintura y se enganchó con ella a la parte de atrás del vehículo, sirviéndose de las oportunas agarraderas colocadas ahí para sujetar el equipaje. «Esta noche no lleva equipaje; lleva bagaje», pensó Phryne. La divirtió esa floja ocurrencia estando allí enganchada mientras el Bentley doblaba una esquina. Tenía la cámara de pintura en una especie de eslinga que había ideado Dot y que llevaba colocada en la cadera derecha. Para arrojar algo de pintura, lo único que debía hacer era darle un golpecito suave a la cámara. La pintura excretada brillaría sobre la superficie negra de la carretera en cuanto la luz del avión la alcanzase.

Phryne no había avanzado ni cuarenta y cinco metros cuando empezó a maldecir su propia inteligencia. Aquello era ingenioso, pero ¿no podría haber obtenido casi el mismo efecto atando la cámara al coche? Supuso que no. No tenía manera de calcular el tiempo porque no podía ocupar una mano en sostener el reloj. Oso iba a salvo, ceñido contra su pecho. Phryne le dio un toque a la cámara y salió despedida una gota de pintura. Empezó a cantar con un hilo de voz mientras el vehículo zumbaba por la carretera y el viento frío le cortaba las manos.

Golpeaba la cámara al final de cada verso. Los ángeles del cielo, de haber estado observando cernidos sobre ella en la oscuridad, habrían oído una tonada abolicionista:

*¡El cuerpo de John Brown pudriéndose en su (pom)
El cuerpo de John Brown pudriéndose en su (pum)
El cuerpo de John Brown pudriéndose en su (pom)
Pero su alma va marchando hacia el (pum)!*

Con ese método novedoso, Phryne confiaba en poder espaciar las gotas de pintura de manera que el avión lograra seguir las. Vio pasar Geelong a toda velocidad. Pronto estaban de nuevo en los prados abiertos. La luna lucía alta y la luz iluminaba lo suficiente como para que Phryne pudiese leer las especificaciones del motor repujadas en la parte trasera del Bentley.

Se sentía sumamente incómoda. Se había atado con la misma firmeza que Andrómeda a la roca, porque no le atraía la idea de salir disparada en mitad de la noche. A cincuenta kilómetros por hora, la carretera seguro que era más que dura. Los dedos de Phryne, envueltos en sus guantes de cuero, empezaban a sufrir calambres. Alivió la presión apoyándose en la cuerda que, pese a soportar el peso de la detective, dio un crujido bastante alarmante. Tenía los pies encajados sobre el parachoques, donde el fabricante del vehículo había decidido hacer una plataforma pequeñita y bien definida de unos veinticinco centímetros de largo.

El coche dio un bote en un montículo de la carretera y Phryne perdió agarre. La mano con la que iba sujeta encontró el faro trasero y Phryne quedó suspendida de él como si la hubiesen pegado ahí, mientras revolvía los pies en busca de apoyo. Lo encontró y le dio a la cámara un toque vigoroso. Geelong ya no era ni siquiera un resplandor en el horizonte, y la luna se desplazaba hacia el oeste. ¿Dónde estaba el avión? ¿No había funcionado la pintura? Tampoco era un desastre.

Phryne dejó libre una mano para rascarse la nariz, que le picaba, y se recordó a sí misma que la pobre Candida estaba al final de aquel camino salvaje. Si es que seguía viva. Golpeó de nuevo la cámara.

*El gran duque de (pom)
tenía diez mil (pum)
los mandó subir a lo (pum) del monte y
los mandó (pom) otra vez.
Y estando arriba estaban (bam)
y estando abajo estaban (fiush)
y estando solo a medio camino (pum)
no estaban ni arriba ni (bum).
Ah, el gran duque de (pom)*

Phryne retomó la nana desde el principio y en esas oyó el zumbido del motor de un avión. Afiló el oído y se arriesgó a echar un vistazo rápido por encima del hombro.

Arriba, navegando en círculos majestuosos, el Fokker apareció ante su vista bajo el resplandor de la luna, con un brillo tan plateado como el de una moneda de tres peniques. La panza de la aeronave irradiaba un leve rayo de luz. Había funcionado. Phryne jaleó en silencio y los nudillos se le arañaron cuando el conductor giró para salirse de la carretera principal.

El avión iba pilotado por una persona experta: había que felicitar a Bunji. Phryne vio cómo los círculos lentos y amplios, la maniobra más peligrosa y complicada que pudiera realizarse de noche, cubrían la carretera con luz, aunque sin hacerse demasiado obvios a ojos de los conductores de abajo. Dio la casualidad de que no se habían cruzado con ningún otro vehículo, ya que el invierno atraía a poca gente a los centros costeros, y los lugareños sabían muy bien que no había que estar a esas horas fuera con ese tiempo.

La superficie de la carretera había empeorado. Phryne mantuvo la cara pegada al coche, mientras aquella máquina grande iba descartando piedras y las lanzaba por los aires. Una se coló por entre el parapeto que protegía a Phryne y le hizo un corte encima de la ceja. Se preguntó cómo reaccionaría Candida, una niña bien educada, si tuviese que lanzarse a por ella antes de poder lavarse la cara. Seguramente gritaría y echaría a correr.

Se limpió parte de la sangre para despejarse los ojos, y entonces recordó que llevaba las gafas de aviadora. La lucha para sacarlas del bolsillo, seguir golpeando la cámara y no caerse en el proceso la hizo olvidar el dolor durante ocho kilómetros de gravilla y dos y medio de barro.

Aliviada del miedo a que se le metiese la grava de la carretera en los ojos, se puso las gafas y buscó el avión. Iba más o menos medio kilómetro por detrás, volando de manera tan uniforme como un águila.

Bunji estaba agraciada con el don de oler el suelo. El amplio balanceo habría hecho que un piloto menos brillante acabase estrellado, y resultaba muy complicado calcular cuánta altura se perdía al filo de cada círculo. La carretera de barro era más cómoda; Phryne rezó para que no se quedaran atascados.

Prestó atención por si percibía el sonido familiar del Hispano-Suiza, pero no alcanzaba a oír nada por encima del rugido del automóvil de Sid.

En la cabina del Fokker, Bunji Ross estaba examinando sus mandos a la luz de una linterna. La velocidad de vuelo era satisfactoria, tenían combustible de sobra y la luna casi les daba luz suficiente para volar. Al final de cada bajada en picado, Bunji hacía descender el avión a quince metros de la carretera y esperaba a que Henry gritase: «¡Ahí está!», antes de remontar el vuelo. El motor funcionaba con suavidad. Bunji le dio un trago al café solo que llevaba en un termo y se lo ofreció a Henry.

Henry se bebió el brebaje amargo y devolvió el frasco. Estaba echado bocabajo, asomado con los prismáticos por el hueco que Jack y Bill habían abierto en la superestructura. Bill no se había inmutado cuando Bunji había anunciado que no lograba idear ningún otro modo de ver a través del suelo de un avión. El aparato tenía unos puntales recios que se le clavaban a Henry en todas las partes sensibles de su anatomía, incluidas algunas que hasta entonces no sabía que existían, pero no le importaba. Iba de camino a recuperar a su querida, si bien exasperante, Candida.

Jack Leonard controlaba aquel automóvil de gran tamaño con el mínimo esfuerzo. La máquina se deslizaba por esa carretera de tierra tan suavemente como un espectro. Dot iba repartiendo tazas de té del termo y sándwiches de jamón. Jack mordisqueó uno ausente. Mantenía la imagen del avión en la esquina derecha del espejo retrovisor. No veía el vehículo al que iba siguiendo, pero así debía ser según las órdenes de Phryne. No debían perseguirlos de cerca ni dejarse ver, ni tampoco atrapar al hombre que recogiera el dinero ni hacerlo papilla, por Candida. Los secuestradores nerviosos matan a sus cargas. Molly se bebió el té y se comió dos sándwiches *motu proprio*. Estaba casi en trance a causa de ese viaje a medianoche por la carretera vacía, poseída por la extraña ilusión de que el mundo exterior pasaba volando y el coche permanecía quieto, en mitad de la oscuridad.

Capítulo XI

En caso de duda, coja la baza.

«24 normas breves sobre el whist para principiantes», en *Los juegos de Hoyle*:

Bert y Cec habían descubierto las obras de la calle. Los adoquines de basalto azul estaban apilados formando una especie de muro que recorría Paris Street, donde los trabajadores estaban sustituyéndolos por cunetas de cemento. Varios propietarios de la zona se habían servido de los adoquines, con los que habían llenado carretas para construir sus propias rocallas o muros de jardín.

—Este es el sitio, Cec. Las piedras llevan aquí ya unos días; mira, les está empezando a crecer hierba alrededor. Bueno, ¿cuál es el último punto de la lista? Ah, sí, los niños. Esta parece una buena calle para niños. Allí hay una pandilla... ¿Qué es lo que tienen? Un gato, ¿no?

Cec ya iba corriendo hacia el grupo de cinco niños que parecían estar atormentando a un gato. Rescató al gatito, un cachorro a medio criar, de las zarpas de los críos y se lo metió debajo del brazo para poder examinarlo. Parecía haber sufrido daños tan solo en una de las patas delanteras. Tenía las uñas de una zarpa cortadas por manos inexpertas.

—Dadme un trozo de esos trapos —ordenó Cec, señalando con la mano libre hacia una pila de vendas que había en el suelo.

Uno de los chiquillos, una niña mugrosa, se echó a llorar y otra le mordió la punta de la trenza. El pilluelo más pequeño empezó a aullar.

—Vale vale, niños, no os volváis tarumbas. No vamos a haceros nada, ni tampoco os vamos a llevar ante vuestras madres. Solo queremos algo de información.

Cec le había vendado la pata delantera al gato.

—No le íbamos a hacer daño, señor, pero no se quedaba quieto, y no paraba de arañar, así que pensamos en cortarle las uñas. No sabíamos que iba a sangrar —dijo un crío enjuto con una camisa sin cuello y tirantes anudados.

Para entonces, Bert había llegado hasta donde estaban todos e iba recuperando el aliento. Los niños se le quedaron mirando con gesto honrado.

—No sabíamos que iba a sangrar, ¿verdad? —repitió el niño.

Todas las cabezas asintieron a coro. La niña mugrosa se secó la cara con una enagua de calicó que distaba mucho de estar limpia. La niña que le había chupado la trenza no dijo nada.

—¿Vosotros sois los niños que juegan donde los McNaughton?

Asintieron de nuevo. El más pequeño aulló y uno de los otros le tapó la boca con una bola de colores ya chupada.

—Ese es Mickey. Aúlla —dijo el niño enjuto—. Yo soy Jim; esta es Elsie. —La muerdetrenzas asintió—. Y Janey. —La niña mugrosa hizo una reverencia—. Y Lucy, que es la hermana de Mickey y lo tiene que llevar con ella.

Lucy sonrió, dejando a la vista que no le habían traído las paletas para Navidad. Mickey estaba silenciado por la bola gigante de caramelo.

—A ver, niños, quiero algo de información y estoy dispuesto a pagar por ella. ¿Qué queréis? ¿Un chelín en caramelos?

Las bocas se hicieron agua en todo el corro. Jim se paró a pensar.

—Ese es el gato de mamá Ellis —dijo—. Lo hemos cogido medio prestado y si se entera de que le hemos hecho daño en la pata, se lo dirá a nuestras madres y nos ganaremos una paliza. Si arreglan las cosas con mamá Ellis y nos dan los caramelos, trato hecho.

Bert miró a Cec, que estaba acunando al gato. El animal, un ejemplar con pedigrí de pelo corto y color negro noche, precioso y sin duda muy valioso, había colocado una pata a cada lado de la barbilla de Cec y lo estaba mirando amoroso a los ojos.

—¿Puedes ocuparte, compañero?

Cec asintió. Jim lo acompañó hasta la casa y observó admirado cómo Cec caminaba directo hasta la puerta principal y golpeaba fuerte con la aldaba. La puerta se abrió y Jim salió corriendo como un descosido.

La señora Ellis era una vieja bruja mezquina que pinchaba las pelotas de fútbol que se colaban por su verja y disparaba a los perros que entraban en su propiedad con un rifle de aire comprimido.

Tampoco había devuelto nunca una pelota de tenis, ni una cometa, y los niños creían que las vendía. El señor Ellis había pasado por suerte a mejor vida veinte años antes, y ningún hombre que no fuese familia había cruzado el umbral de aquella puerta desde entonces. La casa estaba limpia hasta decir basta yapestaba a fenol. Había un reguero de periódicos colocados por el recibidor, sobre el suelo pulido. Los niños la llamaban bruja y en su buzón nunca faltaba un petardo la Noche de las Hogueras.

Aunque la casa era fría como una tumba, nunca se había visto salir humo por la chimenea. Los niños creían que la mujer se caldeaba con los fuegos del infierno. Llevaba la fina capa de pelo raspada sobre el cuero cabelludo y atada en la parte de atrás de la cabeza, y siempre iba vestida de negro. A Cec, la cara de la mujer le recordó al pudín de una casa de huéspedes, con pasas a modo de ojos.

—¿Señora Ellis? —preguntó en su tono de voz suave y cálido—. Le traigo de vuelta a su gato.

El gato negro se giró entre los brazos de Cec y miró a la anciana fijamente a los ojos, como desafiándola a hacer algo. La mujer vio el vendaje de la pata.

—¿Qué le ha pasado? ¿Le han hecho daño esos pequeños demonios? Les pondré los culos morados como le hayan tocado un solo bigote.

La voz de la anciana se elevó hacia un chillido espeluznante.

—Quizá los niños no hayan tenido nada que ver con esto —dijo Cec en tono sensato—. Es solo que se le han roto las uñas de la zarpa de delante. A lo mejor se la ha enganchado en algún sitio. ¿Le gusta trepar a los árboles?

—Sí, le gusta, al muy canalla —dijo ella mientras acariciaba a su gato.

—Además, han sido los niños de la calle quienes le han puesto el vendaje en la pata y me han dicho de quién era —continuó Cec, como si en el mundo no hubiera nada parecido al perjurio—. Estará divinamente una vez que haya comido y haya echado un sueño. Las uñas le volverán a crecer en un mes.

—¿Sabe usted mucho de gatos?

—Un poco —respondió Cec, que le había impuesto seis de ellos a su sufrida casera.

—Pase —lo invitó la anciana, y Cec entró.

Los niños que observaban soltaron a coro un grito ahogado.

La señora Ellis llevó a Cec hasta la cocina, donde había un calentador eléctrico que caldeaba la estancia. Los cuatro gatos que estaban acomodados sobre el aparador y las sillas levantaron las cabezas y pusieron las orejas de punta. Eran todos preciosos. Aparte del negro noche que llevaba Cec en brazos, había uno pardo, uno atigrado plateado, uno atigrado marrón y un macho pelirrojo. Todos estaban bien alimentados y acicalados. La anciana fue hasta la nevera y sacó dos conejos troceados.

—La cena, queridos —los llamó la señora Ellis.

Los gatos se levantaron, se estiraron y se acercaron a la comida con majestuosa tranquilidad. Cec colocó en el suelo al negro, junto a su plato, y el gato empezó a comer hambriento. La señora Ellis lo acarició con sus manos nudosas y Cec se notó al borde de las lágrimas. Tragó saliva.

—Bueno, señora Ellis, he de irme. Espero que nuestro pequeño amigo se recupere bien. Estoy seguro de que dentro de un par de días estará de lujo. Sus gatos son preciosos —comentó Cec.

La señora Ellis lo acompañó a la puerta y le metió un penique en la mano.

—Dícales a esos niños que no hagan demasiado ruido en mi puerta —espetó, y cerró de un portazo menos fuerte de lo usual.

Jim esperaba a Cec a la entrada.

—Me ha dado un penique para vosotros. —Cec le pasó la moneda—. No es un vejestorio tan malo si no le tocas a los gatos.

Jim se quedó plantado, boquiabierto. ¡Un hombre invitado a entrar en la casa de mamá Ellis y que salía no solo con vida, sino además con una recompensa!

—Perfecto —dijo Jim, reuniendo a su clan en torno a los taxistas—. ¿Qué quieren saber?

Bert les contó la historia del pobre Bill McNaughton, injustamente acusado de matar a su padre. Les recordó que ese mismo viernes iban a asistir a una fiesta con la señorita McNaughton, donde les dejarían jugar y les darían comida. ¿Iban a ser capaces de quedarse con la gelatina y los bollos de la señorita y con su cerveza de jengibre, y negarse a ayudar a su hermano? Jim se paró a pensarlo y el grupo se apartó a deliberar. Elsie se soltó la lengua y dijo sus primeras palabras:

—Cuéntales, Jim. Yo me fío de ellos.

Aquello pareció ser una suerte de talismán. Bert tenía la historia completa a los diez minutos. De nuevo, le maravilló la perspicacia de la señorita Fisher, y les dio el chelín a los chiquillos. Acababa de coger algo de efectivo nuevo en el banco, así que se trataba de una moneda lustrosa y brillante. Los niños se la quedaron mirando mientras Jim la tenía en la mano. Sin que nadie se diera cuenta, el pequeño Mickey se acercó a Jim y agarró la moneda de repente.

—¡Rápido, que se la traga! —gritó Lucy.

Bert, el mayor de seis hermanos, actuó con prontitud. Cogió a Mickey, lo puso bocabajo como a un pollo que fuesen a sacrificar y le dio un golpe fuerte en mitad de la espalda. El chelín salió disparado. Elsie se tiró hacia la moneda y laató con el pañuelo, que luego se embutió en la pernera de los bombachos. Bert volvió a poner a Mickey de pie. El niño aulló. Ese parecía ser su fuerte.

—¡He perdido mi bola de colores! —gritó.

Lucy la encontró en la vereda y se la volvió a meter en la boca abierta. Bert se encogió de hombros, aunque pensó entonces que esos niños parecían capaces de digerir cualquier cosa, como los avestruces.

—Muy bien, niños, nos vemos en la fiesta de la señorita McNaughton el viernes. Ni una palabra hasta entonces, ¿eh?

Las cabezas asintieron en fila. Bert y Cec fueron a recuperar su taxi. A Bert le sobrevino una idea repentina. Se dio media vuelta.

—¿Qué queríais hacerle al gato? —preguntó.

Jim levantó la vista del sobre viejo en el que estaba anotando los pedidos de golosinas. Le contó a Bert lo que querían hacerle al gato y el taxista estalló en carcajadas.

—¡Se supone que tenéis que esperar a que estén muertos!

Los niños se ruborizaron.

Segundos antes de que el último de los tendones de Phryne cediese, el automóvil llegó a su destino. Se detuvo en un lugar oscuro, bajo los eucaliptos. Phryne se desató y cayó de espaldas en la carretera antes

de que el rugido del motor cesara. Ann y Sidney salieron del coche sin percibir su presencia y marcharon hacia la casa.

Phryne estaba llena de moratones y sentía calambres y pellizcos en manos y pies. Durante un minuto permaneció quieta, incapaz de moverse, y luego suavemente flexionó el cuerpo y se estiró, hasta que logró ponerse en pie.

Todavía quedaba bastante pintura en la cámara, así que trazó una cruz grande en la carretera, sin escatimar. Un avión sobrevoló el lugar y hundió las dos alas a modo de saludo.

Éxito. Phryne meneó los hombros y los pliegues de la chaqueta, cargada con todo el equipo, se colocaron en su sitio. Dibujó una línea hasta la entrada principal de la casa, que rodeó reptando como una piel roja en busca de una cabellera en particular. La única luz que alcanzó a ver procedía de la parte de atrás de la casa. Supuso que sería la cocina.

Sidney abrió la puerta principal con la llave y sacó la pistola del bolsillo. Ann iba detrás de él, con pasos quedos. La casa estaba en silencio. Solo tres tiros, pensó Sidney, y todo quedaría atado y bien atado.

La puerta de la cocina crujió y despertó a Mike. También despertó a Candida, que estaba tumbada, acurrucada contra la espalda del hombre, con el pulgar metido en la boca y la muñeca hecha de camiseta abrazada contra el pecho.

Mientras Sid entraba sigiloso, Mike dijo con desprecio:

—Me imaginé que ibas a intentarlo. Baja el arma, cerdo asesino.

—Y acertaste —admitió Sidney—. Dentro de unos momentos, los cinco mil serán míos.

—Canalla traidor —espetó Ann, de pie en la entrada—. Me prometiste llevarme a mí también contigo.

Mike desplazó su concentración de Sidney hacia su esposa y al segundo arremetió contra ella. Pero era demasiado tarde. Sidney se había dado la vuelta mientras Ann hablaba y le había disparado a quemarropa en el corazón. Ann cayó y, en vez de estrangular a su esposa, Mike se puso a acunar el cuerpo sin vida en sus brazos. Sid giró sobre sí para apuntar tembloroso a Candida. La niña chilló, Mike soltó a su esposa y se lanzó desde el otro lado de la cocina, destrozando la puerta de atrás con el hombro. Sacó a Candida de un empujón a la noche.

—¡Corre! —le gritó—. Yo me ocuparé de este canalla.

Sid disparó. La bala le rozó a Mike en el brazo y se alojó en la puerta maltrecha. Mike le dio entonces alcance al mango de la pistola. Pese a ser más pequeño y más débil, Sidney era un luchador callejero duro. Mike no lograba derribarlo.

—Disculpe... —Una voz entrecortada llegó desde las escaleras de atrás—. ¿Podría sostener en alto la mano que sujeta el arma?

Se trataba de una joven indescriptiblemente sucia. Tenía la cara manchada de sangre y barro y no se le distinguían las facciones, pero mostraba una mano firme y sostenía con ella un revólver con mango de perla. Mike se quedó un segundo mirando boquiabierto, y luego tiró hacia arriba de la muñeca de Sid hasta que prácticamente lo despegó del suelo.

—Gracias —dijo Phryne con serenidad, y le abrió un agujero limpio en la muñeca a Sid.

Sidney soltó el arma. Mike se arrodilló sobre él y lo ató con la cuerda que había sacado la sorprendente joven.

—En realidad, debería atarlo a usted también —comentó ella—. Aunque le he visto rescatar a Candida. Será mejor que salgamos a buscarla.

—Le dije que corriese —explicó Mike con el ceño fruncido, mientras pateaba a Sidney en las costillas como ayuda para la meditación—. Quizá todavía no haya parado.

—Tengo un señuelo que la traerá de vuelta —añadió Phryne con una sonrisa, y sacó el osito de la

eslinga.

—¿Es Oso? —preguntó Mike—. Bien.

El hombre se había quedado contemplando el cuerpo de su esposa.

—Deduzco que esa mujer le puso las cosas difíciles —dijo Phryne.

—Fue culpa mía —replicó Mike con remordimiento—. ¡Candida! —gritó—. Esta señora ha traído a Oso.

Una vocecita habló desde algún sitio cercano:

—No te creo. Ponlo en el escalón.

Phryne colocó a Oso de un modo reverente en el escalón y se oyó un crujido entre los arbustos. Una manita sucia salió disparada, agarró a Oso de la pata y se lo llevó del escalón. Se hizo un silencio. Phryne empezó a preocuparse un poco.

—¿Candida? Papa y mamá vienen de camino. Llegarán pronto. Entra y... Bueno, no, no entres. Ve hasta el coche y yo iré allí a por ti.

Phryne oyó un sollozo leve y aliviado, amortiguado por el pelo del osito.

—Ay, Oso, sabía que vendrías. Y ahora viene papá y viene mamá y vienen mis golosinas y al hombre malo lo han cogido y la mujer mala está muerta.

Phryne regresó a la cocina. Candida estaba bien donde estaba.

—¿Quién es usted? —le preguntó al hombre grande.

—Mike. Mike Herbert. No quería meterme en esto, pero tenía que apoyar a mi esposa.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Le gustaban las cosas bonitas y yo no me podía permitir comprárselas... Perdí el trabajo, la fábrica cerró. Soy carpintero. Le pidió algo de dinero prestado a... a cierta persona... y luego no podía devolverlo, y yo tampoco, así que... esa cierta persona iba a enviar a sus muchachos, y...

—Y le iban a romper las piernas a su esposa, ¿no? Echémosle un vistazo. ¿Dónde ha caído?

—En el baño. Creo que está muerta. Pobre Ann. Debería haber nacido rica.

Phryne se inclinó sobre el cuerpo, colocado en posición supina sobre el hule. Buscó latido en el pecho en proceso de enfriamiento y no lo encontró. Notaba la carne fría, húmeda, flácida contra la palma de la mano. Se puso en pie y se limpió las manos en los pantalones.

—Lo siento —le dijo a Mike—. Pero sepa que ella no ha notado nada, la bala le atravesó el corazón.

Mike se arrodilló, tiró de la falda de su esposa hasta que le cubrió las rodillas y la besó suavemente en la mejilla.

—Adiós, Annie. —Lo oyó decir Phryne, mientras se apartaba de ellos con tacto—. Habría hecho cualquier cosa para que fueras feliz, pero nunca funcionó nada. No tendrías que haberte juntado conmigo. Ni siquiera puedo enterrarte como es debido.

Transcurridos unos diez minutos, Mike regresó a la cocina, donde Phryne le estaba vendando la muñeca a Sid para que no se desangrase hasta una muerte prematura. El hombre gimoteaba mientras Phryne lo manipulaba. La detective observó con placer que había acertado a la perfección en su objetivo: el agujero estaba en la mitad exacta de la muñeca y no había astillado ni un solo hueso. Eso sí, había cortado limpiamente los tendones, tal y como pretendía. Sid no volvería a utilizar esa mano para abusar de ninguna criatura más.

Mike entró en la cocina y cogió a Phryne del hombro, volviéndola hacia él con delicadeza.

—Nunca tuve intención de hacerle ningún daño a la chiquilla —alegó.

—Bueno, Candida ya no necesita de sus servicios —comentó Phryne—. Así que ahora tenemos que decidir qué hacer. Creo que lo presentaré como a un héroe rescatador. Supongo que será mejor que le vende el brazo y le dé algo de dinero. Después podrá lavarse un poco y afeitarse, irse a casa con la

amable señora O'Brien y denunciar que le han robado el coche. Usted pensaba que lo tenía su esposa, pero ella aún no ha regresado y teme que le haya ocurrido algo. ¿Escribió usted la nota?

—No —respondió Mike; la voz le salió entre unos labios paralizados por el asombro.

—Bien. Ahora vamos a lavar esa herida. Es poco más que un arañazo, solo deberá mantenerla seca. Voy a quitarme este sombrero que está asqueroso y a recuperar mi cara.

Phryne puso la cabeza bajo el grifo del agua fría y se la frotó enérgicamente. Surgió de allí como una joven de cierta distinción con un corte ensangrentado sobre un ojo. Phryne se dio unos toquecitos en la herida con el pañuelo.

—Necesita un trozo de venda adhesiva —le ofreció Mike.

Encontró un poco en el aparador y se la colocó con esmero. Phryne se lavó la cara de nuevo. Le dolía todo el cuerpo.

—Henry, trataré de darle toda la altitud que pueda, pero creo que es una idea algo estúpida —gritó Bunji mientras tiraba del avión en otro giro—. Ni siquiera ve el suelo. La luna está baja.

—Veo perfectamente la gran cruz de tierra que Phryne ha dibujado en esa carretera y voy a caer justo en la mitad —respondió Henry con confianza—. No hay viento. Si me recojo los pantalones, debería ir a parar encima de sus cabezas.

—Ah, perfecto, camarada, no seré yo quien impida a un amigo ansioso que se rompa el cuello. Cuidado por el camino, que no se enganche nada en el ala. *Merde!* —gritó Bunji—. ¡Ahora!

Había calculado de maravilla. El cuerpo del hombre cayó y lo perdió de vista. Se abrió una flor tenue que le tapó a Bunji la visión de la cruz luminosa. Justo en la diana. La aviadora le dio otro trago al café templado y buscó un lugar donde aterrizar.

Candida, que ocasionalmente hacía lo que le decían, había llevado a Oso hasta la carretera y estaba sentada en silencio en el estribo del Bentley. Miraba al camino: la carretera brillaba.

—Deben de tener unos caracoles grandísimos aquí para haber dejado ese rastro, Oso. Tan grandes como para usarlos de montura. A lo mejor podemos coger uno y montarnos para ir a casa.

Bostezó. Había sido una noche de muchas emociones.

Caído del cielo en el centro de la pista de caracoles apareció un hombre con atuendo de cuero. Candida se quedó helada. El hombre soltó algunos improperios mientras se soltaba las cuerdas del paracaídas y Candida y Oso se le acercaron. A la niña aquella voz le resultaba familiar. El hombre se quitó entonces el casco de aviador y Candida le vio la cara iluminada por las luces que para entonces se derramaban desde la casa.

—¡Papi! —chilló Candida, y salió volando hacia él.

Le escaló por el cuerpo y se acomodó en su abrazo. Se mantuvo agarrada a él fuerte como una lapa durante cinco minutos y el padre le acariciaba el pelo, y entonces Candida levantó la vista.

—¿Dónde has estado? —le preguntó en tono serio—. ¿Por qué has dejado que esa gente me cogiese?

Capítulo XII

Me encontré el asesinato por el camino.

P. B. SHELLEY,
La máscara de la Anarquía

Phryne encontró una botella de ron y dos vasos y se encendió el primer pitillo en horas. Se recostó en el escurridero y fumó con suntuosidad.

—Será mejor que se ponga en camino, Mike. Y no se olvide de denunciar el robo del coche.

Mike, vestido con una camiseta limpia, peinado y afeitado, parecía un trabajador respetable. Phryne apartó cien libras del fajo de billetes que llevaba encima.

—Con esto debería tener para cuidarse un tiempo. Yo me ocuparé de Candida. Su familia llegará pronto.

Mike se bebió de un trago el ron y señaló al bulto que había en el suelo: Sid.

—¿Y qué pasa con ese? Cantará como un canario.

—De él también me ocuparé —dijo Phryne tranquila. Sidney, que la estaba escuchando, hizo un gesto de dolor—. No mire atrás —le aconsejó a Mike—. Siga hacia delante. Habrá una mujer adecuada, e hijos, esperándolo. Si necesita ayuda para conseguir trabajo, búsqume.

Le metió su tarjeta en el bolsillo junto al dinero y lo acompañó a la puerta principal.

Los dos quedaron cautivados por la visión de lo que parecía ser un ángel caído del cielo. Lucía un porte alto y bien formado, envuelto en sus alas onduladas. Tenía a Candida y a Oso entre sus brazos.

—Mike —gritó Candida—. Papá ha venido.

Mike se acercó a la niña y la cogió de la mano.

—Bien, entonces todo está solucionado. Tengo que irme, Candida. He venido a despedirme.

Candida, que siempre asociaba las despedidas con besos, le ofreció la mejilla. Mike se inclinó y le dio un beso. Luego le extendió la mano a Henry Maldon y se la estrechó con firmeza. Se dio la vuelta y se adentró en la noche.

—¡Mike! —gritó Candida— Te vas a perder en la oscuridad.

Pero el hombre no vaciló en su caminar.

Phryne se acercó a Henry.

—Creo que será mejor que se aparte de la carretera, querido, o lo atropellarán los rescatadores. Discúlpeme un momento.

Phryne regresó a la cocina, incorporó a Sid y lo apoyó contra un armario.

—Quiero hablar con usted. ¿Qué pide a cambio de mantener la boca cerrada?

—¿Y por qué iba a hacer eso? Me colgarán en cuanto la poli me ponga las manos encima.

—Sí, así será. Pero quizá pueda concederle un último deseo.

La voz de Phryne contenía un toque de perversión. Sidney se relamió.

—¿Puede conseguirme a una chiquilla antes de que me lleven a la horca?

—Creo que sí.

Sid se estremeció.

—Me refiero a una chiquilla de las que a mí me gustan. Una niña.

—Quizá. ¿De qué edad?

—Doce como mucho.

Phryne pensó en su amiga Klara, una lesbiana que encontraba un placer enorme en sacarles dinero a los hombres. Sobre todo a hombres como Sid. Klara se vestía con un pichi y parecía casi preadolescente. Los pederastas, que constituían la mayor parte de su clientela, alimentaban la animadversión de esa mujer, y no iba a ser aquella la primera vez que un tipo a punto de morir contratase los servicios de su cuerpo de niña.

Gracias a su amplio conocimiento del inframundo, Phryne sabía que colar algo en una prisión no era nada del otro jueves. Bastaba con recurrir a unas cuantas palabras oportunas y más de unas pocas monedas en curso. Recordó que la orgía previa a la muerte del asesino de Carlton, Jackson, se la había descrito con todo detalle el propio guarda de la prisión que había dejado entrar a las tres muchachas, disfrazadas de prisioneras. El hombre aseguraba que se había quedado a «supervisar» y a evitar cualquier posible investigación. ¿Cómo se llamaba? Briggs, eso era, un norirlandés de moral laxa y mano siempre extendida. Se presentaba voluntario para la tarea que los otros guardas evitaban: sentarse junto al hombre que iban a ahorcar a la mañana siguiente. Cosas más extrañas que Klara se habían metido en Pentridge para consuelo de quienes iban a morir, aunque lo más extraño probablemente hubiese sido el caballo de un bandido: el delincuente había querido decirle adiós en persona.

—Creo que puedo arreglarlo, sí —aceptó Phryne.

—¿En la celda de condenado a muerte? —negoció Sidney.

Phryne se preguntó cuánto tiempo llevaría ese hombre enamorado de la muerte. Quizá la culminación que había deseado para toda su carrera fuese la ejecución judicial a manos de hombres más fuertes que él. La detective sirvió un poco de ron y ayudó a Sidney a bebérselo. Desprovisto de su arma, aquel tipo era una criatura patética.

Ann resultaba menos patética porque estaba ya bien muerta. Phryne se colocó junto al cadáver y bajó la vista para mirarla. La expresión de sorpresa que había tenido en el rostro había desaparecido. Para entonces, parecía que estuviese dormida. Su alma sedienta se había marchado, presuntamente de vuelta junto a su creador. Phryne recogió los pocos efectos personales que apuntaban a la presencia de un segundo hombre y se los metió en los bolsillos. A continuación, fue a sentarse en los escalones de la entrada y esperó el coche. Se sentía dolorida, magullada y exhausta, pero complacida con el trabajo de esa noche.

Phryne le ofreció a Henry un cigarrillo y se encendió ella otro. Candida y Oso estaban envueltos en el paracaídas. Seguían despiertos, pero calentitos. Las luces del automóvil grande se acercaron. Los troncos de los árboles se iban haciendo visibles a intervalos.

—Aquí están por fin —dijo Phryne—. Mataría por una taza de té. Mire, Henry, se nota un pelín de luz del día. El sol saldrá dentro de una hora.

El vehículo se acercó y desembarcaron Dot, Molly, Jack Leonard y Bunji. Vieron a dos figuras desaliñadas sentadas en los escalones delanteros de la casita. Estaban fumando. Junto a ellas había un bulto de seda blanca, en el que podían verse una cabeza despeinada de pelo claro y un oso.

—¿Va todo bien, señorita? —preguntó Dot, rompiendo el silencio.

Molly salió volando hacia Candida, que la abrazó frenética.

—Papá ha bajado del cielo y la señora ha traído a Oso, así que sabía que todo iba bien —informó la niña a Molly.

Entonces se retorció y se tumbó en las rodillas de la mujer.

—¿Qué estás haciendo, Candida Alice? —preguntó Molly en tono cariñoso.

—Quiero mi azotaina, ¡y luego quiero mis golosinas!

Molly se rio, sollozó y le dio cinco palmadas flojas. Candida se sentó y Dot le puso la bolsa de

golosinas en las manos. La niña la examinó minuciosamente. Estaba el cargamento entero de los tres peniques, aunque algo disminuido. Candida se llenó la boca de mentas y empezó a llorar.

Se amontonaron todos en el coche mientras el sol salía y cogieron la carretera rumbo a la ciudad. Phryne se rio en alto ante la estampa que conformaban, todos llenos de polvo y manchas, y concluyó que ella debía de ser la más zarrapastrosa.

—¿Cuál es el mejor hotel de Queenscliff? —le interpeló a Molly.

Molly no era capaz de responder porque, imprudente, había aceptado la oferta de Candida de un tofe y tenía los dientes pegados.

—El hotel Queenscliff es el mejor, pero no podemos ir allí con este aspecto —dijo Henry.

—Sí que podemos —continuó Phryne en tono rotundo—. Debería haber visto usted en qué condiciones entré una vez en el Windsor. En comparación, voy demasiado bien vestida, sin duda.

Dot se acordaba perfectamente. Phryne tenía una pinta mucho más respetable con el atuendo que llevaba en aquellos momentos.

Aparcaron a la puerta del hotel Queenscliff y subieron las escaleras de piedra con paso cansado. Una vez allí, el dinero, el encanto y los aires de autoridad de Phryne consiguieron tres habitaciones, una con bañera, y desayuno en cuanto estuviera servido. Phryne se ocupó de que a sus huéspedes los acomodaran delante de un fuego encendido a las prisas en el salón del hotel, y luego mandó a un mozo a buscar un rollo de papel de estraza y algo de cuerda. Envolvió a Sid en el papel, usando nudos que le había enseñado un joven marinero del que se había enamorado brevemente durante la Primera Guerra Mundial. Para cuando hubo terminado, a Sid solo le quedaba libre la cabeza. Con ayuda del botones del hotel, Phryne llevó a continuación a Sid hasta la comisaría y lo depositó en el mostrador.

El sargento de guardia levantó la vista, parpadeó y dejó caer la pluma.

—¿Qué es todo esto, señorita?

Phryne se hundió agotada en una silla y señaló al malhechor de posición incómoda.

—Lea la etiqueta.

El sargento llamó a un agente y dio la vuelta para acceder a la sala. Examinó con atención a Sid y leyó la etiqueta en voz alta:

—PARA EL INSPECTOR JACK ROBINSON, RUSSELL STREET, MELBOURNE. UN REGALO DE PHRYNE FISHER. Ajá, tenemos un mensaje sobre usted, señorita Fisher. Llamaron de Geelong. Que cooperásemos en todo, nos dijeron. Es usted una persona respetada, evidentemente.

Phryne esbozó una leve sonrisa.

—Se llama Sidney Brayshaw y llevan ustedes un tiempo tras él, según tengo entendido. Será mejor que busquen a un médico pronto, porque tuve algún problemilla al recogerlo y se ha hecho daño. El inspector Robinson se pondrá furioso si dejan que muera desangrado.

El sargento arrancó el papel y dejó salir a Sidney. Mientras abandonaba la sala, el secuestrador rompió el silencio que había mantenido a lo largo de toda su humillación y le dijo a Phryne:

—Será mejor que no se olvide, señora. Recuerde: aún no estoy muerto.

—Parece que a usted tampoco le iría mal ver a un médico —le sugirió el joven agente a Phryne—. Tiene pinta de haberse llevado una pequeña golpiza. Voy a llamar al doctor de la zona, ¿le parece?

—Sí, claro, hágalo si quieren que Sidney siga vivo para que lo cuelguen. Sin duda, es la persona más desagradable que yo haya conocido en mi vida. Me encantaría estrujarlo como a una rata hasta acabar con él. ¿Había oído hablar de él, agente...?

—Agente Smith, señorita Fisher. Estoy impresionado de haberla visto entrar aquí con Sidney

Brayshaw. Por cierto, hay un retrato de ese tipo en la pared —comentó el joven, señalando un cartel de SE BUSCA, que procedió a arrancar—. Ya no hay que buscar más.

Phryne se rio. El agente no creía haber visto nunca una cara tan demacrada. El sombrero negro y el cuello del mismo color enmarcaban un semblante blanco como el mármol.

—¿Dónde se aloja, señorita? Si me permite que se lo diga, parece usted agotada.

—En el hotel Queenscliff. ¿Puede llevarme hasta allí en mi coche? ¿Y regalarme ese cartel? Será un recuerdo perfecto.

El agente Smith, que sabía reconocer los momentos especiales, enrolló el cartel y se lo entregó con una reverencia. A continuación, desapareció detrás del mostrador, seguramente en busca de permiso para salir y pedir un médico para Sid.

Phryne casi se había quedado dormida de pie cuando el agente regresó. Le dio las llaves del coche, sufrió para sí al ver que la tenían que ayudar a acoplarse en el asiento junto al policía y, para cuando el agente Smith había doblado la esquina, orgulloso con aquel automóvil grande y rojo, Phryne estaba profundamente dormida.

La detective hizo así la que fue su entrada más impresionante, aunque no fue testigo de ello: balanceándose con gracia, con la cabeza apoyada en el hombro de un policía. El agente subió con paso airado las escaleras, con el uniforme en perfecto estado, el casco y todos los botones lustrosos.

Se detuvo en la recepción y le preguntó al director:

—¿Dónde la dejó?

El director se limitó a hacer un leve movimiento de ceja.

—Ah, sí, es la señorita Fisher. Habitación seis. Su asistenta acaba de salir a comprar algunas cosas básicas. Sígame, agente.

Subieron a Phryne por las escaleras alfombradas y la tumbaron delicadamente en la cama. El agente Smith le quitó los botines y la tapó con la colcha.

—Gracias, agente, creo que eso será todo —comentó el director—. Informaré a la asistenta de que la señorita Fisher ha regresado. Creo que un tal señor Jack Leonard ha expresado su deseo de hablar con usted.

El hotel Queenscliff se había construido en los días tranquilos en los que el Imperio hacía honor a su nombre, y por tanto las estancias estaban profusamente decoradas. El agente Smith rozó al pasar un cuenco con hojas y bayas de invierno que ocupaba la cuarta parte de un metro cuadrado y se encontró ante la selección de gente más extraña que sus ojos hubiesen percibido jamás, reunida en torno a la chimenea más grande que hubiese visto; se habría podido asar un buey en aquel fuego, como luego le diría a sus compañeros. Se oía el tintineo de los platos en el salón de atrás mientras disponían el desayuno.

En la sala había numerosos sofás mullidos y dos butacones. En uno de los sofás había sentado un hombre con atuendo de aviador, jugando a «piedra, tijera, papel» con una niña muy mugrosa, vestida con un camisón blanco manchado. Sentada junto a él, vio a una joven bien vestida y acicalada, con el pelo rojo fuego, que no dejaba de acariciar a la niña, como si no estuviese segura de que fuese real. Entre la niña y el respaldo del sofá había recostado un osito de peluche maltrecho con un pañuelo atado al cuello.

En un butacón estaba sentada una joven rechoncha con ropa de cuero, que tenía una taza de café en cada mano como para absorber el calor y no apartaba la mirada del fuego. En el otro butacón había un joven muy sofisticado con un bigote fino, que se puso en pie.

—Saludos, caballero. Era la señorita Fisher a la que he visto que subía usted por las escaleras, ¿verdad?

—Sí —respondió el agente.

—¿Se encuentra bien la señorita?

—Se quedó dormida y no logré despertarla, así que la metí en la cama. No creo que tenga ningún problema.

—Bien. Me dijo que, si no conseguía contarle la historia, le informase yo de que estaríamos en la comisaría después del almuerzo para explicárselo todo. Por cierto, hay una mujer muerta en una casa, montaña arriba. —Le dio la dirección—. Sidney la mató. Estoy seguro de que él se lo explicará.

—Gracias, señor —respondió el agente perplejo—. Me ocuparé de eso ahora mismo, señor.

Se marchó del hotel para ir a buscar a su sargento. Lo que un joven agente necesita cuando recibe ese tipo de información es a un sargento. En cualquier caso, tenía una seria sospecha sobre lo que su sargento le diría.

Y no se equivocaba. De inmediato lo enviaron a ver si había una mujer muerta en la casa. Y la había.

Dot se había enterado de que la señora que atendía la mercería vivía encima del establecimiento, así que llamó hasta que una voz somnolienta respondió que ya salía. Por fin, se abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó la señora mercera.

—Necesito un montón de cosas para tres damas que han de hacer noche en la zona —respondió Dot.

La señora Mercera abrió la puerta de la tienda y encendió la luz.

—Busque lo que quiera, querida —dijo la mujer amablemente—. Iré a hacerme un té.

Y se marchó dando tumbos. Dot eligió una bolsa de viaje ligera y encontró un camisón y un par de zapatillas de terciopelo negro, suaves. Los pantalones de Phryne estaban muy bien, pero no eran apropiados para comer con ellos puestos. Dot cogió una camisa negra de talla grande para Bunji y de talla pequeña para Phryne; compró una blusa blanca suelta con mangas japonesas y un jersey rojo vivo, tres camisas, calcetines y ropa interior para los caballeros, y tres pares de medias y bragas para las damas. Entonces se acordó de sí misma y añadió uno más de cada. Al fondo de la tienda, avistó un gorro pintoresco con cuentas del que colgaba un pañuelo largo. Compró una escarapela de plumas para el sombrero negro de campana y se acordó en el último momento de los botines de aviadora de Bunji, así que le cogió también un par de zapatillas. Forcejeó con su montaña de compras hasta el mostrador y entró en busca de la mercera.

La mujer mayor sumó plácidamente el astronómico total, lo revisó y le dio a Dot el cambio. Acordó enviar las cosas de inmediato al hotel Queenscliff y acompañó a su clienta a la puerta, que cerró tras ella. Eligió entonces un trocito cómodo de suelo y se desmayó.

Dot se apresuró de vuelta al hotel. Tenía el camisón y las zapatillas en la bolsa, y la idea de una taza de té la espoleaba. En la zona de la playa, un avión atraía a la multitud y el severo tripulante de una barca de salvamento impedía el paso de los niños.

Dot subió corriendo las escaleras puntual para el desayuno.

—Vaya, es una auténtica pena que Phryne esté perdiéndose esto —opinó Jack Leonard.

Dot pensaba lo mismo. Subió a la habitación seis y abrió la puerta. Phryne estaba medio despierta.

—¿Qué es eso que huele tan delicioso, Dot? He tenido el sueño más asombroso del mundo. Iba enganchada a la parte de atrás de un coche... Espera. Eso no ha sido un sueño. Dot, ¿dónde estamos?

—En el hotel Queenscliff, señorita, y el desayuno está esperando. ¿Por qué no se lava la cara y se cepilla el pelo y baja? Nunca he visto un desayuno igual.

El hotel Queenscliff era famoso por sus desayunos. Phryne se puso los pantalones negros y se peinó, como Dot le había ordenado. Dot y ella bajaron entre una nube de vapor lo bastante sabroso como para embelesar a un glotón. El estómago de Phryne gruñó con reproche. Dot casi se desmaya del hambre. Pasaron por el comedor formal y la barra de cócteles e irrumpieron en el salón del fondo en algo que no

estuvo muy lejos de ser una carrera. Jack Leonard vitoreó cuando entró Phryne y le ofreció un plato grande.

—Vamos, Phryne, tiene que mantenerse fuerte. No va a haber siempre un policía que cargue con usted por ahí.

—Así que lo del policía tampoco lo he soñado... Qué raro.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó Jack, y la condujo hacia una larga hilera de calentadores de plata—. Hay riñones y paté de jamón aquí, huevos revueltos ahí, champiñones aquí, salchichas, *rissoles*, huevos fritos, y pueden hacerle una tortilla en un segundo.

—Esto es demasiado. Póngame un poco de todo, Jack, y que Dios se lo pague.

Phryne se sentó en una mesa pequeña. Un camarero le cogió el pedido del té y le ofreció un periódico, que Phryne rechazó con un gesto de la mano. Al amueblar el hotel, alguien se había excedido comprando figuras de negros a tamaño natural hechas de madera o papel maché. A los pies de una de ellas, ataviada con un turbante dorado, estaba sentada Candida, comiendo compota de frutas con perfecta ecuanimidad. Phryne le levantó una ceja a Molly.

—Dice que el pobre hombre debe de estar solo, así que se ha ido allí a hacerle compañía —explicó Molly—. Tome un poco de esta compota; es maravillosa. Esencia de verano. ¿Dónde encontrarán melones, piñas y fresas en esta época del año?

Jack colocó el plato de Phryne delante de la detective, quien había arrasado con todo —incluidas tres tostadas y dos tazas de té— antes de que el aviador tuviese tiempo de completar una vertical en el crucigrama del *Times*. Phryne regresó al bufé y se sirvió más beicon, huevos revueltos, champiñones y *kitchiri*, que acompañó de dos tostadas. A Dot le resultaba milagrosa aquella increíble variedad de alimentos. ¡Menuda cantidad de comida! Lo probó todo.

Phryne comió algo de fruta, que le pareció deliciosa luego se levantó y se estiró.

—Me pido primera en el baño —dijo, y voló escaleras arriba, con Dot corriendo detrás.

Diez minutos después, Phryne estaba tumbada en un baño caliente y Dot le enjabonaba los pies. Se notaba tan agarrotada que probablemente no habría llegado a ellos.

—¡Ay, pobres dedos, señorita!

—Supongo que no sirve de nada que te pida que me llames Phryne, ¿no, Dot?

—No. Eso no estaría bien. Y está desviando usted el tema. Se ha lastimado los dedos de los pies tanto que no podrá ponerse un zapato durante una semana. Se ha cortado en las manos y tiene un cortecito en la ceja. No le quedará cicatriz, señorita. Déjeme el pie otra vez. He mandado su ropa a limpiar, y dicen que estará de vuelta esta tarde. La de la señorita Candida también. La señora Maldon quiere deshacerse de ese camisón. No pensé en comprarle uno nuevo. Así está mejor, señorita. Agárrese de mi mano y... ¡arriba!

Dot secó a Phryne, le puso el camisón y la metió en la cama, entre sábanas limpias.

La asistenta se dio un baño, se cambió la camisola y se tumbó en su propia cama a dormir algo. Estaba bastante agotada de preocuparse por Phryne, Candida, Henry y Bunji.

A los Maldon les habían dado una habitación con bañera, y el hotel les había proporcionado una cuna cubierta de muselina blanca que a Candida la dejó impresionada. Se parecía a la cuna de la pequeña princesa de *El libro azul de los cuentos de hadas*. Candida era una chiquilla limpia y le encantó ver cómo tanta suciedad coloreaba el agua. Cuando por fin estuvo lista y envuelta en varias toallas, su padre reclamó el baño y cerró la puerta con firmeza.

Candida examinó la habitación. Era encantadora. Se quedó admirada ante la lámpara de araña de oro, y las guirnaldas de hiedra resaltadas con hojas doradas en los techos altos. Los ventanales se abrían a un balcón y a través de ellos podía ver el mar. Las cortinas, pesadas y de una seda gris ostra, estaban

decoradas de un modo elaborado para enmarcar las vistas. La ventana tenía delante un sofá de dos plazas de madera negra grabada, una mesa baja redonda con un cuenco de rosas y tres sillas de patas delicadas. Había un escritorio y una silla a juego a un lado de la chimenea, y un aguamanil al otro.

La cama grande era de latón y se levantaba al menos medio metro del suelo. Estaba repleta de almohadones. Candida trepó y se puso a saltar a modo de experimento.

Molly cubrió las ventanas y se quitó casi toda la ropa. Se metió en la cama y vio que Oso y Candida estaban ya allí.

—Oso quiere saber cuándo nos vamos a casa.

—Mañana por la mañana. Solo vamos a dormir un poco. Papá estará aquí dentro de un momento. ¿Quieres dormir en la cuna?

—¿Yo? —preguntó Candida indignada—. Eso es para bebés.

Molly sonrió y cerró los ojos. Cuando Henry salió del baño, encontró a sus dos mujeres profundamente dormidas.

Phryne se despertó a las dos, refrescada y agarrotada. Dot aún dormía. La persiana dejaba entrar una lucecita fresca de invierno, y la detective alcanzaba a oír el mar. Inspeccionó la ropa que Dot había comprado, sobre todo el sombrero extraño. Se lo puso y curioseó en el espejo. Era sorprendente. Las cuentas añadían peso, así que se asentaba muy bien en la cabeza. Se envolvió el pañuelo en el cuello.

—Oh, mujer misteriosa —dijo lanzándole un beso a su reflejo.

Se puso la falda negra y el jersey rojo, y luego bajó a ver si alguien más del grupo estaba despierto.

El recepcionista la miró sonriendo.

—El resto se ha ido a dar un paseo por la playa, señorita Fisher —le dijo con respeto—. La chiquilla insistió.

Phryne sonrió. Candida era dada a insistir. Se recogió la falda y bajó las escaleras, cruzó la carretera y siguió el camino al muelle.

Era un día frío y había poca gente por la playa. Phryne encontró a Candida, a sus padres, a Bunji y a Jack sentados en la arena, haciendo castillos bastante infructuosos.

—Así no —dijo Candida cuando su castillo se disolvió con una ráfaga fuerte de sotavento—. Hazme un avión, tío Jack.

Jack Leonard bajó un poco por la playa y descubrió que la arena más húmeda conservaba mejor las formas. Bunji se le acercó para aconsejarlo:

—Haga un Fokker. ¿Lo has visto, Phryne? Tuve que bajarlo a la arena. Me dio batalla hasta que lo convencí de parar; el bicho parecía querer meterse entre las olas, y eso no habría funcionado, bien lo sabes. El hombre del bote de salvamento se mostró encantado de vigilarlo por mí. Estuvo en el Real Cuerpo Aéreo. Un señor fascinante. Creo que el morro debería ser un poco más largo, Jack.

Jack, obediente, alargó el morro. Candida encontró unos guijarros muy apropiados para los detalles más delicados. Molly y Henry estaban sentados sobre un escalón frío de piedra. Molly se había recostado en el abrazo de Henry, y él tenía la cabeza apoyada en el hombro de su esposa. Phryne estaba a punto de retirarse cuando Molly le tendió una mano.

—Se lo debemos todo a usted, Phryne. No sabemos cómo compensarla.

—No hace falta que me compensen nada. No me habría perdido esto por nada del mundo. La persona realmente valiente aquí ha sido Bunji. Seguro que Henry le ha contado lo buena aviadora que es.

—Un talento enorme —admitió Henry—. Diría que es capaz de oler las corrientes de aire. ¿Quién es ese Mike del que Candida no para de hablar?

—¿Han leído ustedes las historias de Sherlock Holmes? —preguntó Phryne, sentándose a los pies de Henry.

—Sí, claro.

—«Creo que debemos aplicar una amnistía por ese lado» —citó Phryne—. Ese hombre se vio arrastrado al plan por su repulsiva esposa. El monstruo que llevé ante la poli esta mañana fue el cabecilla. Cuando Sidney disparó a la esposa y estaba intentando disparar a Candida, Mike se dio cuenta de que no podía seguir adelante con aquello, empujó a Candida fuera, al jardín, y le dijo que corriese. Luego atacó a Sid. Y entonces llegué yo. Le disparé a Sid en la muñeca y tuve una reunión con Mike. Le salvó la vida a Candida. Aunque todos testificásemos a su favor, se enfrentaría a diez años en la sombra. Así que le di cien libras y le dije que se fuese a casa y denunciase el robo de su coche. Sospecharán de él, pero no conseguirán demostrar nada. Es un buen tipo; Henry lo conoció.

—Entonces, ¿era Mike el que le dio un beso de despedida a Candida? Me alegro de haberlo conocido. Le debo un favor enorme.

—Le dije que se pusiera en contacto conmigo si no encontraba trabajo. Si lo hace, se lo mandaré.

—Actuó bien, Phryne. Habría sido horrible tener que testificar en su contra.

Los ojos de Molly se desviaron hacia Candida, enfrascada en hacer las ruedas para el avión. La niña llevaba puesto su vestido azul y tenía a Oso enganchado a la espalda con un pañuelo.

—No creo que Candida haya sufrido mucho —dijo Phryne—, aunque quizá tenga pesadillas. No vio a la mujer caer cuando le dispararon y escapó a las atenciones de Sidney.

—En eso estaba pensando. Ese tipo es un pederasta, ¿verdad? —preguntó Henry—. No... no sabía cómo preguntarle a Candida.

—No hace falta. Puede que al principio Sidney tramara algo contra ella, pero luego el tipo me contó que cuando a Candida se le pasó el efecto del éter le vomitó encima.

Henry se rio a carcajadas.

—¡Esa es mi niña!

La cena en el comedor formal resultó hilarante. Phryne encargó buen champán y, pasado un rato, todo el mundo estaba feliz. La comida fue excelente, tanto el entrante de crema de calabaza como el exquisito suflé de queso, el *filet mignon à chasseur* o los sorbetes hechos con melocotón, nectarina, granada, limón, naranja y pomelo. El café era aromático, y los bombones caseros, extraordinarios.

Phryne, que se había puesto el pintoresco sombrero, comió como si hubiese pasado meses en ayunas. Dot se sintió de nuevo sorprendida con todos los platos. Candida, a la que habían concedido un permiso especial para quedarse hasta tarde, había presidido la quema ceremonial del camisón, el último rastro de su cautiverio. Estaba afanada ayudando a Oso a comerse sus chocolates. La luz dorada de las velas que emanaba de los altos candelabros relucía en los centros de mesa enormes y en los platos, todos de plata; la chimenea de leña ardía radiante. Unos jarrones altos con lirios y puntas de eucalipto le daban al aire un aroma delicado. De todos los finales para una aventura, ese era el mejor posible.

—¡Por Candida! —gritó Phryne, y levantó su copa.

El tío Jack dejó que la niña le diese un sorbito a su copa. A Candida las burbujas le hicieron cosquillas en la nariz. Soltó una risita. Sabía que era tradición responder a los brindis. Agarró más fuerte a Oso para darle confianza, y se puso de pie sobre la silla.

—Tío Jack, tía Bunji, mamá, papá, Dot y Phryne —empezó. La mesa quedó en silencio y Candida se vio abrumada por un afecto repentino—. Gracias por encontrarme y traerme a Oso.

Y entonces se lanzó a los brazos de Phryne, y le dio un beso muy húmedo en la mejilla.

Capítulo XIII

El que muere paga todas sus deudas.

WILLIAM SHAKESPEARE,
La tempestad

Tras regresar con todo en orden a Melbourne, Phryne pasó la tarde del jueves limpiando el coche con ayuda del señor Butler. Le hizo al personal de la casa un relato editado de sus aventuras, y no salió hasta más tarde a recorrer el barrio de St Kilda. Quería buscar a Klara, una persona muy conocida en la zona y, por tanto, nada complicada de encontrar.

Sentado en un café había un gorrión común, pequeño y delgado, con la mirada fija en una taza de té vacía, que levantó la vista cuando Phryne entró y sonrió con auténtica ternura.

—¡Phryne! Ven y págame un té. Estoy seca. ¿Tienes un trabajo para mí?

Phryne pidió el té, que no habría tocado ni aunque le hubiesen pagado, y le explicó. Unos ojos antiguos empezaron a aparecer en el rostro infantil.

—¿Y lo matarán al día siguiente?

—Sí.

—Lo haré por diez libras. Si no tuviese que ganarme la vida, lo haría gratis. Sidney Brayshaw, ¿eh? Perfecto. ¿Lo organizarás todo?

—¿Puedes encargarte tú? No sé si Briggs sigue en Pentridge.

—Claro. Dame otros veinte para arreglarlo con ellos.

Phryne sacó el dinero.

—No me falles, eh, Klara. He dado mi palabra.

—No. No te fallaré —prometió la muchacha, trazándose una cruz con un índice mugroso en el pecho plano del pichi.

Phryne se marchó rápido. Klara le resultaba inquietante.

La noche del jueves había quedado reservada para la seducción del encantador doctor Fielding a manos de Phryne. No fue hasta que la señora Butler le preguntó qué le apetecía de cena cuando la detective se acordó.

—Ay, cielos, me había olvidado. Señora Butler, le pedí a ese joven y apuesto médico que viniese a cenar.

—Últimamente ha estado usted ocupada, señorita —admitió la señora Butler—. Así que por esta vez lo dejaremos pasar.

Phryne captó la indirecta y sonrió.

—Espero que no haya próxima vez —dijo amablemente—. ¿Puede preparar una cena sencilla y ligera?

—¿Sopa de verduras, chuletitas de cordero, judías verdes y *pommes de terre Anna*? ¿Pastel de manzana con nata? —sugirió la señora Butler.

—Bien. Muy bien. El café y los licores arriba, en mi salita. ¿Podría ocuparse el señor Butler del fuego? Y dejar el cajón de la leña lleno. Después de que nos haya traído el café, no quiero que nos molesten, señora Butler.

La mujer torció el gesto y asintió. Phryne se preguntó si a la mañana siguiente el matrimonio le

anunciaría su marcha. Suponiendo, claro, que el médico estuviese abierto a la seducción.

La detective se dio un baño suntuoso y se colocó minuciosamente un vestido de terciopelo suelto y cálido de Erté. Era negro, con los puños y el cuello de frondosa piel de conejo y una banda de quince centímetros de pieles en el dobladillo. Se cepilló el pelo enérgicamente y se puso un poco de color.

Dot la ayudó con el vestido y se arrodilló para ajustar los suaves botines rusos en torno a los finos tobillos de Phryne.

—¿Se ve con posibilidades, señorita?

—Sí, la verdad es que sí. Es un tipo patoso, pero bastante adorable, ¿no te parece?

—Vaya con cuidado —le advirtió Dot—. Este hombre es australiano, y los australianos tienen una idea distinta de sus mujeres, no son como los rusos.

—Ni como los italianos —admitió Phryne—. Tendré cuidado, Dot. ¿Vas a salir o te quedas en casa?

—Me quedo —dijo Dot mientras le daba un último tirón al cordón de los botines—. He estado en la biblioteca y voy a leer y a escuchar el transistor. No la molestaré, señorita. Puedo entrar y salir por mi propia escalera.

—Espero que esta situación no te suponga una molestia. Ni a ti ni a los Butler.

—Tendrán un comportamiento adorable. Como hice yo. Al principio da un poco de impresión, pero una se acostumbra. Que lo pase bien, señorita.

Dot, inocente ante toda envidia, bajó para cenar con los Butler. Phryne se fumó un pitillo detrás de otro, preocupada. Dot tenía razón. Los hombres australianos eran distintos. No quería implicarse en una relación emocional. No tenía paciencia para la dependencia ni entendía los celos.

Oyó que llamaban a la puerta y bajó veloz las escaleras para encontrarse con su invitado, con aplomo hacia fuera y recelos hacia dentro.

A decir verdad, era un hombre guapo, reflexionó Phryne mientras él la acompañaba al comedor. Tenía la piel clara, el pelo castaño y rizado, y era corpulento y alto. Phryne ocupó su asiento y aceptó una copa de vino blanco del señor Butler. El joven se las ingenió milagrosamente para no tirar el jarrón de helechos que había en el centro de la mesa y sonrió con remordimiento.

—Lo siento, pero sigo siendo un torpe, señorita Fisher.

—En serio, debería llamarme Phryne. No soy su paciente, doctor Fielding.

—Entonces, llámeme usted Mark.

—Deduzco que no lleva mucho tiempo siendo médico. ¿Por qué eligió la medicina?

Esa pregunta era siempre una apuesta segura para cualquier profesional. Les sirvieron la sopa. Estaba buena; quizá demasiado apio. Mark Fielding comía rápido, como si lo fuesen a llamar en cualquier momento.

—Porque quiero ser útil. Quiero curar las heridas del mundo. —Soltó la cuchara—. Eso ha sonado un poco iluso, ¿no? Pero es que hay tanto dolor y sufrimiento... Y yo lo que quiero es aliviarlo. Trabajo con el veterano doctor Dorset, que tiene muchísima experiencia, aunque es un hombre mayor y cínico. Dice que todo el mundo tiene segundas intenciones. ¿Qué opina usted?

Phryne inspiró hondo mientras unos ojos marrones ilegibles se movían rápidamente a un lado para mirarla. Sí, podría opinar lo mismo. Sus intenciones no eran precisamente algo de lo que jactarse en esos momentos.

Una vez concluida la excelente cena, Phryne llevó a Mark arriba con la promesa de café y *kirsch*. Recogió la bandeja que les subió el señor Butler, observó que el cajón de la leña junto a la chimenea estaba lleno de nuevo, y le dedicó una sonrisa conspiratoria a su empleado.

—No volveré a necesitarle esta noche, señor Butler. Que duerma bien.

—Usted también, señorita Fisher —respondió en un perfecto tono solemne, y bajó todas las escaleras

riéndose entre dientes.

—Ya sé lo que es esta mujer, señora Butler —dijo el señor Butler en la puerta de la cocina—. Es una vampiresa.

—Ah, bueno —suspiró su esposa—. Al menos no es como en el sitio anterior. Los jóvenes dejan la casa limpia. Es mejor que los galgos del viejo caballero.

En adelante, el personal doméstico de Phryne siempre se referiría a los amantes de la detective como «mascotas».

Mark Fielding se recostó en el abrazo ligero de un sofá bajo y cómodo delante de un fuego vivo.

—Vaya, qué bien —suspiró—. Escuche el viento de fuera. Además, está empezando a llover. Ojalá no tuviese que irme a casa... Bueno, no —se corrigió apresurado—... yo no...

—No tiene que irse a casa —respondió Phryne en calma—. No mandaré ni a un perro a la calle en una noche como esta. Quédese conmigo, Mark. Aquí se está calentito.

Phryne estaba tumbada a lo largo sobre la alfombra situada delante de la chimenea, bocabajo, con la barbilla apoyada en las manos y la corona corta de pelo negro inclinada hacia delante, cubriéndole la cara. No había apartado la mirada del fuego para hablar. El joven médico estaba asombrado. Nunca antes se le había insinuado una mujer.

Mark repasó la habitación con la mirada. Todas las superficies eran de terciopelo, con texturas, suaves. El espejo rosáceo enmarcado en hojas de parra reflejaba su rostro coronado con una guirnalda. Trató de enderezarse, pero el sofá no estaba dispuesto a dejarlo ir. Sorbió lo que le quedaba de *kirsch* y cedió su cuerpo a la suerte.

—Es el destino —dijo el médico en voz queda, mientras Phryne se recogía el vestido y tiraba de él hacia sus brazos.

Phryne cerró los ojos cuando la boca roja de Mark bajó hacia la suya, los labios se abrieron, y a continuación esa boca le recorrió el cuello hasta llegar al escote abierto del vestido de terciopelo. Para ser un joven tan torpe, Mark Fielding sabía quitarle la ropa a una dama con una maestría sorprendente.

Phryne, desnuda, extendida en un estante de terciopelo y pieles, salió aturdida de un fogoso trance para divisar un destello de muslo y trasero mientras Mark se deslizaba hasta tumbarse junto a ella.

La detective alargó el brazo para enredar los dedos en el pelo rizado del médico, sedoso como el hilo de bordar, y le bajó el rostro en busca de un beso. Las fuertes manos de Mark se deslizaron entre pieles y piel para acercar más a Phryne hacia él.

—Phryne, ¿está segura? —susurró el médico.

Phryne lo había atrapado, bloqueándole la cintura con los muslos. Estaba segura.

Mark se abandonó a unas delicias que nunca había imaginado. El calor del fuego le acariciaba la piel. El aroma de los pechos de Phryne y de su pelo, de almizcle y lujuria, casi lo ahogaron en dulzura.

Cuando Phryne se despertó, el fuego estaba apagado y parecía que alguien le hubiese amputado las piernas por las caderas. Gimió y trató de incorporarse. El entumecimiento se explicaba por el peso del hermoso joven que estaba dormido encima de ella. Phryne lo sacudió, mientras se reía y se estremecía.

—Mark, despierta, me estás aplastando.

A Mark Fielding lo arrancó de un sueño profundo la mano que tenía en el hombro.

—Debe de ser el crío de la señora Murphy —murmuró—. Vale, vale, bajo dentro de un mom... No, espera, qué... Ah, vaya, Phryne. —Se acordó de repente, desplazó el peso de su cuerpo y atrajo a la detective a sus brazos—. Vaya, cielo, estás helada, y yo también estoy congelado.

—Nos hemos quedado dormidos, y creo que deberíamos irnos a la cama antes de que pillemos una gripe. Tendrás que llevarme —le dijo Phryne en tono engreído—. Tengo las piernas dormidas.

Mark se levantó tambaleándose, pasó unos minutos moviéndose para recuperar el uso de los pies, y luego levantó a Phryne sin esfuerzo y la llevó al dormitorio. La lanzó a la cama enorme y después se tiró detrás de ella. La inestimable señora Butler había dejado una bolsa de agua caliente y se acurrucaron el uno junto al otro, las extremidades entrelazadas, mientras empezaron a deshelarse de vuelta a la vida. Curiosamente, cuando Mark Fielding se ponía a pensar en la increíble Phryne Fisher, ese era el momento que recordaba como el de mayor carga erótica.

La mañana de la fiesta de la señorita McNaughton amaneció fría y luminosa, pero Phryne no lo vio. Desayunó en la cama con el doctor Fielding, compartiendo tostadas y besos de mantequilla. El médico se marchó a las nueve y rogó que se le permitiese volver esa noche.

Phryne había recibido la promesa solemne del inspector Benton de asistir a la fiesta de la señorita McNaughton, y Jillian Henderson había consentido acudir, con bastante cautela. Bert y Cec informaron de que habían concluido sus investigaciones y solo quedaba por interrogar la señorita Wilson.

Phryne decidió llamarla. Encontró el número y una voz suave y femenina se identificó como Margaret Wilson.

—Señorita Wilson, la llamo por algo relacionado con la queja que presentó ante la policía la semana pasada.

—¡Ese viejo horrendo me robó la ropa cuando estaba nadando! —exclamó la señorita Wilson—. Me puse tan furiosa que fui directa a la policía, aunque solo llevaba puesto el traje de baño. Pero ya está arreglado. Me dejaron un abrigo para irme a casa y al día siguiente tenía mi ropa de vuelta.

—Piense con atención. ¿Se cruzó con alguien en ese camino?

—Sí, con Bill McNaughton. Iba a pedirle ayuda, pero estaba en mitad de uno de sus ataques de ira, y las posibilidades de zafarse de Bill en ese estado no son muchas.

—Señorita Wilson, ¿dónde ha estado toda esta semana?

—De retiro, en Daylesford. Voy todos los años. ¿Por qué?

—Al padre de Bill lo han asesinado. Y usted es la única persona que puede decir que Bill estaba en ese camino.

—¡Dios mío! Pobre Bill. En ese caso, debo ir a declarar. ¿Acudo ahora mismo?

—No. Los uniformados ya han tenido su oportunidad. ¿Puede asistir mañana a la fiesta infantil de la señorita McNaughton?

—Sí, claro. ¿Servirá eso de algo?

—Venga sobre las doce. ¿Conoce usted a la señorita McNaughton?

—Sí, claro, fuimos a la escuela juntas. ¿Por qué Bill no dijo que me había visto?

—No se acordaba de su nombre.

—Qué típico de Bill. Nunca se molestó ni en mirar a las amigas de su hermana. Muy bien, señorita Fisher, allí estaré mañana. Gracias —respondió la señorita Wilson antes de colgar.

Phryne y Dot avanzaron con el coche por el camino de gravilla que daba acceso a la casa y dejaron el vehículo en un patio de carruajes. La puerta principal estaba abierta y se oía el sonido de alguien tocando el piano con más exuberancia que destreza. Llegó el ruido de unos pies que corrían por el recibidor.

Mabel le dio paso a Phryne y le cogió el abrigo. La casa estaba limpia y decorada con globos y banderines.

—Hemos puesto la mesa en el porche techado, señorita Fisher. Está al fondo. Es la sala del suelo de piedra. El policía ha llegado. Y también la señorita Wilson, del otro lado de la calle, y dos de sus agentes y una abogada, la señorita Henderson.

—¿Cómo están las cosas, Mabel?

—Muchísimo mejor, señorita —respondió la sirvienta bajando la voz—. El señor Bill no ha tenido ni un arrebató y el señor Paolo es encantador. Qué hombre más amable, para ser extranjero. Está tocando el piano ahora mismo para que los niños puedan jugar a las sillas. Vaya, señorita, es muy bonito de ver.

Y lo era. El porche techado consistía en un gran bloque añadido a la parte de atrás de la casa. Tenía un suelo de lozas negras y de las vigas colgaban masas de plantas. Paolo estaba golpeteando a lo loco un piano de cola pequeño, como un fauno paternal. Una caterva de niños correteaba alrededor de un número menguante de sillas. La señora McNaughton presidía la zona de cervezas de jengibre, refrescos de naranja, limonadas y una discreta bandeja de cócteles. A Phryne le costó reconocerla. Tenía las mejillas sonrosadas y llevaba un sombrero de papel. Junto a ella había un hombre alto con un abrigo de *tweed* en acabado Harris. Tenía un bigote de proporciones impresionantes y, en la mano izquierda, un *whisky* con soda. La mano derecha no existía, y la manga de *tweed* estaba prendida con mucho esmero. Se trataba de Gerald. El hombre le dedicó una sonrisa cariñosa a la señora McNaughton y levantó la copa hacia Phryne.

Jillian Henderson se encontraba enfrascada en una conversación con Amelia sobre las propiedades de las begonias y de los nardos, flores que la apasionaban. El inspector Benton estaba sentado al borde de su silla, con una pose sumamente incómoda. Los niños le lanzaban miradas inquietas. Reconocían a un poli nada más verlo.

Bert y Cec, provistos ya de cervezas, estaban sentados a una mesa de hierro forjado, observando el juego con aprobación.

Tras un estallido final de Chopin, Jim quedó en posesión majestuosa de la última silla. Recogió el penique de premio y se lo dio a Elsie para que se lo guardase en los bombachos.

Phryne se adentró hasta la mitad de la sala y aplaudió.

—Antes de almorzar, vamos a jugar a un juego nuevo —les dijo a los niños con la mirada puesta en los adultos—. El juego se llama «El asesinato».

Hubo un murmullo de excitación. Bill entró desde el jardín, vio a Margaret Wilson y rugió:

—¡Margaret Wilson! Sabía que había visto ese traje de baño rojo antes.

—Bill, únase al desfile —le ordenó Phryne—. Bert y Cec, traigan a los niños. No va a pasar nada. Lo prometo. Venga, en marcha.

—¿Dónde vamos? —preguntó Dot.

—A la pista de tenis —respondió Phryne.

Dirigió a su congregación a través del cuidado tramo de césped hasta que todos se situaron debajo del árbol.

—Cuando la semana pasada estuve hablando con usted aquí mismo, Benton, le hice dos buenas preguntas y no las escuchó. ¿Se acuerda de cuáles eran?

—De dónde había salido la piedra y por qué se encontraba el fallecido en la pista de tenis con zapatos de calle. Sí, me acuerdo. Le respondí que el hecho de que la piedra la hubiesen traído hasta aquí demostraba que el crimen había sido premeditado, y que habían elegido este lugar para que no se viese desde la carretera.

—Sí. Se dedicó a moldear los hechos para que encajasen en su teoría. Y eso casi siempre resulta funesto. Pero yo no tenía ninguna teoría, así que me acerqué al caso con la mente abierta. ¿De dónde salió la piedra? ¿Bert?

—Es igual que las que hay en Paris Street, señorita. Están levantando los adoquines viejos del bordillo para sustituirlos por cemento. Llevan allí un tiempo, y les están creciendo tréboles de carretilla alrededor.

—Bien. ¿Qué encontró usted en el arma homicida, Benton?

—La legumbre de un trébol, cáñamo, chicle y algo de hierba.

—Bien. Se me ocurrió entonces que quien hubiese traído la piedra hasta aquí a lo mejor estaba jugando a un juego. ¿A qué han estado jugando todos los niños desde que se descubrió Luxor?

Phryne señaló a Jim. El niño titubeó.

—A las pirámides, señorita.

—Cec nos llevará ahora hasta el sitio en el que encontró la cuerda.

Cec guió la marcha y desveló el montón de adoquines de basalto azul. Los habían tirado por encima de la verja, y bajo las piedras quedó a la vista el alijo de tesoros del faraón: alimentos para el más allá en forma de un bloque de regaliz, imágenes de sus parientes regios, transporte e incluso esclavos con faldas escocesas blancas. Amelia se quedó mirando todo aquello mientras palidecía hasta quedar blanca como la tiza. Paolo la agarró del brazo, preocupado.

—¿Qué estaban haciendo ayer estos niños cuando los vio usted, Bert?

—Intentando envolver al gato de una señora mayor como una momia —respondió Bert soltando unas risitas—. Tenían todos los vendajes, pero el gato no se dejaba.

—Jim, cuéntenos a lo que estabais jugando aquí cuando el señor McNaughton os pilló.

—A las pirámides —susurró el niño—. Bajamos el neumático y Mickey se subió al árbol. Estábamos cargando las piedras como se ve en los dibujos. Y funcionaba de lujo, vaya que sí. Teníamos cuatro piedras para los lados del cuadrado y casi habíamos terminado cuando...

—Exacto. ¿Por qué llevaba zapatos de calle el fallecido? Desde el acceso a la casa vio a una pandilla de niños de la calle profanando su césped sagrado. Y eso después de haberle prohibido estrictamente a su hija que los dejase acceder a la finca. ¿Y qué hizo el señor McNaughton? Caminó a grandes zancadas hasta aquí y les gritó con su voz más aterradora que tenían que largarse. Mickey estaba subido al árbol, agarrando la cuerda a la que estaba sujeta la piedra de arriba. El fallecido se detuvo justo debajo de él y Mickey estaba tan asustado que dejó caer la piedra. Luego se bajó del árbol y salió corriendo disparado. ¿No es así?

Jim asintió. Mickey empezó a aullar. Bert, que se lo había estado esperando, le metió una manzana de caramelo enorme en las fauces abiertas.

—Los niños salieron todos corriendo lo más rápido que pudieron, ¿verdad, Jimmy?

Jimmy sonrió, recordando ese salto por encima de la verja, volando valle abajo hasta alcanzar la seguridad de su arbusto de cambronera favorito.

—Ya ven: el golpe lo asestó algo más potente que la fuerza de un hombre. Fue la gravedad la que asesinó a McNaughton. Ese adoquín pesa unos nueve kilos y cayó casi un metro. Lo suficiente para hundir un cráneo. Y así, McNaughton murió como había vivido: como un miserable cascarrabias.

—¿Y entonces cómo volvió a su sitio el neumático?

—Ah. En la casa, a la señorita Amelia le cuentan que su hermano ha estado caminando de un lado a otro profiriendo amenazas contra su padre antes de salir hacia el valle, así que sale a buscarlo. Y ahí está su padre, tumbado sobre la hierba, bien muerto. No entiende la importancia de las piedras. Llega a la conclusión de que su hermano ha matado a su padre. Coge los adoquines y los tira por encima del muro, con los tesoros funerarios. Desata la cuerda y la tira. Lleva unas zapatillas de casa blandas, así que no deja huellas. A continuación, coge un trozo de cuerda nuevo y vuelve a colgar el neumático. La polea de los niños cayó naturalmente en la muesca que el columpio había dejado en la corteza del árbol, y por eso no hay más señales de su presencia. La intención de Amelia es que se descubra el cuerpo al día siguiente, pero a Danny el spaniel no se le puede llevar la contraria. Danny reconoce un cuerpo muerto cuando lo ve. Así que la muerte sale a la luz antes de lo que Amelia esperaba. ¿Es eso lo que ocurrió, Amelia?

Paolo la zarandeó en gesto afectuoso.

—¿Por qué no me contaste nada, tonta? Te habría ayudado. No debes andar cargando con piedras; te vas a estropear los dedos.

Bill, embotado por la emoción, intervino:

—¡Amelia! ¿Es cierto?

—Sí, Bill.

—Juego limpio, querida —murmuró.

Amelia sonrió. La señora McNaughton, que estuvo un poco lenta, al fin llegó a su conclusión.

—Entonces fue un accidente.

—Sí, madre.

—Bill no lo mató.

—No, madre.

—De hecho, ¡no lo mató nadie!

—Así es, señora McNaughton —admitió el inspector Benton—. Por mucho que deteste reconocerlo.

—Bien. Tengo además a una testigo del paseo de Bill. Se puede confirmar todo consultando el registro de la comisaría de Kew. Debió haberlo comprobado, Benton. Se trata de ella: la señorita Wilson.

Margaret Wilson era una joven robusta, fornida y sincera, que claramente no había mentido en su vida.

—Pasé junto a Bill por ese sendero a las cuatro —aseguró—. Me conocía de antes, pero no debí dejar ninguna impresión en él... Una pena.

Bill protestó con incoherencia:

—No, Margaret, no pienses eso. Tenía muchas cosas en la cabeza. Estaba de mal humor. No pienses que...

Se fue apagando y se ruborizó. La señorita Wilson lo agarró del brazo.

—Bueno. ¿Se ha terminado el juego entonces? —intervino Paolo.

—Pregúntele al inspector —dijo Phryne.

—¿Se ha acabado? —Paolo abrazó a su prometida—. ¿Va a arrestar a esta niña por ser leal a su hermano? Seguro que eso no sería una buena obra. Y McNaughton murió por sus propios actos. Si no les hubiese tendido una emboscada a estos niños, seguiría vivo, cosa que tampoco sería una buena idea.

—No se presentarán cargos contra la señorita McNaughton ni contra los niños —afirmó el inspector con aire sombrío.

—Entonces me gustaría anunciar que la señorita McNaughton ha aceptado ser mi esposa y confío en verles a todos ustedes en la boda, incluidos vosotros, *scugnizzi*. Si os laváis antes la cara. Dado que mi esposa no recibirá ningún dinero de las propiedades de su padre, nadie podrá calumniarnos.

—Eso es lo que usted cree —comentó Jillian—. Esa cláusula no es válida. Queda anulada por ir contra las políticas públicas. La muchacha recibirá el dinero sin ninguna condición, al igual que la señora McNaughton. Conozco al abogado que redactó ese testamento. Pobre hombre. Le advirtió al viejo de todo lo que podría pasar si alguien lo impugnaba, pero lo único que respondió él fue: «No se atreverán jamás». Una persona muy desagradable. Así que si me place calumniarles, Paolo, lo haré.

—En ese caso, será más que bienvenida, *signorina avvocata*. ¿Vamos a invitar también a este policía tedioso a nuestra boda, *cara*?

—Sí —respondió Amelia—. Quiero pintarlo.

Todos se fueron a almorzar, absoluta y verdaderamente satisfechos.

—Tómese otro cóctel —le sugirió Phryne al inspector—. Las teorías son así. Al menos, no le he dejado en evidencia delante de mi contacto en *The Hawklet*, ¿no?

El policía palideció y se bebió el cóctel de un trago.

Los niños de la calle estaban sentados ante el bufé, con su comida favorita al alcance de la mano. Lucy le había arrancado la manzana a Mickey y le estaba dando tarta de nata mientras ella se comía una barrita de chocolate enorme, dándole bocaditos limpios como de ratón. Mientras, Jim y Elsie se ponían hasta arriba de gelatina de colores. Janey se estaba llenando la cara y el frontal del vestido de vinagre de frambuesa. La violenta muerte de McNaughton no parecía estar acechando a ninguno de ellos.

Bert alzó su cerveza para brindar con Cec, que no podía moverse porque Amelia lo estaba dibujando, mientras le preguntaba si no tenía antepasados escandinavos. Phryne se había hecho con un dulce pedazo de *lamington* por pura nostalgia, al tiempo que se planteaba si Margaret Wilson querría de verdad a Bill McNaughton, en vista de su detestable legado.

Alguien la agarró del brazo con un enganche de acero.

—Maldita Phryne... —siseó Jillian Henderson—. ¡Ya has tenido que ir a arruinarme mi asesinato!

Título original: *Flying Too High*

Edición en formato digital: abril de 2017

En cubierta: ilustración de © Beth Norling

© Kerry Greenwood, 2012 First published by Allen & Unwin in 2005. First published in 1990 by McPhee Gribble Publishers. Publicado de acuerdo con International Editors' Co., 2012

© De la traducción, Esther Cruz Santaella, 2017

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17041-78-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

UN MISTERIO DE ALTOS VUELOS

Kerry Greenwood

Siruela Nuevos Tiempos

